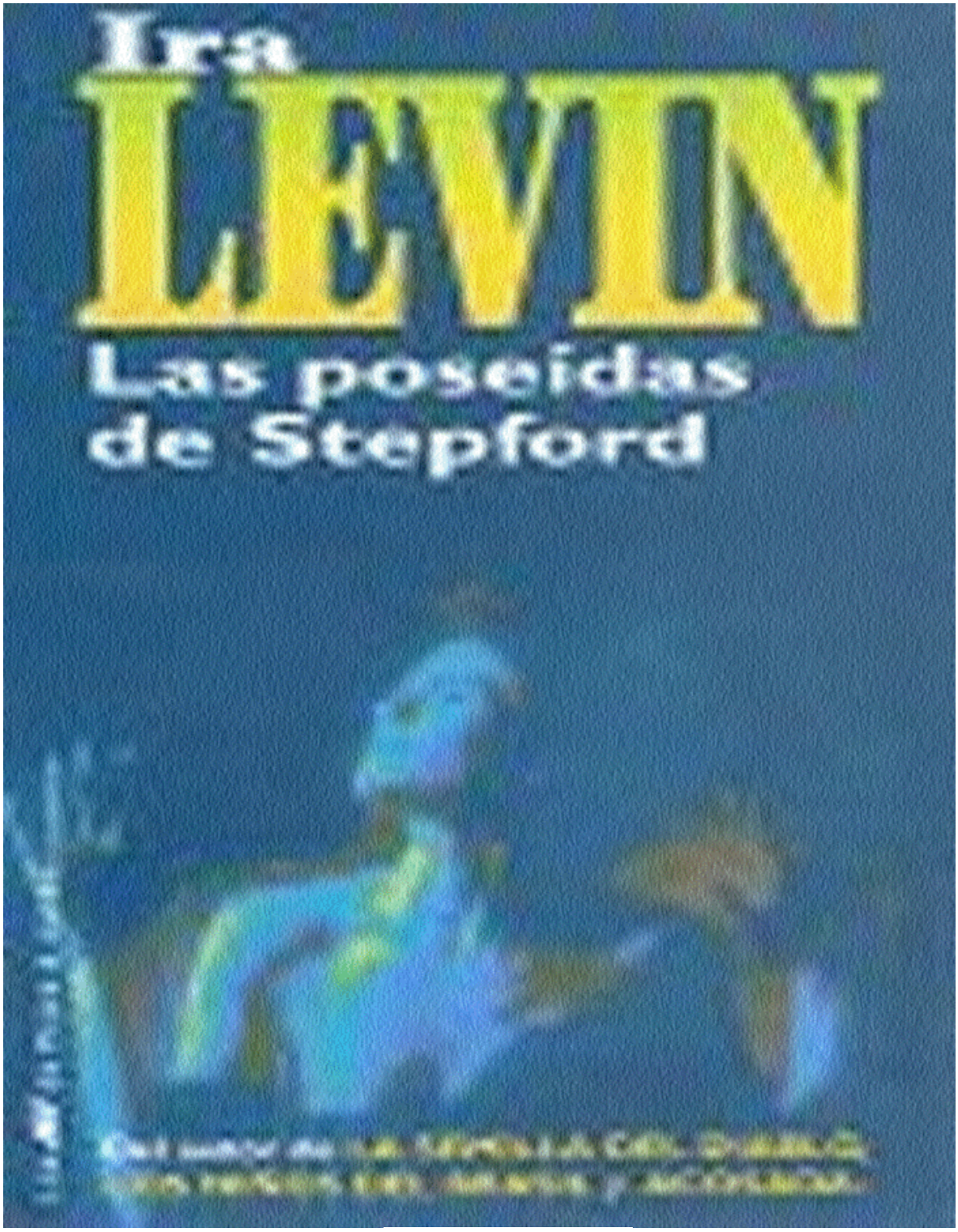
LAS POSEÍDAS DE STEPFORD
IRA LEVIN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Hoy la lucha toma una forma diferente: en vez de pretender encerrar al hombre en una prisión, la mujer intenta escapar de otra; ya no procura arrastrarlo al ámbito de la inmanencia, sino emerger ella misma a la luz de la trascendencia. Pero la actitud de los varones crea ahora un nuevo conflicto: el hombre se muestra reacio a dejarla escapar.

SIMONE DE BEAUVOIR, El Segundo Sexo

CAPÍTULO PRIMERO

La delegada del Comité de Recepción, sesentona sin vuelta, aunque con forzada juventud y vivacidad (pelo zanahoria, labios rojos, vestido amarillo radiante) dedicó a Joanna un relumbrón de ojos y dientes, y afirmó:

-Le va a gustar vivir aquí. Es un pueblo encantador, con gente encantadora. No podía haber elegido mejor.

El enorme bolso de cuero marrón que llevaba al hombro estaba viejo y raspado. De su interior fue sacando y entregándole paquetes y paquetes de desayuno en polvo y mezclas para sopas; una latita con detergente no tóxico; una libreta de bonos de descuento, válidos en veintidós negocios de la localidad; dos panes de jabón; un envase de almohadillas desodorantes...

- ¡Basta, basta! -exclamó Joanna, de pie en el umbral, con las dos manos llenas-. ¡Pare! ¡Deténgase! ¡Gracias!

La delegada del Comité de Recepción colocó un tubito de agua de Colonia encima de las otras cosas, y después hurgó en el bolso (« ¡No, de veras! », dijo Joanna) y extrajo unos lentes con montura rosa y una libretita bordada.

-Yo hago las «Notas sobre Nuevos Residentes» para la *Crónica de Stepford* -explicó, sonriendo y colocándose las gafas.

Se zambulló en el bolso, emergió con un bolígrafo y apretó el tope, que hizo *clic* bajo el pulgar de uña roja.

Joanna le informó de dónde se habían trasladado Walter y ella; cuál era la ocupación de Walter y en qué firma; los nombres y las respectivas edades de Pete y Kim; qué hacía ella antes de que nacieran los chicos; a qué colegios habían asistido Walter y ella.

Se meneaba impaciente al hablar, molesta de permanecer allí, en la puerta de entrada, con las dos manos cargadas, y Pete y Kim fuera del alcance de su oído.

-¿Tienen ustedes algunos *hobbies* o intereses especiales?

Estuvo a punto de contestar con un no que le ahorrara tiempo, pero titubeó: una respuesta explícita publicada en el periódico local, podía servir como un poste caminero para otras mujeres afines a ella, y por lo tanto amigas potenciales. Las que había conocido en los días anteriores, sus vecinas de las casas más próximas, aunque bastante agradables y serviciales, parecían completamente absorbidas por sus deberes domésticos. Tal vez cuando las fuera conociendo encontrara que tenían pensamientos e intereses de más vasto alcance; pero de todos modos resultaba prudente poner esa señal caminera.

-Sí, varios -dijo, pues-. Yo juego al tenis cuando se me presenta la oportunidad, y soy fotógrafa casi profesional.

-¿Cómo? -dijo la delegada del Comité de Recepción,

tomando nota.

Joanna sonrió.

-Significa que una agencia se encarga de comercializar tres de mis fotografías. Además, me interesa la política y el Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres. Por este último me intereso muchísimo. Igual que mi marido.

La delegada del Comité de Recepción la miró:

-¿También *él?*

-Sí. Una cantidad de hombres se interesa por ese movimiento.

No entró en la explicación de los beneficios-para-ambos-sexos; en cambio, echó la cabeza hacia atrás, en dirección al *hall* de entrada, y tendió el oído: un público de canal de Televisión reía en el comedor de diario, y Pete y Kim estaban discutiendo, pero por debajo del nivel de intervención.

Joanna sonrió a la delegada.

-Mi marido tiene interés, además, por el remo y el fútbol -siguió diciendo- y colecciona documentos jurídicos norteamericanos de otros tiempos.

Era la parte de información que le correspondía a Walter.

La delegada del Comité de Recepción terminó de escribir, cerró su libreta y apretó el tope de su bolígrafo, que hizo *clic.*

-Ya está bien, señora Eberhart -dijo, sonriendo y quitándose las gafas-. Sé que le va a encantar el pueblo, y deseo darle una sincera y cordial «bienvenida a Stepford». Si necesita cualquier información sobre tiendas y servicios locales, llámeme sin reparo. El número está en la tapa de la libreta de bonos.

-Gracias, lo haré -dijo Joanna-. Y gracias por todo esto.

-Pruébelos, son excelentes productos -dijo la delegada del Comité de Recepción-. Ahora, adiós.

Se volvió y echó a andar. Joanna la observó mientras bajaba por el senderito curvo y se dirigía a su baqueteado «Volkswagen» rojo. Unos perros llenaron repentinamente las ventanillas: un alboroto negro y castaño de spaniels, saltando y ladrando, con las patas apretadas contra los vidrios. Más allá del «Volkswagen», una blancura móvil atrajo la mirada de Joanna. Del otro lado de la calle bordeada de árboles jóvenes, en una de las ventanas altas de los Claybrook, la blancura se movió de nuevo, dejando un panel para ocupar el inmediato: estaban lavando la ventana. Joanna sonrió, por si Donna Claybrook la estuviera mirando. La blancura bajó a un panel inferior, y de ahí pasó al contiguo.

Con un bramido sorprendente, el «Volkswagen» arrancó

del bordillo; Joanna retrocedió hasta el *hall* de entrada y cerró la puerta con la cadera.

Pete y Kim estaban alzando el tono.

-¡Mocosa, cola sucia!

-¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

-¡Acabad ya! -ordenó Joanna, tirando el doble puñado de muestras sobre la mesa de la cocina.

-¡Ella me está pateando! -gritó Pete.

-¡Mentira! -gritó Kim-: ¡Cola sucia tú!

-Ahora basta, ¿entendéis? -dijo Joanna, acercándose a mirar por la abertura.

Pete estaba tirado en el suelo, demasiado cerca del televisor y Kim, de pie junto a él, con la cara encendida de furia, se contenía para no patearlo. Los dos seguían en pijama.

-Ella me pateó dos veces -dijo Pete.

-¡Tú cambiaste el canal! -gritó Kim- ¡Él cambió el canal!

-¡Mentira!

-*Yo estaba viendo al Gato Félix.*

-¡Callaos! -ordenó Joanna-. Quiero silencio. ¡Total, perfecto, absoluto silencio!

Los dos la miraron: Kim, con los grandes ojos azules de Walter; Pete con los de ella misma, graves y oscuros.

«¡Persígalos a muerte! -vociferó el televisor-. ¡Nada de electricidad! »

-Punto A, estáis demasiado cerca del televisor -dijo Joanna-. Punto B, lo apagáis inmediatamente. Punto C, os vestís los dos de una vez. Eso verde que está allá fuera, es césped. Y eso amarillo que cae sobre lo verde, es sol.

Pete se levantó de un salto, manoteó el tablero de controles y oscureció la pantalla hasta un moribundo puntito de luz. Kim rompió a llorar.

Joanna rezongó y dio la vuelta para entrar en el comedor de diario. En cuclillas, atrajo a Kim contra su hombro; le rascó la espalda, cubierta por el pijama, le besó los ricitos de seda.

-Vamos, vamos, ¿no quieres volver a jugar con esa simpática Allison? A lo mejor veis hoy otra ardilla.

Pete se acercó a su madre y le levantó un mechón de pelo. Ella lo miró:

-No le cambies más los canales.

-¡Oh, está bien! -dijo el chiquillo, enrollando en un dedo el mechón oscuro.

-Y tú no patees, ¿eh?

Siguió rascando la espalda de Kim, y trató de alcanzar con sus besos la mejilla escurridiza. Le tocaba lavar los platos a Walter y los dos chicos jugaban tranquilos en el cuarto de Pete, de modo que se dio una rápida ducha fresca, se vistió con short, camisa y zapatillas y se cepilló el pelo. Mientras se lo ataba, se asomó a echar un vistazo a Pete y a Kim: estaban sentados en el suelo, jugando con la estación espacial de Pete.

Se retiró en silencio y bajó la escalera recién alfombrada. La noche se presentaba bien: la tarea de desempaquetar había quedado definitivamente concluida; se sentía limpia y fresca, y contaba con unos minutos de libertad -diez o quince, si la ayudaba la suerte- quizá para sentarse fuera con Walter, a contemplar sus árboles y sus dos acres y pico de terreno.

Dobló y atravesó el *hall.* La cocina estaba hecha un primor y el lavaplatos funcionaba.

Walter, delante del fregadero, se inclinaba para mirar por la ventana hacia la casa de los Van Sant. Tenía en la camisa una mancha Rorschach de sudor: un conejo, con las orejas torcidas hacia fuera.

Walter se volvió, pegó un respingo y le preguntó, sonriendo:

-¿Cuánto tiempo hace que estás ahí?

-Acabo de llegar.

Él se secó las manos en un paño:

-Parece como si hubieras vuelto a nacer.

-Así me siento. Los chicos están jugando como dos ángeles, ¿quieres que vayamos fuera?

-*Okay* -dijo Walter, doblando el paño-. Pero sólo unos minutos. Voy a ir a conversar con Ted. -Deslizó el paño sobre un barrote del estante-. Por eso estaba mirando. En este momento acaban de comer.

-¿Sobre qué quieres conversar con él?

Salieron al parque.

-Iba a contártelo -dijo Walter mientras caminaban-. He cambiado de opinión: voy a entrar en esa «Asociación de Hombres».

Ella se detuvo y lo miró.

-Hay demasiadas cosas centradas allí, para optar por la abstención sin más ni más -prosiguió Walter-. La politiquería local, las campañas de caridad y todo eso...

-¿Cómo puedes incorporarte a una *anacrónica, vetusta...?*

-Hablé con algunos socios en el tren -la interrumpió Walter-. Ted, Vic Stavros y algunos más que ellos me presentaron. *Están de acuerdo* en que ese asunto de «no se

admiten mujeres» es arcaico.

La tomó del brazo y siguieron caminando juntos.

-Pero el cambio sólo puede intentarse desde dentro -continuó Walter- y como yo quiero contribuir a él, me incorporo el sábado a la noche. Ted me va a informar sobre las comisiones y la gente.

Le ofreció sus cigarrillos.

-¿Fumas o «esta noche no»?

-Sí, fumo -dijo Joanna, y tendió la mano para coger un cigarrillo.

Se quedaron en el límite extremo del parque, en la fresca penumbra azul rechinante de grillos, y Walter acercó la llama de su encendedor al cigarrillo de Joanna y después al suyo.

-Mira ese cielo -dijo-. Vale hasta el último penique que nos cuesta.

Ella miró -un cielo malva, azul, azul oscuro: maravilloso- y en seguida bajó los ojos a su cigarrillo.

-Las organizaciones pueden modificarse desde fuera -reflexionó-. Se elevan petitorios, se recogen...

-Pero es más fácil desde dentro -insistió él-. Ya lo verás. Si los hombres con quienes conversé son socios típicos, antes de que te des cuenta tendremos una «Asociación *de Todos».* Con póquer coeducacional y sexo alrededor de las mesas de billar.

-Si los hombres con quienes conversaste *fueran* socios típicos, tendríamos ya *una* «Asociación de Todos». Oh, bueno, sigue adelante, incorpórate. Yo pensaré eslóganes para una campaña publicitaria. Me sobrará tiempo cuando empiecen las clases.

Walter le rodeó los hombros con el brazo.

-Ten un poco de paciencia. Si en seis meses no se consigue la admisión de las mujeres, renuncio y peleamos juntos, hombro con hombro. «Sexo sí, sexismo no.»

-«Stepford perdió el *Step»*[1]-dijo Joanna tendiendo la mano hacia el cenicero de la mesa de jardín.

-No está mal.

-Espera a que entre en acción.

Acabaron sus cigarrillos y permanecieron del brazo, contemplando la ancha y oscura franja de césped, y los altos árboles -negros contra el cielo malva- que la festoneaban. Brillaban luces en medio de los troncos; ventanas de las casas de Harvest Lane, la calle siguiente.

-Robert Ardrey tiene razón: me siento muy «territorial» -

[1] Step: paso. (N. de la T.)

comentó Joanna.

Walter volvió los ojos hacia la casa de los Van Sant, y consultó de reojo su reloj.

-Voy dentro a lavarme -dijo a Joanna y la besó en la mejilla.

Ella se volvió, le tomó del mentón y lo besó en los labios.

-Yo me quedaré fuera unos minutos más. Si los chicos han empezado la función, grita.

-*Okay.* -Y Walter entró en la casa por la puerta del *living.*

Joanna cruzó los brazos y se los friccionó: estaba refrescando. Echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y aspiró el olor del césped, de los árboles, del aire puro. Una delicia. Abrió los ojos a una sola motita de estrella en la oscuridad azul del cielo, un trillón de kilómetros arriba.

-Estrella luminosa, estrella brillante... -dijo, y no añadió el resto, pero lo pensó.

Deseó... que fueran felices en Stepford. Que Pete y Kim anduvieran bien en la escuela; que Walter y ella encontraran buenos amigos y plenitud. Que a Walter no le resultara demasiado pesado el viaje de ida y vuelta diario -aunque la idea de la mudanza había sido originariamente suya-. Que la vida de los cuatro se enriqueciera allí, en vez de empobrecerse, como había temido al dejar la ciudad, esa ciudad malsana, abarrotada y regida por el crimen, pero intensamente viva.

Sonido y movimiento la hicieron volverse hacia la casa de los Van Sant.

Carol Van Sant, una silueta oscura contra el resplandor enmarcado por la puerta de su cocina, ajustaba la tapa de un cubo de basura. Se inclinó hasta el suelo -fulguró su cabellera roja- y se enderezó con algo grande y redondo, una piedra, que colocó sobre la tapa.

- ¡Hola! -gritó Joanna.

Carol se irguió y se quedó parada frente a ella. Una figura alta, zanquilarga y aparentemente desnuda, salvo el contorno purpúreo del vestido, a contraluz.

-¿Quién anda ahí? -preguntó.

-Joanna Eberhart. ¿La asusté? Si es así, lo lamento.

Se aproximó al seto que dividía las propiedades.

-Hola, Joanna -saludó Carol, con su acento nasal de Nueva Inglaterra-. No, no me asustó. Hermosa noche, ¿verdad?

-Sí -convino Joanna-. Y lo que la hace todavía más hermosa para mí es que he terminado de desempaquetar.

Tuvo que hablar en voz alta. Carol no se había movido del

quicio de su puerta, y seguía demasiado lejos para mantener cómodamente el diálogo, aunque ella estaba ya en la zona que orillaba el seto doble.

-Kim pasó un rato estupendo con Allison esta tarde -dijo-. Se llevan divinamente.

-Kim es una criatura amorosa -dijo Carol-. Me alegro que Allison tenga una amiguita tan simpática en la casa de al lado. Buenas noches, Joanna -y se volvió para entrar.

- ¡Eh, aguarde un minuto! -gritó Joanna.

Carol se volvió de nuevo:

-¿Sí?

Joanna hubiera querido que el cantero y el seto desaparecieran, para poder avanzar un poco más; pero ¡qué diablos!, a esa Carol no le habría costado mucho acercarse a *su* lado del seto. ¿Qué asunto de tan vital urgencia podía reclamarla en esa cocina de iluminación fluorescente y cacerolas de cobre colgadas por todas partes?

-Walter va a ir a conversar un rato con Ted -dijo en voz alta a la silueta aparentemente desnuda de su vecina-. ¿Por qué no viene usted a tomar una taza de café conmigo? ¿Después que haya acostado a las chicas?

-Gracias, me encantaría -contestó Carol-. Pero tengo que encerar el piso del comedor de diario.

-¿Esta noche?

-La noche es la única oportunidad posible hasta que empiecen las clases.

-¿Y no puede esperar hasta entonces? Faltan sólo tres días.

Carol meneó la cabeza:

-No, ya lo he diferido demasiado. Está lleno de marcas de pisadas. Además, Ted tiene que ir a la «Asociación de Hombres» más tarde.

-¿Va todas las noches?

-Casi todas.

¡Santo Dios!

-¿Y usted se queda y hace el trabajo de la casa?

-Siempre hay una cosa u otra que hacer, usted sabe lo que es esto. Y ahora tengo que acabar con la cocina. Buenas noches.

-Buenas noches -dijo Joanna, y se quedó mirándola mientras entraba en su cocina (perfil de un busto exuberante, a contraluz) y cerraba la puerta. 'Casi instantáneamente reapareció en la ventana, abierta sobre el fregadero: ajustaba el grifo del agua, levantaba algo en sus manos y fregaba. Su pelo rojo estaba prolijamente peinado,

y brillante; su cara, de nariz fina, tenía una expresión pensativa (y ¡qué diablos!, hasta *inteligente);* sus grandes senos purpúreos se bamboleaban al compás del fregado.

Joanna volvió a su parque. No, ella *no sabía* lo que era eso, gracias a Dios: no era una fregona compulsiva. ¿Quién podía culpar a Ted si se aprovechaba de semejante gansa del tipo explótame-por-favor? Bueno, *ella* podía.

Walter salió de la casa con una chaqueta liviana.

-No creo que esté más de una hora...

-Esta Carol Van Sant es increíble -dijo Joanna-. No puede venir a tomar una taza de café, porque tiene que *encerar el comedor de diario.* Ted va cada noche a la «Asociación de Hombres» y ella se queda haciendo el *trabajo doméstico.*

- ¡Cristo, qué barbaridad! -dijo Walter, meneando la cabeza.

- ¡Al lado de ella, mi madre es Kate Millett!

Él se echó a reír, le dijo «Hasta luego», la besó en la mejilla y atravesó el parque.

Joanna dirigió una última mirada a su estrella, ahora más luminosa.

«Trabaja tú», pensó. Y entró en la casa.

Los cuatro salieron juntos el sábado por la mañana, sujetos con cinturones de seguridad a los asientos de su flamante camioneta. Joanna y Walter llevaban gafas de sol y charlaban sobre tiendas y compras; Pete y Kim ponían a prueba el funcionamiento automático de las ventanillas, haciéndolas bajar y subir, subir y bajar, hasta que Walter les ordenó que acabaran con eso. Era un día radiante, presagiando el otoño. Fueron al Centro de Stepford (una estructura blanca de tiendas con frentes coloniales, hermosa como una tarjeta postal) a comprar varias cosas de ferretería y de farmacia, con bonos de descuento; de ahí tomaron hacia el Sur, por la Ruta Nueve, hasta una gran galería comercial nueva -zapatos para Pete y Kim, con descuento (¡qué plantón!) y un columpio de jardín, sin descuento-; se dirigieron hacia el Este, por la carretera de Eastbridge, hasta un parador de McDonald (grandes sandwiches y batidos de chocolate); siguieron un trecho más en la misma dirección, en busca de antigüedades (una mesa octogonal, no documentos); y luego recorrieron Stepford en todas direcciones -Norte, Sur, Este y Oeste- por las carreteras de Anvil y de Cold Creek, por Hunnicutt, Beavertail, Burgess Ridge, para que Pete y Kim vieran todo lo que Joanna y Walter ya habían visto cuando buscaban casa: su nueva escuela, y las otras, a las que asistirían con el tiempo; un edificio misterioso, que resultó ser (¡quién lo hubiera dicho desde fuera!) una planta incineradora no contaminante, y los terrenos para excursiones, donde

estaban construyendo una piscina pública. Joanna cantó *Good Morning Starshine, a* petición de Pete, y todos juntos interpretaron *MacNamara's Band,* encargándose cada uno de imitar un instrumento distinto, en la parte final. Después de eso, Kim vomitó, pero con preaviso suficiente para que Walter pudiera frenar, detenerse, desprenderle el cinturón y sacarla de la camioneta a tiempo, gracias a Dios.

El incidente aplacó los bríos. Volvieron a atravesar el Centro de Stepford, esta vez a poca velocidad, porque Pete dijo que quizá vomitara él también. Walter les señaló la estructura blanca de la biblioteca, y la estructura vieja, de dos siglos, del *Cottage,* que ahora ocupaba la «Sociedad Histórica».

Kim, mirando hacia arriba a través de la ventanilla, se despegó de la lengua un chicle muy chupado, para preguntar:

-Y eso grandote, ¿qué es?

-Ésa es la casa de la «Asociación de Hombres» -dijo Walter.

Pete se inclinó hasta el límite de su cinturón de seguridad, sacó la cabeza y miró.

-¿A donde vas a ir esta noche?

-En efecto.

-¿Y cómo se llega?

-Hay un camino para automóviles algo más lejos, que conduce a lo alto de la colina.

Se habían adelantado hasta un camión, en cuya parte posterior descubierta había un hombre de pie, vestido de color caqui, con los brazos estirados hacia los costados de la cabina. Tenía pelo oscuro, cara larga y enjuta, y usaba gafas.

-Ése es Gary Claybrook, ¿no? -dijo Joanna.

Walter tocó la bocina brevemente y agitó el brazo a través de la ventanilla.

El vecino de enfrente se dobló para mirarlos, sonrió, los saludó con la mano y tomó la dirección del camión. Joanna le devolvió la sonrisa y el saludo.

-¡Hola, Mr. Claybrook! -gritó Kim.

-¿Dónde está Jeremy? -gritó Pete.

-No os puede oír -dijo Joanna.

-¡Me gustaría saber conducir así un camión! -dijo Pete.

-¡A mí también! -coreó Kim.

El camión reptaba ahora, rechinante, pujando contra la pendiente brusca que describía una curva hacia la izquierda. Gary Claybrook les sonrió, cohibido. El camión

estaba lleno a medias con pequeñas cajas de cartón.

-¿En qué trabaja, tiene una destilería clandestina? -preguntó Joanna.

-No, si gana tanto como dice Ted.

-Oh...

-¿Qué es una destilería clandestina? -preguntó Pete.

Se encendieron las luces de los frenos, y el camión paró, con la señal del viraje a la izquierda, parpadeante.

Joanna explicó lo que era una destilería clandestina.

Un coche pasó como una exhalación, colina abajo, y el camión enfiló hacia el camino vecinal de la izquierda.

-¿Ése es el camino de autos que decías? -preguntó Pete.

Walter se volvió y asintió con un movimiento de cabeza:

-Ése, sí.

Kim apretó el botón para bajar más su ventanilla, y gritó:

-¡Adiós, Mr. Claybrook!

Él los saludó con la mano mientras se alejaban.

Pete soltó la hebilla de su cinturón de seguridad, se dejó caer de rodillas a un lado del asiento, y miró por el vidrio posterior.

-¿Puedo ir yo alguna vez?

-Hummm, lo siento. No se admiten chicos -dijo Walter.

-¡Caracoles! ¡Qué pedazo de reja han conseguido! ¡Como la de los *Héroes de Hogan!*

-Para que no pasen las mujeres -dijo Joanna, mirando hacia delante y llevando una mano a la montura de sus gafas. Walter sonrió. -¿De veras? ¿Para eso es? -preguntó

Pete.

-Pete se ha soltado el cinturón -dijo

Kim.

-Pete... -advirtió Joanna.

Subieron por la carretera de Norwood y tomaron hacia el Oeste por Winter Hill Drive.

Por una cuestión de principió, no pensaba ocuparse de ningún trabajo doméstico. Y bien sabía Dios que tenía un montón de cosas que hacer, y que hasta hubiera querido positivamete hacer algunas -por ejemplo, armar la estantería del *living.* Pero esa noche no, ¡no señor! Podía quedar para otro momento. Ella no era Carol van Sant, y tampoco Mary Ann Stavros, a quien acababa de ver pasando la aspiradora junto a una ventana del primer piso, cuando fue al cuarto de Pete a bajar la persiana.

No, señor. Que Walter estuviera en la «Asociación de

Hombres», santo y bueno. Tenía que ir, para incorporarse; y tendría que volver una o dos veces por semana, para verla algún día renovada. Pero ella no iba a hacer el trabajo doméstico mientras él estaba allí (por lo menos esta primera vez), de igual modo que él no iba a hacerlo cuando ella saliera a cualquier parte... como se proponía salir la próxima noche de luna al Centro, para tomar fotografías de esos frentes de tienda coloniales. (Los paneles irregulares de la ferretería debían balancear el reflejo de la luna con un efecto que quizá resultara interesante.)

Así, en cuanto Pete y Kim se durmieron, bajó al sótano, donde tomó algunas medidas y planeó algunos arreglos en el depósito de los trastos que iba a ser su cuarto oscuro; después volvió a subir, se aseguró de que Pete y Kim continuaban dormidos, y se preparó un vodka con agua tónica, que llevó al escritorio.

Sintonizó en la radio una musiquita de Richard Rodgers, melosa pero agradable; apartó cuidadosamente del centro de la mesa los contratos y demás efectos de Walter, y sacó su lupa, su lápiz rojo y las fotografías que se había apresurado a tomar en la ciudad, antes de partir. Eran casi todas un desperdicio de película, tal como había sospechado desde que las tomó -no tenían que apurarla, si la querían sacar buena- pero encontró una que la entusiasmó realmente: la instantánea de un negro joven y bien vestido, con una cartera diplomática en la mano, lanzando una mirada de furioso rencor a un taxi vacío que acababa de pasar junto a él. Si la expresión de la cara no se perdía en la ampliación, y si se oscurecía el fondo lo suficiente para destacar el taxi borroso, la fotografía podía resultar impresionante, y la agencia -Joanna estaba segura de ello- se encargaría gustosamente de comercializarla. Sobraban mercados para las fotos que dramatizaban las tensiones raciales. Marcó un asterisco rojo al margen de la impresión, y siguió buscando otras que fueran buenas, o por lo menos parcialmente aprovechables. Se acordó de su vodka con agua tónica y lo bebió.

A las once y cuarto estaba cansada, por lo que volvió a colocar sus cosas en el lado de la mesa que le correspondía, y las de Walter donde las había encontrado; desconectó la radio, llevó su vaso a la cocina y lo enjuagó. Verificó las puertas, apagó las luces -excepto la del *hall* de entrada- y subió la escalera.

El elefante de Kim estaba tirado en el suelo. Se agachó a recogerlo y lo metió en la camita de su hija, al lado de la almohada; estiró la sábana hasta los hombros de Kim y le acarició levemente los rizos.

Pete estaba acostado de espaldas, con la boca abierta, exactamente igual que en su inspección anterior. Esperó hasta ver levantarse su pecho y salió, dejando la puerta

entornada. Apagó la luz del *hall* y entró en el cuarto que compartía con Walter.

Se desvistió, se trenzó el pelo, se dio una ducha, se friccionó la cara con crema, se lavó los dientes y se metió en la cama.

Las doce menos veinte. Apagó el velador.

Tendida de espaldas, desplazó la pierna y el brazo derechos lateralmente. Echaba de menos la presencia de Walter a su lado, pero la impresión de amplitud en el contacto de las sábanas lisas y frescas, era agradable. ¿Cuántas veces se había acostado sola, desde que se casaron? No muchas; algunas noches en que él estuvo ausente de la ciudad por asuntos de Marburg-Donlevy; las que ella pasó en el hospital cuando nacieron Pete y Kim; el día que hubo un corte general de luz; la ocasión en que ella viajó a su pueblo, para asistir al funeral del tío Bert. Unas veinte o veinticinco noches, a lo sumo, en algo más de diez años. No era experiencia penosa. ¡Por Dios, si hasta la hacía sentirse de nuevo Joanna Ingalls! ¿Se acuerdan de esa muchacha?

Se preguntó si Walter estaría emborrachándose. Había bebidas alcohólicas en ese camión que conducía Gary Claybrook (¿o las cajas eran demasiado chicas para contenerlas?) Pero Walter había ido en el coche de Vic Stavros, de modo que no había inconveniente para que se emborrachara. No era muy probable en él, sin embargo: casi nunca le había ocurrido. ¿Y si el de la mona era Vic Stavros? ¡Pamplinas! No había motivo para afligirse.

La cama se sacudía. Ella estaba acostada en la oscuridad, y la cama se sacudía. Alcanzó a percibir una oscuridad más densa en el hueco de la puerta que daba al baño, y una débil claridad en los tiradores de la cómoda mientras la cama seguía sacudiéndose y sacudiéndola, con un ritmo lento y regular, marcado por los gemidos intermitentes del elástico que acompañaban cada sacudida. ¡Era Walter el que temblaba! Debía haber atrapado una fiebre infecciosa. ¿O sería un ataque de *delirium tremens?* Giró sobre sí misma y se inclinó hacia él, apoyada en un solo brazo, y buscándole a tientas la frente con el otro, escrutándolo en la oscuridad. Los ojos de Walter (vacíos) la enfocaron y se apartaron instantáneamente; todo en él se apartó de ella, y el pedazo de sábana, que Joanna acababa de advertir a la altura de su ingle, desapareció de pronto, sustituida por la forma de su cadera. La cama dejó de moverse.

¿Habría estado Walter... masturbándose?

No sabía qué pensar.

-Creí que tenías un ataque de *delirium tremens* -dijo-. O alguna fiebre infecciosa.

Walter siguió inmóvil.

-No quise despertarte. Son más de las dos. -dijo al fin.

Ella, sentada en la cama, retuvo el aliento.

Walter siguió dándole la espalda, callado.

Joanna recorrió con los ojos la habitación; reconoció las ventanas y los muebles, borrosos, a la media luz indirecta de la lamparita que quedaba encendida toda la noche en el baño de Pete y Kim. Se sujetó la trenza, tirante; se pasó la mano por el estómago.

-Pudiste despertarme. No me habría importado.

Él no contestó.

-¡Caray! No tienes que hacer *eso...*

-Simplemente, no quise despertarte. Estabas profundamente dormida.

-Bueno, la próxima vez despiértame.

Walter se movió y se tendió de espaldas, sin sábana.

-¿Lo conseguiste? -preguntó Joanna.

-No.

-Pues bien -sonrió ella-. Ahora estoy despierta.

Se acostó a su lado y se volvió hacia Walter con un brazo extendido. Él se volvió hacia ella. Se abrazaron y se besaron. Walter olía a whisky.

-Digo yo, la consideración está bien -le cuchicheó Joanna al oído-; ...¡pero qué diablos!

Esa vez resultó una de las mejores, al menos para ella.

-¡Uuuuh! -resopló al volver del cuarto de baño-. Todavía me siento floja.

Walter, que estaba fumando sentado en la cama le sonrió.

Joanna se metió en la cama, se instaló cómodamente bajo el brazo de su marido, le tornó la mano y la atrajo hacia su pecho.

-¿Qué hicieron? -preguntó-. ¿Te estuvieron mostrando películas pornográficas o algo así?

-No tuve tanta suerte -sonrió Walter. Le puso su cigarrillo entre los labios, y ella aspiró una bocanada.

-Me sacaron ocho dólares con cincuenta en el póquer, y me dieron una lata sobre las pérfidas intenciones del Departamento Zonal respecto a la carretera de Eastbridge.

-Temí que pescaras una curda.

-¿Yo? Un par de copas, y pare de contar. No son grandes bebedores. ¿Y *tú* qué hiciste?

Se lo contó y también las esperanzas que tenía en la foto del negro. Walter le habló de algunos hombres que había conocido esa noche: el pediatra recomendado por los Van

Sant y los Claybrook; el ilustrador de revistas, que era la celebridad número uno de Stepford; otros dos abogados, un psiquiatra, el jefe de Policía, el gerente del Supermercado del Centro.

-El psiquiatra tendría que estar a favor de la admisión de las mujeres -observó Joanna.

-Y lo está. Así como el doctor Verry. No sondeé a nadie más. No quise presentarme como un activista furioso desde mi primera visita.

-¿Cuándo irás de nuevo? -preguntó Joanna y, de pronto (quién sabe por qué) tuvo miedo de que le contestara: *mañana.*

-No lo sé -dijo Walter-. Escucha, no pienso hacer de esto una forma de vida, como lo han hecho Ted y Vic. Presumo que iré aproximadamente dentro de una semana, pero no estoy seguro. En realidad, es un poco lugareño.

Joanna sonrió, y se apretó más contra él.

Había bajado aproximadamente un tercio de la escalera, tanteando los escalones con las puntas de los pies, y sosteniendo la maldita canasta de la ropa a la altura de la cara, por culpa del maldito pasamanos, cuando, ¡qué casualidad! , empezó a sonar el dos veces maldito teléfono.

No podía dejar allí la canasta, porque se caería; y tampoco podía llevarla de nuevo, porque no había espacio para volverse, con ella a cuestas. Siguió, pues, bajando despacito, tanteando los escalones con las puntas de los pies, y contestando mentalmente: « ¡ya va, ya va! » al timbre mandón y perentorio.

Perseveró hasta el fin y, cuando llegó a la meta, dejó la canasta en el suelo, y se encaminó al escritorio con paso airado.

- ¡Hola! -dijo, tal como lo sentía, sin el menor barniz de amabilidad.

-Hola, ¿es usted Joanna Eberhart? -la voz era fuerte, alegre, un poco áspera: parecida a la de Peggy Clavenger. Pero Peggy Clavenger estaba trabajando en *Paris-Match* según las últimas noticias que tuvo de ella, y ni siquiera debía saber que se había casado, cuánto menos conocer su nueva dirección.

-Sí. ¿Quién habla? -dijo.

-No hemos sido presentadas formalmente -prosiguió la voz que no podía pertenecer a Peggy Clavenger-, pero voy a remediarlo en seguida. Bobbie, tengo el gusto de presentarte a Joanna Eberhart. Joanna, tengo el gusto de presentarte a Bobbie Markowe, con K O W E finales. Bobbie reside en Ajax Country desde hace cinco semanas, y le encantaría entablar relación con una entusiasta aficionada a la fotografía, que tiene un vivo interés por la política y por

el feminismo. Ésa eres tú, a juzgar por lo que dice la *Crónica de Stepford* (puedes tomar la palabra «crónica» en el buen sentido o en el malo, según tu criterio del periodismo). ¿Han dado una impresión exacta de tu persona? ¿Verdaderamente no te quita el sueño averiguar si las escamas de jabón celestes son mejores que las de las rosadas, o viceversa? Si tuvieras completa libertad de elección, ¿optarías instantáneamente por no andar con el estropajo en la mano? ¿Hola? ¿Todavía estás ahí, Joanna? ¿Hola?

- ¡Hola! Sí, aquí estoy. ¡Y cómo! ¡Vaya si estoy aquí! ¡La gran siete, vale la pena poner un aviso en los periódicos!

- ¡Qué gusto da ver una cocina tan revuelta! -dijo Bobbie-. No llega precisamente a la altura de la mía (te faltan las marquitas de manos grasientas en la superficie de los gabinetes) pero está bien, muy bien. Felicitaciones.

-Si quieres puedo mostrarte unos cuartos de baño desaseados y deprimentes -propuso Joanna.

-No, gracias, prefiero tomar café.

-¿No te importa que sea del instantáneo?

-¿Quieres decir que hay otro?

Bobbie, una mujer bajita y trastona, llevaba una camiseta celeste con la figura de *Snoopy,* vaqueros y sandalias. Tenía boca grande y dientes insólitamente blancos; ojos azules que no perdían detalle; melena corta, oscura y alborotada; manos pequeñas y uñas sucias. También tenía un marido llamado Dave, que era analista de *stocks,* y tres hijos, de diez, ocho y seis años, respectivamente. Y, además, un viejo perro ovejero y otro de tipo inglés. Representaba menos edad que Joanna, treinta y dos o treinta y tres como mucho. Bebió dos tazas de café, engulló una rosquilla bañada en chocolate, y habló largo y tendido sobre las mujeres de Fox Hollow Lane.

-Empiezo a pensar que hay un concurso nacional del que no me había enterado -dijo, lamiéndose las puntas de los dedos, embadurnadas de chocolate- con un premio de un millón de dólares y... Paul Newman, para la que tenga la casa más limpia en la próxima Navidad. Se pasan la vida friega que te friega, lustra que te lustra...

-Por acá ocurre lo mismo. Hasta de noche. Mientras los maridos...

-Ya sé: en la «Asociación de Hombres» -completó Bobbie.

Comentaron el anticuado juego sucio sexista de la asociación, su injusticia flagrante en un pueblo donde las mujeres no contaban con una sola organización propia, ni siquiera una «Liga de Mujeres Sufragistas».

-Créeme -dijo Bobbie-, he registrado el lugar de punta a punta: hay un club de Jardinería y una que otra pequeña

congregación religiosa de viejas irlandesas que, por lo demás, no me admitirían: Markowe es una versión promocional de Markowitz... Está la «Sociedad Histórica», nada sexista, naturalmente. Me asomé y les dije: «Hola.» Cadáveres en posturas de seres vivos.

Dave había entrado en la «Asociación de Hombres» y pensaba, como Walter, que era factible cambiarla desde dentro. Pero Bobbie sabía los puntos que calzaban.

-Vas a ver; tendremos que encadenarnos a esa reja, antes de que hagan algo. Y, a propósito, ¿qué me dices de la reja? ¡Cualquiera pensaría que están refinando opio!

Conversaron sobre la posibilidad de reunirse con algunas de sus vecinas, aunque sólo fuera para espabilarlas un poco y estimularlas a desempeñar un papel más activo en la vida de la comunidad. Pero las mujeres que habían conocido -convinieron- no parecían predispuestas a aceptar siquiera un paso tan pequeño hacia la liberación.

Conversaron sobre la «Organización Nacional para las Mujeres», la «NOW»[1], a la que ambas pertenecían, y sobre las actividades de Joanna como fotógrafa.

- ¡Válgame Dios, éstas son *formidables!* -exclamó Bobbie, mirando las cuatro ampliaciones enmarcadas que había colgado en el escritorio-. ¡Son *bárbaras!*

Joanna le agradeció.

-Conque una aficionada entusiasta, ¿eh? Pensé que eso quería decir «Polaroids» de los chicos. ¡Pero estas fotos son *fantásticas!*

-Ahora que Kim está en el Jardín de Infancia, voy a ponerme a trabajar en serio -dijo Joanna.

Acompañó a Bobbie hasta su coche.

- ¡*No,* maldita sea! -estalló Bobbie de pronto-. Por lo menos tendríamos que *intentarlo.* Hablemos con esas mujeres de su casa. Debe haber algunas un poco mortificadas con la situación. ¿Y? ¿Qué te parece? ¿No sería grande que pudiéramos constituir un grupo acaso hasta una pequeña rama de la «NOW», y darle a esa «Asociación de Hombres» un buen vapuleo? Dave y Walter se engañan a sí mismos; la «Asociación» no va a cambiar, a menos que la *obliguen.* Las organizaciones de peces gordos no lo hacen jamás. ¿Qué me dices, Joanna? ¿Salimos por ahí a buscar adhesiones?

Joanna asintió con la cabeza.

-Podríamos. No es posible que todas estén tan conformes como aparentan.

Habló con Carol van Sant.

---

[1] «National Organization for Women».

-Caramba, no, Joanna -dijo Carol-. No creo que esa clase de cosas pueda interesarme. Pero gracias por la invitación, de todos modos.

Estaba limpiando el tabique plástico en la habitación de Stacy y Allison, pasando una enorme esponja amarilla por una franja de pliegues de acordeón, con firmes movimientos descendentes.

-Sería sólo por un par de horas -dijo Joanna-. De noche o, si resultara más conveniente para todas, de día, dentro del horario escolar.

Carol, en cuclillas para lavar la parte inferior de la franja, contestó:

-Lo siento, pero en realidad no dispongo de tiempo para esas cosas.

Joanna la observó un momento.

-¿No le molesta que la organización central de Stepford, la *única* que hace algo efectivo en lo referente a proyectos de bien común, sea terreno vedado para las mujeres? ¿No cree usted que tal exclusión resulta un poco arcaica?

-¿Ar-cai-ca? -repitió Carol, escurriendo la esponja dentro de un balde con agua jabonosa.

Joanna la miró.

-Anacrónica, anticuada, como prefiera.

Carol exprimió la esponja, fuera y por encima del balde.

-No, a mí no me parece arcaica.

Se levantó, se empinó y alcanzó con la esponja el borde superior de la franja inmediata.

-Ted está más capacitado que yo para esa clase de cosas -dijo, y empezó a pasar la esponja por los pliegues, con firmes movimientos descendentes, cuidando que cada golpe empezara exactamente donde había terminado el anterior.

-Además, los hombres necesitan un lugar donde poder distraerse y beber uno o dos tragos.

-¿Y las mujeres no?

-No, no tanto.

Carol meneó su cabeza pelirroja y prolija, de propaganda de champú, sin desviarla de su operación de limpieza.

-Disculpe, Joanna -concluyó-. Simplemente no tengo tiempo para ir a una reunión.

-*Okay.* Si cambia de opinión, avíseme.

-¿Le importa si no la acompaño hasta abajo?

-No, claro que no.

Habló a Bárbara Chamalian, que vivía al otro lado de los Van Sant.

-Gracias, pero no veo cómo podría arreglármelas para acudir -dijo Bárbara.

Era una mujer de mandíbula cuadrada y pelo oscuro, embutida en un vestido rosa que modelaba una figura excepcional.

-Lloyd se queda a menudo en la ciudad -explicó-. Y las noches que no se queda, le gusta ir a la «Asociación de Hombres». Me resultaría intolerable pagar a una *baby sitter,* solamente para...

-Podría hacerse dentro del horario escolar -insinuó Joanna.

-No. Será mejor que no cuente conmigo -insistió Bárbara, con una sonrisa amplia y atractiva-. Como quiera que sea, me alegro de haber tenido la oportunidad de conocerla. ¿No querría entrar a sentarse un rato? Estoy planchando.

-No, gracias. Quiero hablar con algunas otras mujeres.

Habló a Marge McCormick. («Francamente, no creo que eso llegara a interesarme»); a Kit Sundersen («Temo no disponer de tiempo. Lo lamento de veras, Mrs. Eberhart») y a Donna Claybrook («Es una excelente idea, pero yo estoy tan ocupada estos días... En todo caso, le agradezco la invitación»).

Se encontró con Mary Ann Stavros en un pasillo del Supermercado del Centro.

-No, no creo tener tiempo para nada por el estilo. ¡Hay tanto que hacer en la casa! Sabe usted.

-Pero saldrá de vez en cuando, ¿no?

-Por supuesto. ¿Acaso no he salido ahora?

-Le hablo de salir a distraerse.

Mary Ann sonrió y meneó la cabeza, balanceando las mechas de su pelo rubio y lacio.

-No, casi nunca. No siento mucha necesidad de distracción. Hasta la vista.

Se alejó, empujando su carrito de provisiones; un poco más allá se detuvo, sacó una lata de un estante, la observó, la colocó en el interior del carrito y siguió su camino.

Joanna la miró partir y volvió los ojos al carrito de otra mujer, que pasaba a su lado lentamente. « ¡Mi Dios!, son prolijas hasta para llenar sus carritos», pensó, y examinó el suyo: un revoltijo de tarros, cajas y frascos. La atravesó el impulso culpable de ordenarlo, pero maldito si lo iba a seguir. ¡No faltaba más! Por el contrario, arrebató una lata cualquiera de la estantería -helado de vainilla- y la arrojó entre las otras cosas. ¡Ni siquiera necesitaba el maldito producto!

Habló con la madre de una compañera de colegio de Kim,

en la sala de espera del doctor Verry; con Yvonne Weisgalt, que vivía al lado de los Stavros, y con Jill Burke que vivía en la casa contigua. Todas declinaron su invitación. Les faltaba tiempo o interés para reunirse con otras mujeres, a conversar sobre sus experiencias comunes.

Bobbie tuvo peor suerte aún, considerando que había hablado con casi el doble de mujeres.

-Aceptó una sola -le contó a Joanna-. Una viuda de ochenta y cinco años, que me metió en su casa a tirones, me tuvo secuestrada una hora, y me sometió a una pulverización de saliva a corta distancia. En cualquier momento que estemos dispuestas a cargar contra la «Asociación de Hombres», encontraremos a Eda Mae Hamilton dispuesta de buena gana a secundarnos.

-Convendría que nos mantuviéramos en contacto con ella -dijo Joanna.

-¡Oh, no, todavía no hemos llegado a ese extremo!

Perdieron una mañana haciendo juntas las visitas, para ensayar la teoría (de Bobbie), según la cual, si hablaban las dos con ciertas ambigüedades premeditadas, podían crear la sugestión incitante de una falange de mujeres, con lugar para una más. No funcionó.

-¡Crrisstto! -explotó Bobbie en su automóvil, arremetiendo furiosa contra la cuesta de Short Ridge Hill-. Aquí está pasando algo que huele mal. Estamos en el Pueblo que el Tiempo Olvidó.

Una tarde, Joanna dejó a Pete y a Kim al cuidado de la quinceañera Melinda Stavros y tomó el tren para la ciudad, donde se encontró con Walter y un matrimonio amigo -Shep y Silvia Tackover- en un restaurante italiano del barrio de los teatros.

Fue agradable ver de nuevo a Shep y Silvia, una pareja optimista, hogareña y dinámica, que había sobrevivido a varios golpes rudos, entre ellos la muerte de un hijito de cuatro años, ahogado. También fue agradable estar de nuevo en la ciudad -Joanna disfruto a fondo del color y el movimiento del restaurante concurrido.

Tanto ella como Walter hablaron entusiastamente de Stepford, alabaron su belleza y su tranquilidad, y ponderaron las ventajas de vivir en una casa y no en un apartamento. Joanna se abstuvo de aludir a la tremenda domesticidad de las mujeres, y a la sensible falta de toda actividad extradoméstica. Calló, suponía que por orgullo; porque le repugnaba atraer la conmiseración ajena, aun la de Shep y Silvia. Habló en cambio de Bobbie y lo divertida que era, y de las excelentes escuelas de Stepford, sin sobrecarga de alumnos. Walter no sacó el tema de la «Asociación de Hombres» y ella tampoco. Silvia, que estaba empleada en la Administración de Vivienda y Desarrollo,

habría sufrido un ataque.

A pesar de todo, ya en camino del teatro, Silvia le dirigió una penetrante mirada crítica y preguntó:

-¿Cuesta adaptarse?

-En algunos aspectos.

-Lo lograrás -dijo Silvia y le sonrió alentadoramente-. ¿Qué tal anda la fotografía? Debe resultarte formidable allí, donde lo abordas todo con ojos nuevos.

-No he hecho nada hasta ahora. Bobbie y yo hemos andado correteando por todos lados, tratando de promover una modesta actividad feminista. Aquello está un poco estancado, para serte franca.

-El correteo y la promoción no son cosa tuya. Tu trabajo es la fotografía, o debería serlo.

-Ya lo sé. He conseguido un fontanero que irá uno de estos días a instalar la pila en el cuarto oscuro.

-Walter parece eufórico.

-Lo está. En realidad, es una buena vida.

La pieza, un *hit* musical de la temporada anterior, los decepcionó. En el tren que los traía de vuelta, la desmenuzaron durante unos minutos; después, Walter se puso las gafas y sacó unos papeles para trabajar, y Joanna hojeó el *Time* y se quedó fumando y mirando por la ventanilla la oscuridad y las luces ocasionales que la atravesaban.

Silvia tenía razón: su trabajo era la fotografía. Al demonio las mujeres de Stepford, excepto Bobbie, naturalmente.

Los dos coches estaban en la estación, por lo que tuvieron que ir separados a casa. Joanna salió delante en la camioneta, y Walter la siguió en el «Toyota». El Centro estaba desierto y escenográfico a la luz de sus tres faroles -sí, tomaría allí unas cuantas fotos, *antes* de que estuviera terminado el cuarto oscuro- y más arriba, había reflectores encendidos y ventanas iluminadas en la sede de la «Asociación de Hombres», ante la cual aguardaba un automóvil con el motor en marcha, a punto de salir por el camino particular.

Encontraron a Melinda Stavros, bostezante pero risueña, y a Pete y Kim en sus camitas, profundamente dormidos.

En el comedor de diario había vasos de leche vacíos y platos sucios sobre la mesa de la lámpara; bolas de papel blanco estrujado encima del sofá, y en el suelo, delante del sofá; y una botella de *ginger-ale* vacía tirada en el suelo, entre las bolas de papel.

«Menos mal que no se lo transmiten a sus hijas», pensó Joanna.

La tercera vez que Walter fue a la «Asociación de Hombres», llamó a Joanna alrededor de las nueve, y le avisó que iba a volver en seguida a casa con la Comisión de Nuevos Proyectos, para la que había sido designado la vez anterior. Estaban haciendo algún trabajo de construcción en el edificio (ella alcanzaba a percibir un zumbido de maquinarias al fondo) y no encontraban un lugar tranquilo para sentarse a conversar.

-Estupendo -dijo Joanna-. Yo estoy ocupada con los trastos que faltaba sacar del cuarto oscuro, así que ustedes podrán disponer de todo el...

-No, escucha -la interrumpió Walter-. Quédate arriba con nosotros y participa en la conversación. Hay entre ellos un par de exclusivistas fanáticos. No les vendrá nada mal oír a una mujer que hace comentarios inteligentes. Porque estoy seguro que los harás.

-Gracias. ¿Pero si ellos se oponen?

-La casa es nuestra.

-¿Seguro que lo que buscas no es una sirvienta?

Walter se echó a reír.

-¡Cielos, no hay forma de engañarla! Está bien, me pescaste. Pero una criada inteligente, ¿de acuerdo? ¿Harás lo que te pido? Creo que puede resultar útil.

-*Okay.* Dame quince minutos y seré una criada inteligente, y además *bonita.* ¿Qué te parece como colaboración?

-¡ Fantástica! ¡ Increíble!

Llegaron cinco, y uno de ellos, un hombrecito jovial y carirrojo que aparentaba unos sesenta años y lucía un bigote engomado, de guías rematadas en puntas de palillos, era Ike Mazzard, el ilustrador de revistas.

-No estoy segura de que me sea usted simpático -dijo Joanna estrechando cordialmente su mano-. Me arruinó la adolescencia con esas muchachas de ensueño que dibuja.

-Usted debía imitarlas bastante -contestó él con una risita complacida.

-¿Quiere apostar algo?

Los cuatro restantes andaban alrededor de los cuarenta. El alto de pelo negro y aire de negligente arrogancia, era Dale Coba, el presidente de la Asociación. Le sonrió, con una mirada desdeñosa de sus ojos verdes, y dijo:

-Mucho gusto, Joanna.

«Uno de los exclusivistas fanáticos -pensó ella-: las mujeres son para la cama, y punto.»

Su mano era suave, sin presión.

Los otros eran un tal Anselm o Axhelm, Sundersen y

Roddenberry.

-Conocí a su esposa -le dijo Joanna a Sundersen, un hombre pálido y barrigón, que parecía nervioso-. Suponiendo que sean ustedes los Sundersen que viven al otro lado del camino.

-¿La conoció? Sí, somos ésos. No hay otros Sundersen en Stepford.

-La invité a una reunión, pero no podía asistir.

-Es poco sociable...

Los ojos de Sundersen miraban a cualquier parte, menos a Joanna, que dijo:

-Perdone. No escuché bien su nombre.

-Herb -contestó sin mirarla.

Joanna los introdujo a todos en el *living,* fue a la cocina a buscar hielo y soda, y los llevó a Walter, que aguardaba junto al mueble bar.

-¿Inteligente? ¿Bonita? -cuchicheó, y él le hizo una mueca.

Volvió a la cocina y llenó unos boles con patatas fritas y cacahuetes.

No partió ninguna objeción del círculo de hombres cuando, vaso en mano, dijo: «¿Me permiten?», y se acomodó en el extremo del sofá que Walter le había reservado. Ike Mazzard y el tal Anselm (o Axhelm) se pusieron de pie, y los demás amagaron hacerlo, con excepción de Dale Coba, que siguió sentado, comiendo cacahuetes que se sacaba del puño y mirándola por encima de la mesa de copetín, con sus desdeñosos ojos verdes.

Discutieron el proyecto de los Juguetes-de-Navidad y el proyecto de Preservación-del-Paisaje. Roddenberry tartamudeaba un poco; tenía una cara simpática -nariz de dogo, barba azuleña- y se llamaba Frank. Y Coba tenía un sobrenombre que aparentemente no se justificaba: Diz[1]. Consideraron la conveniencia probable de que hubiera ese año en el Centro un festival de luces de Hannukah, simultáneamente con el pesebre de Navidad, en atención al número de residentes judíos que había ahora en Stepford. Propusieron ideas para nuevos proyectos. Y en este punto intervino Joanna.

-¿Puedo sugerir algo?

-Por supuesto -dijeron Frank Roddenberry y Herb

---

[1] Diz puede ser apócope de *dizzy,* adjetivo que en su acepción más usual significa vertiginoso, y se aplica tanto a lo que causa vértigo como a quien ocasionalmente lo padece. *(N. de la T.)*

Sundersen.

Coba, echado hacia atrás en su asiento, miraba al cielo raso (desdeñosamente, sin duda), la nuca apoyada en las manos y las piernas extendidas.

-¿Les parece que habría posibilidad de organizar algunas conferencias nocturnas para adultos, o bien algunos debates entre padres y adolescentes? -preguntó Joanna-. Podría utilizarse el salón de actos de una de las escuelas...

-¿Sobre qué tema? -preguntó Frank Roddenberry.

-Cualquiera, de interés general. El asunto de las drogas, por ejemplo, que nos concierne a todos, aunque la *Crónica* lo meta a escobazos debajo de la alfombra; la invasión de la música rock..., ¡qué sé yo!, *cualquier cosa* que haga salir a la gente de su encierro y la incite a escuchar lo que dice otra gente, y a dialogar con los demás.

-Es *interesante* -dijo Claude Anselm, o Axhelm, inclinándose hacia delante, cruzando las piernas y rascándose la sien. Era delgado y rubio, le brillaban los ojos y nunca estaba quieto.

-Y puede ser que con esto se consiga sacar de su encierro aun a *las mujeres* -prosiguió Joanna-. Por si no lo saben, este pueblo es una zona de siniestro para las *baby sitters.*

Todos soltaron una carcajada, y ella se sintió satisfecha de sí misma y cómoda en su papel. Adelantó otros posibles temas de debate, a los que Walter, y después Herb Sundersen, añadieron unos pocos más. Se expusieron otras ideas para nuevos proyectos; Joanna participó en la discusión de todos, y los hombres (excepto el maldito Coba) le prestaron sostenida atención; Ike Mazzard, Frank, Walter, Claude, el mismo Herb, que ahora la miraba de frente, expresaban su asentimiento con cabezazos y de viva voz; o la interrogaban gravemente, y ella se sentía muy satisfecha de sí misma, ¡claro que sí!, respondiendo a sus preguntas con inteligencia y buen sentido. *¡Adelante, Gloria Steinem!*

Advirtió, con sorpresa y azoramiento, que Ike Mazzard la estaba dibujando. Sentado en su silla (junto al perseverante contemplador del cielo raso, Dale Coba), picoteaba con un bolígrafo azul en una libreta, posada sobre su pulcra rodilla a rayas, mirando alternativamente a

Joanna y a su obra de picoteo.

¡Ike Mazzard, dibujándola *a ella!*

Los hombres se habían quedado silenciosos. Miraban el interior de sus vasos, revolvían sus cubitos de hielo.

-¡Epa! -dijo Joanna, meneándose desasosegada pero sonriente-:¡Yo no soy una muchacha de Ike Mazzard!

-Toda muchacha es una muchacha de Ike Mazzard -

contestó el hombrecito; le sonrió y sonrió a su obra de picoteo.

Ella miró a Walter, que le sonrió, turbado, y se encogió de hombros.

Miró de nuevo a Mazzard y después, sin volver la cabeza, a los otros hombres. Ellos la miraron y sonrieron nerviosamente.

-¡Vaya! *Esto* es un buen mata-conversación -dijo.

-Descanse, puede moverse -dijo Ike Mazzard. Dio vuelta a la hoja y reanudó el picoteo.

Habló Frank:

-Yo no creo que otro campo de b...béisbol sea tan imprescindible.

Joanna oyó gritar a Kim: *«¡Mami!»,* pero Walter la detuvo, tocándole el brazo, dejó su vaso encima de la mesa, se levantó y pidió disculpas a Claude al pasar delante de él.

Los hombres volvieron al tema de los nuevos proyectos. Ella deslizó una palabra aquí y allá, moviendo la cabeza, pero sin perder conciencia en ningún momento de que Mazzard la miraba y picoteaba alternativamente. *¡Trate una de ser Gloria Steinem cuando Ike Mazzard la está dibujando!* El hombrecito hacía un poco de camelo: ella no era el tipo «una-sola-vez-en-la-vida-y-no-hay-que-perder-la-oportunidad», ni siquiera con aquel Palazzo de Pucci. ¿Y por qué estarían tan tensos los *hombres?* Su conversación parecía forzada y llena de baches. Herb Sundersen se había ruborizado positivamente.

De pronto se sintió como desnuda, como si Mazzard la estuviera dibujando en poses obscenas.

Cruzó las piernas; hubiera deseado cruzar los brazos también, pero no lo hizo. *Por amor de Dios, se trata de un artista camelero, y nada más. Estás vestida.*

Llegó Walter, que se inclinó hacia ella, y le dijo:

-Era solamente una pesadilla. -Se enderezó y, preguntó a los hombres-: ¿Alguien quiere otra copa? *¿Diz?* ¿Frank?

-Sírvame un trago más, pero chico -dijo Ike Mazzard.

-¿El baño queda por allí? -preguntó Herb, levantándose.

Prosiguió la conversación, ya más suelta y despreocupada.

Proyectos nuevos.

Proyectos antiguos.

Mazzard se guardó el bolígrafo en el bolsillo, sonriente.

- ¡Uf! -resopló Joanna, y se echó aire.

Coba enderezó la cabeza y, siempre con las manos en la nuca, pero ahora con el mentón contra el pecho, miró la

libreta apoyada sobre la rodilla de Mazzard, y dijo:

-Usted no acaba nunca de asombrarme.

-¿Puedo ver yo? -preguntó Joanna.

-¡Por supuesto! -contestó Mazzard. Se incorporó a medias y le tendió la libreta.

Walter también miró y Frank se inclinó para ver.

Croquis de Joanna: página tras página de croquis, pequeños, precisos y... lisonjeros, como habían sido siempre los dibujos de Ike Mazzard. Caras de frente, de tres cuartos, de perfil; estudios de expresión, que la mostraban sonriente o seria, hablando o frunciendo el ceño.

-¡Son preciosos! -dijo Walter.

-Y Frank comentó:

-¡Estupendo, Ike!

Claude y Herb se acercaron por detrás del sofá.

Joanna volvió a recorrer todas las páginas.

-Son... *maravillosos* -dijo-. Ojalá pudiera decir que son perfectamente fieles...

-Es que lo *son* -aseguró Mazzard.

-Dios lo bendiga.

Le devolvió la libreta. Él la apoyó sobre la rodilla, volvió algunas hojas y sacó su bolígrafo. Escribió algo en una página, la arrancó y se la ofreció.

Era uno de los croquis en que la había tomado de tres cuartos, seria, y llevaba la conocida firma sin mayúsculas *ike mazzard.*

Se lo mostró a Walter, que dijo:

-Gracias, Ike.

-Es un placer.

Joanna le sonrió:

-Gracias. Le perdono por arruinarme la adolescencia.

Sonrió a los demás.

-¿Alguno de ustedes quiere café?

Todos querían, con excepción de Claude, que quiso té.

Fue a la cocina y colocó el croquis sobre los posafuentes, encima del refrigerador. ¡Un retrato de ella dibujado por Ike Mazzard! ¡Quién se lo hubiera dicho en su pueblo, tiempo atrás, cuando andaba por los once o los doce años, y leía los *Journals* y los *Companions* de mami! ¡Qué tontería ponerse tan nerviosa por lo que en realidad había sido una gentileza de Ike Mazzard!

Sonriendo, llenó de agua la cafetera, la enchufó, ajustó el filtro, echó unas cucharadas de café y colocó la tapa. Cerró

el recipiente plástico del café y se volvió. Coba estaba reclinado en el hueco de la puerta, con un hombro contra el quicio y cruzado de brazos, observándola.

Muy frío a pesar de la tricota de cuello alto, color verde jade (que, por supuesto, hacía juego con sus ojos) y el traje de franela gris pizarra.

-Me gusta observar a las mujeres ocupadas en los pequeños menesteres domésticos -le dijo con una sonrisa.

-Ha venido al pueblo más adecuado para saciar el gusto. -Joanna tiró la cuchara al fregadero, y llevó el tarro de café al refrigerador.

Coba seguía allí, observándola.

Ella deseó que apareciera Walter.

-Usted no parece particularmente vertiginoso -dijo-. ¿Por qué lo llaman *Diz?*

-En un tiempo trabajé en Disneylandia.

Se echó a reír mientras iba al fregadero.

-¡No me diga!

-Es la verdad.

Joanna se volvió en redondo y lo miró.

-¿No me cree?

-No.

-¿Por qué?

Ella reflexionó un instante y lo supo.

-¿Por qué no me cree? Dígame.

Al infierno con él: quería saberlo, se lo diría.

-No da la impresión de una persona que disfrute haciendo feliz a la gente.

Un impacto mortal, sin duda, para la admisión de las mujeres en la bendita y sacrosanta «Asociación de Hombres».

Coba la miró, desdeñoso.

-¡Qué sabe usted!

Sonrió, se apartó del quicio, dio media vuelta y se fue.

-No me entusiasma mucho el presidente -dijo Joanna, mientras se desvestía.

-Tampoco a mí -convino Walter-. Es frío como un témpano. Pero no va a estar en el cargo a perpetuidad.

-Mejor así, porque de lo contrario las mujeres no conseguirán entrar nunca. ¿Cuándo hay elecciones?

-Inmediatamente después del primero de año.

-¿En qué trabaja?

-En la empresa «Burnham-Massey», de la ruta Nueve. Lo mismo que Claude.

-Ah, oye, ¿cómo es el apellido?

-¿De Claude? Axhelm.

Kim empezó a llorar. Ardía de fiebre, y ellos estuvieron en pie hasta pasadas las tres, tomándole la temperatura (cuarenta grados y unas líneas, al principio), leyendo un manual de medicina casera, llamando al doctor Verry y dándole baños casi fríos y friegas con alcohol.

Bobbie encontró una viva.

-...Por lo menos en comparación con las otras posmas -graznó su voz desde el teléfono-. Se llama Charmaine Wimperis, y si la miras un poco de soslayo se convierte en Raquel Welch. Viven en la cuesta de Burgess Ridge, en una ultramoderna de doscientos mil dólares; y ella tiene criada, jardinero y, además, pon atención, pista de tenis.

-¿En serio?

-Ya sabía yo que esto iba a hacerte salir del sótano. Estás invitada a jugar y también a almorzar. Pasaré a buscarte alrededor de las once y media.

-¿Hoy? ¡No puedo! Kim todavía no sale. *-¿Todavía?*

-¿Podríamos aplazarlo hasta el miércoles? O el jueves, para mayor seguridad.

-El miércoles. Lo consultaré con ella y volveré a llamarte.

¡Pim! ¡Pum! ¡Paam! Charmaine era buena jugadora. ¡Caracoles si era buena! Mandaba la pelota zumbando, directa y dura, primero a un lado de la cancha, después al otro; la tuvo corriendo de lado a lado todo el tiempo, y luego la obligó a correr hasta el fondo de la cancha, con un tiro largo que Joanna apenas alcanzó a atajar. Salió corriendo detrás de la pelota, pero Charmaine la bajó con un *smash* que la proyectó hacia el ángulo interior izquierdo de la red, y ganó el juego y el set por seis a tres; luego de haber ganado el primero por seis a dos.

-¡Oh, Dios! ¡Cómo me la dieron! -exclamó Joanna-. ¡Qué papelón! ¡Qué paliza!

-¡Uno más! -gritó Charmaine, retrocediendo hasta la línea de saque-. ¡Vamos, uno más!

-¡No puedo! Con esto me alcanza para no poder andar mañana. -Recogió la pelota-. ¡Ven, Bobbie, juega tú!

Bobbie, sentada en el césped con las piernas cruzadas, al otro lado de la verja de tela metálica, ofrecía la cara en bandeja sobre una lámpara de sol.

-No he jugado desde el colegio, ¡juro que es verdad!

-Un solo juego, entonces -gritó Charmaine-. ¡Un juego

más, Joanna!

-¡Está bien, un juego más!

Lo ganó Charmaine.

-Me has dejado muerta, pero fue bárbaro. Gracias -dijo Joanna cuando salían juntas de la cancha.

-Lo único que te falta es volver a practicar un poco -dijo Charmaine, pasando cuidadosamente la punta de una toalla por sus mejillas de pómulos altos-. Tienes un saque de primera.

-Mucho me sirvió.

-¿Quieres jugar a menudo? Todo lo que he conseguido hasta ahora es un par de muchachitos, los dos con erecciones permanentes.

-Mándamelos -dijo Bobbie, levantándose del suelo.

Caminaron por el sendero de lajas en dirección a la casa.

-Es una pista estupenda -comentó Joanna, pasándose la toalla por el brazo.

-Úsala, pues. Yo solía jugar diariamente con Ginnie Fisher, ¿la conoces?, pero me plantó. Tú no lo harás, ¿verdad? ¿Qué te parece mañana?

- ¡Oh, no puedo!

Se sentaron en una terraza, bajo una sombrilla de «Cinzano», y la criada, una mujer delgada y canosa que se llamaba Nettie, les llevó una jarra de *Bloody Mary,* un tazón de crema de pepinos y galletitas crocantes.

-Es maravillosa -dijo Charmaine-. Una alemana de Virgo; si le ordenara lamer mis zapatos, lo haría. ¿Tú que eres, Joanna?

-Una americana de Tauro.

-Si le mandas lamer tus zapatos, te escupe en el ojo -dijo Bobbie-. No creerás realmente esas monsergas, ¿no?

-Por supuesto que sí -contestó Charmaine, sirviendo *Bloody Mary*-. Y tú también creerías, si te acercaras a estas cosas con espíritu abierto.

(Joanna la miró de reojo, no era Raquel Welch, pero andaba cerca.)

-Por eso me dejó plantada Ginnie Fisher -prosiguió Charmaine-. Es de Géminis, y ésos cambian todo el tiempo. Los Tauro son constantes y uno puede contar con ellos. Lo que significa que tendremos tenis al por mayor.

-Esta nativa de Tauro tiene una casa y dos chiquillos que atender, sin ninguna alemana de Virgo.

Charmaine tenía un hijo único, de nueve años, llamado Merrill. Su esposo, Ed, era productor de Televisión. Se

habían trasladado a Stepford en julio. Sí, Ed era miembro de la «Asociación de Hombres» y, no, a ella no le incomodaba la injusticia sexista.

-Cualquier cosa que lo retenga fuera de casa por la noche me viene bien -declara-. Él es de Aries y yo de Escorpio.

-Oh, vamos... -dijo Bobbie, y se metió en la boca una galletita cargada con crema de pepinos.

-Es una combinación pésima -explicó Charmaine-. Ah, si yo hubiera sabido antes lo que sé ahora...

-¿Pésima en qué sentido? -preguntó Joanna.

Y fue un error. Charmaine se explayó sin trabas acerca de las incompatibilidades que existían entre ella y Ed, en múltiples aspectos: social, emocional y sobre todo sexual.

Nettie llevó langosta a la Newburg con patatas juliana.

- ¡Pobres caderas mías! -gimió Bobbie, sirviéndose langosta a cucharadas, mientras Charmaine entraba en pormenores con una franqueza portentosa. Ed era un sátiro y un pervertido sexual.

-Me mandó hacer ese *vestido de goma* en Inglaterra, sabe Dios a qué precio. De *goma,* ¿se dan una idea? Se lo pones a alguna de tus secretarias, le dije yo. A mí no me vas a meter dentro de eso. Cierres relámpagos con candaditos, de arriba abajo. No se puede tener encerrada a una Escorpio. A las Virgo sí, en todo momento, porque han nacido para el yugo. Pero las de Escorpio han nacido para andar sueltas. -Si Ed hubiera sabido antes lo que tú sabes ahora... -dijo Joanna.

-No habría habido la menor diferencia -dijo Charmaine-. Está loco por mí. Es un Aries típico.

Netti llevó pastelillos de frambuesa y café. Bobbie rezongó. Charmaine les habló de otros pervertidos sexuales que había conocido en sus tiempos de modelo profesional: eran varios.

Las acompañó hasta el auto de Bobbie.

-Escucha, Joanna -le dijo al despedirse-, ya sé que eres una persona muy ocupada, pero en cualquier momento que tengas una hora libre, vienes directamente. Ni siquiera necesitas llamar. Yo estoy casi siempre en casa.

-Gracias, lo haré. Y gracias también por el día de hoy. Ha sido grandioso.

-En cualquier momento -repitió Charmaine. Se inclinó hacia la ventanilla-. Otra cosa, ¿querrían hacerme un favor las dos? ¿Querrían leer *Los signos del Zodíaco,* de Linda Goodman, aunque sólo sea por complacerme? Léanlo y verán lo acertada que es. Lo tienen en la farmacia del Centro, en rústica. ¿Lo harán? ¿Por favor...?

Se rindieron sonrientes, y prometieron que lo harían.

-¡Chau! -gritó Charmaine, saludándolas con la mano cuando se alejaban.

-Bueno -dijo Bobbie, doblando la curva de la carretera-, tal vez no sea el elemento ideal para la N O W, pero al menos no está enamorada de su aspiradora.

-¡Es despampanante!

-¿Verdad que sí? Aun para estas regiones, donde las mujeres pueden tener poco seso, hay que reconocer que les sobra presencia. ¡Caray, qué matrimonio! ¿Qué me dices de ese vestido de goma? ¡Y yo pensaba que el pobre Dave tenía ocurrencias espeluznantes!

-¿Dave? -dijo Joanna, mirándola.

Bobbie le enfocó una sonrisa lateral.

-A mí no me vas a arrancar ninguna confesión verídica. Soy Leo, y las Leo hemos nacido para cambiar de tema. ¿Queréis ir al cine tú y Walter el sábado a la noche?

Habían comprado la casa a un matrimonio Pilgrim, que la había habitado solamente dos meses y se habían trasladado al Canadá. Los Pilgrim, a su vez, se la habían comprado a una tal Mrs. McGrath, quien por su parte se la había comprado al constructor, once años antes. Mrs. McGrath era, pues, la que había dejado la mayoría de los trastos que había en el depósito del sótano. No era justo, en realidad, llamarlos trastos: había dos buenas sillas de comedor coloniales, que Walter iba a desarmar y a componer algún día: una edición completa del *Libro del saber,* en veinte tomos, que estaba ahora en los anaqueles del cuarto de Pete; además, cajas y paquetitos de trabajos de ferretería y restos de materiales: cosas que si no eran precisamente hallazgos, podían resultar útiles. Mrs. McGrath había sido un ama de casa ahorrativa y previsora.

Joanna había pasado ya la mayor parte de lo. que no eran realmente trastos a un rincón del fondo del sótano, antes de que el fontanero instalara la pila, y ahora estaba pasando el resto -tarros de pintura y envoltorios de tejas de amianto-, mientras Walter martillaba una alacena de madera contrachapada, y Pete le alcanzaba los clavos. Kim había ido con las chicas de los Van Sant y Carol a la biblioteca.

Joanna desenrolló un envoltorio de papel de diario amarillento, y encontró un pincel de una pulgada, con las cerdas limpias un poco endurecidas, pero todavía flexibles. Empezaba a enrollarlo de nuevo en el diario -media hoja de la *Crónica*- cuando las palabras CLUB DE MUJERES atrajeron su atención. EL CLUB DE MUJERES ESCUCHA A UNA ESCRITORA. Volvió el papel y miró.

-¡Dios santo!

Pete la miró y Walter, sin interrumpir los martillazos,

dijo:

-¿Qué ocurre?

Sacó el pincel del diario, lo dejó en el suelo, sostuvo con ambas manos la media hoja desplegada, y empezó a leer.

Walter dejó de martillar, se volvió a mirarla y preguntó:

-¿Qué ocurre?

Siguió leyendo un momento. Le miró, miró el diario, luego a Walter otra vez. Dijo:

-Había... un club *de mujeres* aquí. Betty Friedan habló para ellas. Y *Kitt Sundersen* era la presidenta. La mujer de Dale Coba y la de Frank Roddenberry pertenecían a la comisión directiva.

-¿Estás bromeando?

Joanna bajó los ojos al diario y leyó: «Betty Friedan, autora de *La mística femenina,* dirigió la palabra a las socias del «Club de Mujeres» de Stepford, el jueves por la noche, en casa de Mrs. Herbert Sundersen, presidenta de la institución. Más de cincuenta mujeres aplaudieron a Mrs. Friedan cuando se refirió a las injusticias y frustraciones a que está sometida la mujer casada en nuestros tiempos...» Alzó los ojos.

-¿Puedo seguir un rato yo? -pidió Pete.

Walter le tendió el martillo y preguntó a Joanna:

-¿Cuándo fue eso?

Ella miró el diario:

-No lo dice. Es la mitad inferior. Hay una foto de la comisión directiva: «Mrs. Steven Margolies, Mrs. Dale Coba, la escritora Betty Friedan, Mrs. Herbert Sundersen, Mrs. Frank Roddenberry y Mrs. Duane T. Anderson.»

Le tendió la media hoja abierta, y él se acercó y tomó un lado.

-Si esto no es el colmo de lo absurdo... -comentó, observando la fotografía y el artículo.

-Yo hablé con Kit Sundersen, y no me dijo una palabra al respecto. Solamente que no tenía tiempo para una reunión. Como todas las demás.

-Debió ser hace seis o siete años -aventuró Walter, palpando los bordes del papel amarillento.

-O más. La mística apareció cuando yo trabajaba todavía. Andreas me dio el ejemplar que había usado para la reseña. ¿Te acuerdas?

Él asintió y se volvió hacia Pete, que estaba martillando la alacena vigorosamente.

- ¡Eh, cuidado! Vas a dejar marcas. -Se volvió de nuevo al diario-. Bueno, es bastante tiempo, ¿no? Debe haber

fracasado, simplemente.

-¿Con cincuenta socias? ¿Más de cincuenta... que aplaudían a la Friedan, no la silbaban?

-Bueno, ya no existe, ¿verdad? -dijo Walter, soltando el papel-. Salvo que hayan tenido la peor encargada de relaciones públicas del mundo. Le preguntaré a Herb lo que pasó la próxima vez que lo vea.

Se acercó nuevamente a Pete:

-Vaya, has hecho un buen trabajo.

Joanna miró el diario y meneó la cabeza:

- ¡No lo puedo creer! ¿Quiénes eran esas cincuenta mujeres? No es posible que todas se hayan mudado a otra parte...

-Vamos, vamos. Tú no has hablado con todas las mujeres del pueblo.

-Pero Bobbie sí, o le faltó muy poco.

Dobló el papel, lo volvió a doblar y lo colocó sobre la caja de su equipo. El pincel estaba en el suelo. Lo recogió.

-¿Necesitas un pincel?

Walter volvió la cabeza:

-No pretenderás que pinte estas cosas.

-No, no. Estaba envuelto en el diario.

-Ah -dijo él, y volvió a la alacena.

Joanna dejó el pincel, se agachó y juntó unas tejas sueltas.

-¿Cómo es posible que no lo mencionara? Era la presidenta...

Apenas Bobbie y Dave entraron en el coche, se lo contó.

-¿Estás segura de que no es uno de esos periódicos que se imprimen en las galerías de tres al cuarto? -dijo Bobbie-. «Fred Smith se acuesta con Elizabeth Taylor», y cosas por el estilo.

-Es la enferma *Crónica* -afirmó Joanna-.La mitad inferior de la primera hoja. Aquí la tienes, si quieres ver.

La tendió al asiento de atrás, y ellas la desplegaron en medio de las dos. Walter encendió la luz de arriba.

-Podrías haber ganado una hermosa suma, si me hubieras hecho una apuesta y después me la hubieras mostrado -dijo Dave.

-No se me ocurrió.

- ¡Más de cincuenta mujeres! -exclamó Bobbie-. ¿Quiénes diablos eran? ¿Qué pasó con el club?

-Eso es lo que yo quiero saber -dijo Joanna-. Y por qué no

me lo mencionó Kit Sundersen. Mañana mismo voy a hablar con ella.

Viajaron hasta Eastbridge y se pusieron en la cola para la función de las nueve: una película inglesa de categoría R. Las parejas de la cola eran bulliciosas y charlatanas: arracimadas en grupitos de cuatro y de seis, reían, miraban hacia el final de la cola, y saludaban con la mano a otras. No parecía haber nadie conocido, excepto un matrimonio de cierta edad, que Bobbie reconoció de la «Sociedad Histórica», y el muchacho de los McCormick con su pareja - dos chicos de diecisiete, solemnemente tomados de la mano para aparentar dieciocho.

La película era «brutalmente buena», convinieron los cuatro, y después que terminó volvieron en automóvil a casa de Bobbie y Dave, que estaba caótica: los chicos no se habían acostado y el perro ovejero brincaba alegremente por todas partes. Cuando Bobbie y Dave consiguieron librarse de la *baby sitter,* de los chicos y del perro ovejero, se sentaron a tomar café y torta de nata en el *living,* arrasado por el torbellino.

-Ya sabía yo que no era la única irresistible -dijo Joanna al ver un croquis de Bobbie dibujado por Ike Mazzard, metido en el marco del cuadro que colgaba sobre la estufa.

-Toda muchacha es una muchacha de Ike Mazzard, ¿acaso no lo sabías? -dijo Bobbie, hundiendo el croquis en la esquina interior del marco para que estuviera más seguro, y dejando el cuadro más torcido de lo que ya estaba.

- ¡Corcho! Me gustaría parecer la mitad de hermosa.

-Eres hermosa tal como eres -dijo Dave a su espalda.

-¿No es un amor de muchacho? -le dijo Bobbie a Joanna. Se volvió hacia Dave y le besó en la mejilla-. Todavía es domingo para que te levantes tan temprano.

-Joanna Eberhart -dijo Kit Sundersen, y sonrió-. ¿Cómo le va? ¿Quiere pasar?

-Sí, querida -dijo Joanna-. Siempre que usted disponga de unos minutos.

-Claro que sí. Entre.

Kit, una bonita mujer de pelo negro y hoyuelos en las mejillas, parecía apenas mayor que en la foto poco favorecedora de la *Crónica.*

Alrededor de los treinta y tres, calculó Joanna, al entrar en el *hall.* El piso vinílico de color marfil relucía, como si acabara de posarse sobre él uno de esos revestimientos plásticos que se anuncian por TV. Del *living* llegaban sonidos de un partido de béisbol.

-Herb está dentro, con Gary Claybrook -le informó Kit-.

¿Quiere saludarlos?

Joanna se aproximó al arco del *living* y asomó la cabeza: Herb y Gary, sentados en un sofá, miraban atentamente un gran televisor en colores, a través de la habitación. Gary tenía medio emparedado en la mano y masticaba. Delante de ellos, sobre una mesita baja, había un plato de sandwiches y dos latas de cerveza. La habitación era beige, marrón y verde; colonial e inmaculada. Joanna aguardó a que un jugador que había salido corriendo atrapara la pelota, y dijo:

- ¡Hola!

Herb y Gary se volvieron y le sonrieron.

-Hola, Joanna -contestaron los dos; a lo que Gary añadió-: ¿Qué tal? -y Herb-: ¿También está Walter aquí?

-Muy bien, gracias. No, Walter no está -dijo ella-. Yo vine a conversar un momento con Kit. ¿Bueno el partido?

Herb desvió los ojos y Gary contestó:

-Muy bueno.

Kit, que estaba detrás de Joanna y olía al perfume de la madre de Walter, cualquiera que fuese, le dijo:

-Venga, vamos a la cocina.

-Que se diviertan -dijo Joanna a los dos hombres.

Gary, que había clavado los dientes en un sandwich, le sonrió con los ojos, a través de los cristales. Herb la miró y contestó:

-Gracias. Eso deseamos.

Joanna siguió los pasos de Kit sobre el vinílico de pseudorrevestimiento plástico.

-¿Le gustaría tomar una taza de café?

-Gracias, no se moleste.

La siguió hasta la cocina, que olía a café. Estaba impecable, naturalmente, o lo habría estado, de no ser por la secadora abierta, y por la pila de ropa limpia y la canasta para ropa que había sobre una mesa, encima de la secadora. El ojo redondo de la lavadora se revolvía, borrascoso. El piso era un nuevo despliegue de plástico.

-Está todavía sobre la cocina -dijo Kit-, de modo que no sería ninguna molestia.

-Bueno, siendo así...

Se sentó a una mesa redonda verde, mientras Kit sacaba una taza y un plato, de una alacena cuidadosamente arreglada: todas las tazas colgadas de sus ganchos, todos los platos alineados en sus soportes.

-Ahora todo es paz y silencio -dijo Kit, cerrando la alacena y yendo hacia la cocina. Su figura, en el vestido celeste

corto, era casi tan despampanante como la de Charmaine-. Los chicos fueron a casa de Gary y Donna. Yo estoy haciendo el lavado de Marge McCormick. No sé qué compostura tiene hoy que no se puede mover.

- ¡Oh, pobre!

Kit sujetó con las puntas de los dedos la tapa de una cafetera, y sirvió el café.

-No dudo de que estará como nueva en un par de días. ¿Cómo lo toma, Joanna?

-Con leche y sin azúcar, por favor.

Kit se dirigió al refrigerador con la taza y el plato.

-Si viene a hablarme otra vez de esa reunión, lamento decirle que sigo estando terriblemente ocupada.

-No se trata de eso -dijo Joanna. Observó atentamente a Kit, que en ese momento abría el refrigerador, y prosiguió-: Quería averiguar lo que ocurrió en el «Club de Mujeres».

-¿El «Club de Mujeres»? -Estaba de pie ante el refrigerador iluminado, de espaldas a Joanna-. ¡Oh, hace tantos años de eso! Se deshizo.

-¿Por qué?

Kit cerró el refrigerador y abrió un cajón adyacente.

-Varias socias se fueron a vivir a otro lado. -Cerró el cajón y se volvió, colocando una cucharilla sobre el plato-. Y el resto, simplemente perdió interés. Yo, por lo menos, lo perdí.-Se dirigió a la mesa, vigilando la taza-. No cumplía ninguna finalidad útil. Las reuniones resultaron abrumadoramente aburridas al cabo de un tiempo... -Dejó el plato y la taza sobre la mesa, y los empujó más cerca de Joanna-. ¿Tiene suficiente leche?

-Sí, está muy bien. Gracias. ¿Cómo es posible que no me hablara de eso cuando vine la vez pasada?

Kit sonrió y sus hoyuelos se hicieron más profundos.

-Usted no me preguntó nada. De lo contrario, le habría dicho cualquier cosa que deseara saber. No es ningún secreto. ¿Querría un trozo de torta o unas galletitas?

-No, gracias.

-Voy a doblar estas cosas.

Kit se apartó de la mesa. Joanna la observó mientras cerraba la secadora, tomaba una pieza de ropa de la pila, y la sacudía: era una camiseta.

-¿Qué pasa con Bill McCormick? ¿No sabe manejar una lavadora? Yo creía que era una de nuestros cerebros aeroespaciales.

-Tiene que atender a Marge -contestó Kit, doblando la camiseta-. ¡Qué suaves y blancas salen estas cosas! ¿No?

Puso la camiseta doblada en la canasta de la ropa, sonriendo.

Parecía la actriz de un comercial.

Y eso era, pensó Joanna de pronto. Ella y las demás, todas las casadas de Stepford, eran eso: actrices de comerciales, complacidas con detergentes y ceras para el piso, con productos de limpieza, champúes y desodorantes. Hermosas actrices, abundantes de busto pero escasas de talento, tan exageradas en su papel de amas de casa de un pueblo suburbano, que le quitaban toda realidad y no convencían a nadie.

-Kit... -empezó a decir.

Kit la miró.

-Usted debía ser muy joven cuando fue presidenta del club. Significa que es una persona inteligente y, de cierto empuje. ¿Es feliz ahora? Dígame la verdad. ¿Siente que está viviendo una vida plena?

Kit la miró y movió la cabeza en señal de asentimiento.

-Sí -dijo-, soy feliz. Siento que estoy viviendo una vida perfectamente plena. Herb tiene un trabajo importante, que no podría desempeñar tan bien, ni muchos menos, si no fuera por mí. Los dos constituimos una unidad: entre los dos estamos criando una familia, haciendo investigaciones de óptica, gobernando un hogar limpio y confortable, y trabajando en una obra de bien social.

-¿A través de la «Asociación de Hombres»? -Sí.

-¿Las reuniones del «Club de Mujeres» eran más aburridas que los quehaceres domésticos? Kit frunció el ceño.

-No, pero sí menos útiles. ¿Por qué no toma su café? ¿Está mal?

-No -dijo Joanna-. Estaba esperando a que se enfriara un poco. -Y levantó la taza.

-Ah. -Kit sonrió, volvió a la pila de ropa y dobló algo.

Joanna la observó. ¿Le preguntaría quiénes habían sido las otras socias? No, ¿para qué? Todas debían ser iguales a ella... Se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo: el café era fuerte y aromático, el mejor que había paladeado en mucho tiempo.

-¿Cómo están sus chicos? -preguntó Kit.

-Muy bien.

Ya iba a preguntarle la marca del café, pero se contuvo y siguió bebiendo.

Quizá los paneles irregulares de la ferretería balancearan el reflejo de la luna con un efecto interesante, pero no había medio de comprobarlo; no mientras los paneles siguieran

ahí, y la luna siguiera allá. *C'est la vie.* Vagabundeó un rato por el Centro, impregnándose en la sensación de vacío nocturno a través de todo el arco de la calle: a un lado, la blanca hilera de tiendas de frente colonial; al otro, la falda de la colina, la biblioteca, el *cottage* de la «Sociedad Histórica». Desperdició cierta cantidad de película en faroles y cestos de papeles -con tiempo de cliché-, pero era sólo película común, de modo que no importaba un cuerno. Un gato bajó al trote el senderito de la biblioteca -un gato gris plateado, con una negra sombra de luna adherida a las zarpas- y cruzó la calle hacia la plaza de estacionamiento del supermercado. No, gracias, las fotografías de gatos no nos entusiasman.

Armó el trípode sobre el cuadro de césped de la biblioteca, y tomó algunas de los frentes coloniales, usando el lente de cincuenta milímetros y haciendo exposiciones de diez, doce y catorce segundos.

Un olor raro, a droga, alteró el aire, traído por una ráfaga que soplaba a su espalda. Casi le recordó algo de su niñez, pero no por completo. ¿Algún jarabe que le habían dado? ¿Algún juguete que había tenido?

Volvió a cargar la cámara a la luz de la luna, cerró el trípode y retrocedió hacia el lado opuesto de la calle, explorando la biblioteca en busca de un ángulo conveniente. Encontró uno y se instaló. El blanco entablado de quilla aparecía listado de negro a la luz perpendicular de la luna; las ventanas mostraban paredes tapizadas de libros, débilmente iluminadas desde dentro. Enfocó, extremando las precauciones, y ensayó una serie de tomas, la primera de ocho segundos, y cada una de las siguientes un segundo más larga que la anterior, hasta llegar a dieciocho. Una, por lo menos, captaría las paredes interiores tapizadas de libros, sin sobreexponer el entablado.

Fue hasta el automóvil a buscar su suéter, y cuando volvió a la cámara, echó una mirada a su alrededor. ¿El *cottage* de la «Sociedad Histórica»? No, la sombra de los árboles lo oscurecía demasiado, y de cualquier modo, era insulso. En cambio, más allá, en lo alto de la colina, el edificio de la «Asociación de Hombres» presentaba un aspecto sorprendentemente cómico: sobre la casa cuadrada del siglo XIX, simétrica y maciza, se tambaleaba como una sombrillita una reluciente antena de TV. Las cuatro altas ventanas del primer piso estaban abiertas y vividamente iluminadas. En el interior se movían algunas figuras.

Joanna sacó de la cámara el lente de cincuenta milímetros, y estaba colocando el de treinta y cinco, cuando el resplandor de unos faros irrumpió en la calle y se fue haciendo más y más brillante.

Se volvió y un faro auxiliar la enfocó. Mientras cerraba los

ojos, ajustó el lente; después se los protegió con la mano y miró de soslayo.

El automóvil se detuvo; el rayo del faro auxiliar se desvió, para extinguirse en una chispa naranja. Joanna parpadeó varias veces, viendo todavía la irradiación enceguecedora.

Un coche de la Policía. Continuaba detenido en el mismo lugar, a unos diez metros de distancia, del otro lado de la calle. Una voz de hombre hablaba suavemente en su interior; hablaba y seguía hablando.

Ella aguardó.

El coche avanzó, llegó hasta donde estaba y se detuvo. El joven policía del antipolicial bigote castaño, la saludó con una sonrisa.

-...noches, señora.

Lo había visto a menudo, una vez en la papelería, comprando papel crepé de todos los colores en existencia, un rollo de cada color.

-Hola -le contestó sonriendo.

Estaba solo en el coche; debía haber estado hablando por su radio. ¿Acerca de ella?

-Lamento haberla enfadado así -dijo el policía-. ¿Es suyo el auto que está estacionado junto a la estafeta de correos?

-Sí, no lo estacioné aquí mismo porque estaba...

-Bien, bien... Quería asegurarme, simplemente.

Miró de costado hacia la cámara.

-Es una bonita cámara ésa. ¿De qué marca es?

-Una «Pentax».

-«Pentax», ah. -Miró a la cámara y a Joanna-. ¿Y puede sacar fotografías de noche?

-Con tiempo de exposición.

-Sí, claro. ¿Y cuántos segundos lleva, en una noche como ésta?

-Bueno, depende.

Él quiso saber qué clase de película estaba usando, y en qué. Si era una aficionada o una fotógrafa profesional. Cuánto costaba aproximadamente una «Pentax», y qué ventajas tenía sobre otras cámaras.

Ella procuró no impacientarse: debía estar contenta de vivir en un pueblo donde un policía podía detenerse un rato a conversar.

-Bueno -acabó por decir el hombre, con una sonrisa-, supongo que no debo hacerle perder más tiempo. Buenas noches.

-Buenas noches -contestó Joanna, sonriendo.

El auto se puso en marcha lentamente.

El gato gris atravesó a la carrera los rayos de los faros.

Joanna se quedó mirando el coche un momento; después se volvió hacia la cámara y aseguró el lente. Agachada ante el visor, lo movió hasta conseguir un buen encuadre de la «Asociación de Hombres», y ajustó la cabeza del trípode. Enfocó, y obtuvo en el visor una imagen más nítida de la alta casa cuadrada con su antena tambaleante. Dos ventanas estaban ahora oscuras, otra oscurecida por la persiana bajada, y la última también.

Se incorporó, dirigió una mirada a la casa misma, y luego a las luces traseras, ya lejanas, del coche policial.

Sí, había irradiado un mensaje referente a ella, y la había distraído con sus preguntas mientras el mensaje surtía efecto y se bajaban las persianas.

¡Pero, mujer, no seas chiflada! Miró el edificio una vez más. Seguramente no tendrían un aparato de onda corta allí. ¿Y qué podía temer el policía que fotografiara? ¡Quién sabe, a lo mejor estaban en plena orgía! ¡A lo mejor habían invitado a algunas mujerzuelas de la ciudad! (o, mejor aún, de aquí, de Stepford mismo, ¿por qué no?». La ampliación revela escandaloso secreto.

Al parecer, diligentes amas de casa, satisfactoriamente inmóviles para una exposición bastante larga, fueron sorprendidas mientras retozaban en la «Asociación de Hombres», el sábado a la noche, por la fotógrafa Nancy Drew Eberhart, de Fairview Lane...

Sonriendo, se agachó al visor, mejoró el encuadre y el enfoque y fotografió la casa de ventanas oscuras en tres exposiciones, de diez, doce y catorce segundos, respectivamente.

Fotografió también la estafeta de correos y su mástil desnudo, recortado contra las nubes que iluminaba la luna.

Estaba poniendo el trípode en el auto, cuando pasó a su lado el coche policial y aminoró la marcha.

-¡Espero que salgan todas! -gritó el joven policía.

-¡Gracias! -le gritó ella a su vez-. ¡Muy agradable la conversación!

Era una forma de reparar sus suspicacias de origen urbano.

-¡Buenas noches! -gritó el policía.

Uno de los socios más antiguos en la firma de Walter murió de uremia, y se descubrió que había llevado una contabilidad alarmantemente inexacta de los bienes administrados en fideicomiso. Walter tuvo que pasar dos noches y un fin de semana en la ciudad, y en las noches subsiguientes rara vez volvió a casa antes de las once. Pete

sufrió una caída del ómnibus escolar, y a raíz de ella perdió dos dientes. Los padres de Joanna, que iban a pasar unas vacaciones en el Caribe, aprovecharon para hacerle una visita de tres días, anunciada en el último momento. (Quedaron encantados con la casa y con Stepford, y la madre de Joanna encontró admirable a Carol van Sant. « ¡Tan serena y tan eficiente! No te vendría mal seguir su ejemplo, Joanna.»)

El lavaplatos se descompuso y también la bomba. Llegó el octavo cumpleaños de Pete, ocasión que, naturalmente, requirió regalos, privilegios, una tarta y una fiesta. Kim pescó unas anginas y no pudo salir en tres días. El período de Joanna se atrasó, pero llegó finalmente, gracias a Dios y a la píldora.

Se las arregló para intercalar entre todas estas cosas un poco de tenis, y su juego había mejorado, aunque todavía no estaba a la par del de Charmaine. Consiguió dejar instaladas tres cuartas partes del cuarto oscuro; ensayó unas cuantas ampliaciones de la foto «Negro y Taxi»; reveló e imprimió las que había tomado en el Centro, y encontró dos que parecían excelentes. Tomó instantáneas de Pete, Kim y Scott Chamalian, jugando en el columpio del jardín.

Veía a Bobbie casi diariamente; hacían las compras juntas y, de vez en cuando, ella se presentaba con sus dos hijos menores, Adam y Kenny, de vuelta de la escuela. Un día, Joanna, Bobbie y Charmaine se vistieron de punta en blanco y fueron a Eastbridge, para obsequiarse con un *lunch* de dos cócteles en un restaurante francés.

Hacia finales de octubre, Walter ya regresaba a comer, después de haber dejado convenientemente desenredadas, remendadas y tapadas las malversaciones del socio difunto. En la casa todo funcionaba, todos andaban bien. Tallaron una calabaza enorme para la fiesta de Todos los Santos, a la que Pete asistió, por-la-razón-o-por-la-fuerza, en figura de Batman desdentado, y Kim disfrazada de Heckel o Jeckel (insistía en que era las dos). Joanna repartió cincuenta bolsas de bombones, y después tuvo que ponerse a régimen de fruta y galletitas. Ya sabía para el año próximo.

El primer sábado de noviembre dieron una comida: Bobbie y Dave, Charmaine con Ed, su marido, y de la ciudad, Shep y Silvia Tackower, Don Ferrault -uno de los socios de Walter- y su esposa, Lucy.

La asistenta local que Joanna tomó para que ayudara a servir y a lavar la vajilla, estaba contentísima de trabajar en Stepford, para variar un poco.

- ¡Antes había aquí *tanta vida social!* -añoró-. Yo tenía una rueda de señoras que se disputaban mis servicios. Y ahora tengo que ir a Norwood, a Eastbridge y a New

Sharon. ¡Y eso que aborrezco conducir de noche!

Era una mujer regordeta y movediza, de pelo blanco, que se llamaba Mary Migliardi.

-Todo por culpa de la «Asociación de Hombres» -añadió, mientras clavaba palillos en un plato de camarones-. La vida social se fue por la ventana desde que ellos inauguraron. Los hombres salen y las mujeres se quedan en casita. Si viviera mi viejo, tendría que tumbarme de un garrotazo en la cabeza, antes que lo dejara hacerse socio.

-Pero es una institución muy antigua, ¿no? -dijo Joanna, mezclando la ensalada a la distancia de un brazo, en atención a su vestido.

-¿Habla en broma? Es nueva. Seis o siete años, no más. Antes estaba la «Asociación Cívica», los «Elks» y la «Legión». -Siguió pinchando camarones a una velocidad automática-. Pero todas se refundieron en ésa, en cuanto empezó a funcionar. Menos la «Legión», que todavía está separada. Seis o siete años, y nada más. Esto no será todo lo que tiene para *hors d'oeuvres,* ¿verdad?

-Hay un rollo de queso en el refrigerador.

Llegó Walter, elegantísimo con su chaqueta a cuadros, con el cubo para el hielo.

-Andamos de suerte. Hay una buena película de animales. Pete ni siquiera piensa en bajar. Llevó el «Sony» a su cuarto.

Abrió el congelador y sacó una bolsa de cubitos.

-Mary acaba de informarme que la «Asociación de Hombres» es nueva -dijo Joanna.

-No es nueva -dijo Walter, tirando del extremo de la bolsa.

-Unos seis o siete años -intervino Mary.

-A eso en mi pueblo lo llaman viejo.

-Yo creía que se remontaba a los puritanos -dijo Joanna.

-¿Qué te dio esa idea? -preguntó Walter, volcando los cubitos de hielo en el cubo.

Ella revolvía la ensalada.

-No sé... La forma en que está establecida. Esa casa tan vieja...

-Era la propiedad Terhune -dijo Mary, cubriendo con una hoja de plástico la fuente erizada de palillos-. La compraron tirada. Salió a remate judicial y no hubo otro postor.

La comida resultó un desastre. Lucy Ferrault era alérgica a algo y no paraba de estornudar; Silvia estaba preocupada; Bobbie, con quien Joanna había contado como estrella de la conversación, tenía laringitis. Charmaine era Miss Vamp: provocativa y gancho en ristre, moldeada en seda blanca hasta el suelo y con una ventana a la altura del ombligo.

Dave y Shep fueron provocados y enganchados. Walter (¡que el diablo se lo llevase!) conversaba de leyes con Don Ferrault, en un rincón. Ed Wimperis -corpulento, carnoso, bien trajeado y adobado- hablaba de televisión, palmeando el brazo de Joanna y explicando con palabras parsimoniosas por qué los *cachets* iban a cambiarlo todo. Ya en la mesa, Silvia sacudió sus preocupaciones y arremetió contra las comunidades suburbanas, que se enriquecían a costa de los flojos gravámenes de la industria liviana, y al mismo tiempo se encastillaban en un parcelamiento de dos y de cuatro acres. Ed Wimperis derramó su copa de vino. Joanna procuró mantener la conversación en un nivel superficial, y Bobbie acudió valerosamente en su ayuda, intentando una explicación afónica sobre el origen de su laringitis: había estado grabando cintas para un amigo de Dave, que «se las daba de Henry Higgins, el desgraciado». Pero en este punto Charmaine, que conocía al aludido, y también había hecho grabaciones para él, le interrumpió:

-Nunca tomes a risa lo que haga un Capricorniano. *Producen.*

Tras lo cual, se internó en un análisis de signos que dio toda la vuelta de la mesa y reclamó la atención de cada uno.

El asado estaba demasiado hecho y Walter pasó un mal rato cortándolo en tajadas. El *soufflé* levantó, pero no tanto como hubiera debido, tal y como Mary se cuidó de hacer notar cuando lo servía. Lucy Ferrault siguió estornudando.

-Nunca más -dijo Joanna mientras apagaba las luces de fuera.

-Para mí será bastante pronto -dijo Walter en un bostezo.

-Oye, tú, ¿cómo pudiste quedarte parado ahí, parrafeando con Don, cuando había tres mujeres sentadas como postes en el sofá?

Silvia llamó para disculparse, le habían birlado un ascenso que estaba segura de merecer; y Charmaine llamó para decir que habían pasado un rato estupendo, y para posponer una cita de tenis, concertada condicionalmente para el martes.

-A Ed se le ha metido un tema entre ceja y ceja -explicó-. Va a tomarse unos días de descanso; haremos quedarse a Merrill con los Da-Costas (¿no los conoces?, ¡dichosa tú!) y los dos nos dedicaremos al «redescubrimiento mutuo». Significa que me va a andar persiguiendo todo el tiempo alrededor de la cama. Y mi período no llega hasta la semana próxima, ¡maldito sea!

-¿Por qué no dejar que te alcance? -sugirió Joanna.

-¡ *Vaya* una pregunta! Simplemente, porque no me hace

gracia que un tremendo gallo se me eche encima. Nunca me gustó y nunca me gustará. Y no es que sea una lesbiana, porque lo probé, y eso tampoco es gran cosa. No, simplemente no me interesa el sexo. No creo que a ninguna mujer le interese, en realidad, ni siquiera a las de Piscis. ¿Te interesa a ti?

-Bueno, no soy una «ninfo», pero me interesa, cómo no.

-*¿Realmente,* o sólo porque se supone que debe interesarte?

-Realmente.

-Bueno, cada uno es como es. En fin... Dejémoslo para el jueves, ¿de acuerdo? Ese día él tiene una conferencia de la que no puede zafarse, gracias a Dios.

-*Okay.* El jueves, si no surge algún inconveniente.

-No permitas que surja.

-Está empezando a hacer frío.

-Usaremos suéters.

Concurrió a una asamblea de la «Asociación de Padres y Maestros». Allí se encontró con las maestras de Pete y de Kim, Miss Turner y Miss Gay, dos agradables mujeres de mediana edad, solícitamente dispuestas a contestar sus preguntas sobre métodos de enseñanza y los resultados que estaban obteniendo con el nuevo programa de actividad escolar. La concurrencia era escasa. Aparte de las maestras, sentadas al fondo del salón, sólo había nueve madres, y aproximadamente una docena de padres. La presidenta de la Asociación, una atractiva rubia llamada Mrs. Hollingsworth, dirigió el asunto con sonriente y calmosa eficiencia.

Joanna compró ropa de invierno para Pete y Kim y dos pantalones de lana para ella. Hizo unas ampliaciones fantásticas de «Receso Nocturno» y «La Biblioteca de Stepford». Además, llevó a Pete y a Kim al dentista, doctor Coe.

-¿En eso quedamos? -preguntó Charmaine haciéndola pasar.

-Por supuesto que sí. Yo dije que bueno, si no surgía algún inconveniente.

Charmaine cerró la puerta y le sonrió.

-Caramba, Joanna, discúlpame. Se me olvidó completamente.

-No importa. Corre a cambiarte.

-No podemos jugar -dijo Charmaine-. Primero, porque tengo muchísimas cosas que hacer...

-¿Cosas que hacer?

-Quehaceres de la casa.

-Joanna la miró.

-Despedimos a Nettie. Son absolutamente inconcebibles los líos con que salía del paso. Esto parece limpio a primera vista, pero mira un poco los rincones, son un horror. Ayer limpié a fondo el comedor y la cocina, pero me faltan los otros cuartos. No es justo que Ed tenga que vivir en la mugre.

-Muy gracioso el chiste -dijo Joanna, mirándola.

-No estoy jugando. Ed es un tipo verdaderamente extraordinario, y yo he sido egoísta y holgazana. Para mí se acabó el tenis, y se acabó la lectura de esos libros de Astrología. De ahora en adelante voy a cumplir como corresponde a mis deberes para con él, y también para con Merrill. Soy una mujer muy afortunada al tener un esposo y un hijo tan extraordinarios.

Joanna miró la raqueta prensada y enfundada que tenía en la mano, y luego a Charmaine.

-Me parece una gran idea. -Sonrió-. Pero francamente no puedo creer que de veras hayas renunciado al tenis.

-Ve y mira -dijo Charmaine.

Joanna no se movió ni le quitó los ojos de encima.

-Ve y mira -repitió Charmaine.

Joanna se volvió, atravesó el *living* y se aproximó a las puertas vidrieras. Descorrió una -oyó a su espalda los pasos de Charmaine- y salió a la terraza. La cruzó hasta el límite donde empezaba la barranca verde con su sendero de lajas, y miró hacia abajo.

Un camión cargado con secciones de cerca de tela metálica, estaba estacionado sobre el césped surcado de huellas de neumáticos, junto a la pista de tenis.

Dos lados de la verja habían desaparecido, y los otros dos -uno largo y otro corto- estaban derribados horizontalmente sobre el suelo. Dos hombres, de rodillas sobre el lado largo, trabajaban en él con unas cortadoras. Separaban y juntaban alternativamente los largos mangos de las cortadoras, y a cada doble movimiento sucedía un claro y breve sonido metálico.

En el centro de la pista, un montículo de tierra remplazaba la red y los postes desaparecidos.

-Ed necesita un *putting green* para practicar golf -dijo Charmaine, al llegar al lado de Joanna.

-¡Pero ésta es una pista de arcilla! -protestó Joanna, volviéndose hacia ella.

-Es la única superficie llana que tenemos en el terreno.

-¡Mi Dios! -dijo Joanna, consternada, mirando a los hombres que accionaban los mangos de las cortadoras-.

¡Qué disparate, Charmaine!

-Ed juega al golf, no juega al tenis.

Joanna la miró fijamente:

-¿Qué te hizo? ¿Te hipnotizó?

-No seas tonta -dijo Charmaine, sonriendo-. Ed es un tipo extraordinario, y yo una mujer de suerte que debería estarle agradecida. ¿Quieres quedarte un rato? Preparé un poco de café. Estoy limpiando a fondo la habitación de Merrill, pero podemos conversar mientras yo trabajo. .

-Bueno -dijo Joanna, pero en seguida sacudió la cabeza y se rectificó-: No, no, yo...

Se apartó de Charmaine, retrocediendo unos pasos, sin dejar de mirarla.

-Hay varias cosas que yo también debería estar haciendo.

Se volvió y atravesó rápidamente la terraza.

-Perdona que haya olvidado llamarte -dijo Charmaine, entrando con ella en el *living.*

-No es nada -dijo Joanna mientras caminaba rápidamente. Se detuvo, se volvió, sujetando la raqueta ante sí con las dos manos, y añadió-: Vendré a verte dentro de unos días. ¿De acuerdo?

-Sí -dijo Charmaine, sonriente-. Pero avísame, por favor. Y dale saludos míos a Walter.

Bobbie fue a verlo con sus propios ojos, y la llamó para comentar.

-La encontré moviendo los muebles del dormitorio. ¡Se mudaron en julio! ¿Qué suciedad puede haber?

-No le va a durar -dijo Joanna-. No le puede durar. La gente no cambia así, de la noche a la mañana.

-¿Ah, no? -dijo Bobbie-. ¿Por estos lados tampoco?

-¿Qué quieres decir?

-¡Cállate la boca, Kenny! ¡Adam, dale eso inmediatamente! Joanna, escucha, necesito hablar contigo. ¿Podemos almorzar juntas mañana?

-Sí...

-Pasaré a recogerte alrededor de las doce. ¡Te dije que le dieras eso! A las doce, y no me vayas a fallar. *¿Okay?*

-Convenido. ¡Kim, te estás mojando todo el...!

Walter no se sorprendió particularmente, al enterarse del cambio operado en Charmaine.

-Ed debe haberle ajustado las clavijas -dijo, haciendo girar contra su cuchara un tenedor cargado de *spaghetti*-. No creo que gane suficiente dinero para sostener ese tren. Una criada debe estar cobrando por lo menos cien dólares

semanales, en este momento.

-¡Pero es que toda su *actitud* ha cambiado! -arguyó Joanna-. Cualquiera hubiera imaginado que se quejaría.

-¿Sabéis cuánto le dan a Jeremy para sus gastos? -preguntó Pete.

-Tiene dos años más que tú -le recordó Walter.

-Te va a parecer una locura -dijo Bobbie-, pero quiero que me escuches sin reír porque, una de dos: estoy en lo cierto, o estoy perdiendo la chaveta y hay que compadecerme -y mordió el panecillo de su hamburguesa con queso.

Joanna, que la observaba, tragó su hamburguesa y dijo:

-Está bien. Habla.

Se habían estacionado frente al parador de MacDonald, y estaban comiendo dentro del automóvil.

Bobbie tomó un bocadito de hamburguesa, masticó y tragó.

-Salió algo en el *Time* hace unas semanas -dijo-. Lo busqué, pero debo haber tirado el número. -Miró a Joanna-. Resulta que tienen un promedio muy bajo de criminalidad en El Paso, de Texas. *Creo* que era en El Paso, pero si no era no importa. De cualquier modo, en algún lugar de Texas, tienen un promedio de criminalidad muy bajo, más bajo que en todo el resto del territorio. Y la razón es que hay en el suelo un agente químico que pasa al agua, aplaca a todo el mundo y afloja las tensiones. Cierto, como que hay Dios.

-Sí, creo recordarlo -admitió Joanna, con la hamburguesa en la mano.

-Yo pienso que también aquí, en Stepford, hay algo, Joanna. Es posible, ¿no? Todas esas plantas industriales raras de la Ruta Nueve, electrónicas, computadoras, trebejos aeroespaciales, en combinación con el riachuelo de Stepford, que corre exactamente detrás, sabe Dios qué porquería están propagando en el ambiente.

-¿Qué pretendes decir?

-Reflexiona un minuto. -Bobbie cerró el puño de su mano libre y proyectó el meñique-. Charmaine ha cambiado y se ha convertido en una fregona. -Proyectó el anular-: La mujer con quien hablaste, la que era presidenta del club, también cambió, ¿verdad? Tuvo que haber sido diferente en otro tiempo...

Joanna asintió con la cabeza.

Apareció el dedo medio de Bobbie.

-La que jugaba al tenis con Charmaine antes que tú, cambió también. La misma Charmaine nos lo dijo.

Joanna arrugó el ceño. Sacó una patata frita de la bolsa

que estaba en medio de las dos.

-¿Tú piensas que se debe... a un *agente químico?*

Bobbie movió la cabeza afirmativamente:

-Que puede provenir de alguna de esas plantas, o simplemente estar aquí ya, como en El Paso o donde sea. -Tomó su café del tablero-. Tiene que ser eso. No puede ser pura coincidencia que todas las mujeres de Stepford sean como son. Y algunas de las que visitamos, seguramente pertenecieron a ese club. Unos pocos años atrás aplaudían a Betty Friedan, y míralas ahora. *Ellas también han cambiado.*

Joanna comió su patata frita y mordió un bocado de hamburguesa. Bobbie tragó un bojeado de hamburguesa y sorbió su café.

-Hay algo -insistió Bobbie-. En la tierra, en el agua, en el aire... No sé dónde, pero algo hay. Hace que las mujeres se interesen en el manejo de la casa, y se desinteresen de todo lo demás. ¿Quién conoce a fondo la acción de los agentes químicos? Ni los ganadores del Premio Nobel. Tal vez se trate de una especie de hormona. Así se explicarían esas pechugas fabulosas. Te habrás fijado, sin duda.

- ¡Cómo no me voy a fijar! Cada vez que pongo un pie en el supermercado, me siento núbil.

-Y yo lo mismo, te lo juro. -Bobbie dejó su café sobre el tablero y sacó unas patatas fritas de la bolsa-. ¿Y bien?

-Supongo que es... posible. Pero suena tan... fantástico -dijo Joanna, y tomó del tablero su café, que había dejado un parche de | niebla en el parabrisas.

-No más fantástico, creo, que el asunto de El Paso.

-Sí, más, porque afecta únicamente a las mujeres. ¿Qué opina Dave?

-No se lo he comentado todavía. Me pareció mejor ensayarlo primero contigo.

Joanna sorbió su café.

-Bueno, cabe dentro de lo posible -admitió-. No creo que hayas perdido el juicio. Lo que hay que hacer ahora, se me ocurre, es escribir una carta muy mesurada a... ¿al Departamento de Salud? ¿A la Comisión de Estudios Ambientales? No sé bien: al organismo del Estado que tenga autoridad para investigar. Podríamos averiguar cuál es en la biblioteca.

-Hummm... -Bobbie sacudió la cabeza-. Yo trabajé en un organismo del Estado: olvídalo. Yo pienso que lo primero es mandarse mudar. Después, en todo caso, bombardear con cartas.

Joanna la miró.

-Lo digo en serio -aseguró Bobbie-. Lo que ha podido convertir a Charmaine en una fregona, no va a tener mayor dificultad conmigo. Ni contigo.

-Oh, vamos...

-Hay algo aquí, Joanna. No estoy bromeando. ¡Esto es Villa Zombi! Y recuerda que Charmaine se vino a vivir en julio, yo en agosto, y tú en setiembre.

-Está bien, baja la voz. No soy sorda.

Bobbie tomó un bocado de hamburguesa proporcional a su boca grande. Joanna sorbió su café y frunció el ceño.

-Aunque yo esté equivocada -dijo Bobbie con la boca llena-, aunque no haya aquí ningún agente químico que actúe como sospechoso -tragó-, ¿es éste el lugar donde realmente deseas vivir? Cada una de nosotras cuenta ahora con una amiga: tú la has conseguido después de dos meses, yo al cabo de tres. ¿Responde esto a tu concepto de una comunidad ideal? Cuando fui a Norwood a hacerme peinar para tu comida, vi una docena de mujeres: todas estaban apuradas, desaliñadas, irritadas..., ¡vivas! ¡Me dieron ganas de abrazarlas a todas, una por una!

-Busca amigas en Norwood -sugirió Joanna, sonriendo-. Tienes el coche.

- ¡Esa maldita independencia tuya! -Bobbie tomó su café del tablero-. Voy a pedirle a Dave que nos mudemos -anunció-. Venderemos la casa y compraremos otra en Norwood o en Eastbridge. Nos costará, a lo sumo, algunas molestias y dolores de cabeza, más los gastos de mudanza..., que puedo cubrir empeñando el cacharro, si él insiste.

-¿Crees que accederá?

-Será mejor que lo haga, o su vida va a hacerse un verdadero infierno. Yo siempre quise que compráramos en Norwood, pero él dijo: «Hay demasiadas AVISPAS.» Y bueno, prefiero que me piquen las avispas, a que me envenene eso que está actuando por aquí. De modo que vas a quedarte sin ninguna amiga dentro de poco..., salvo que a tu vez hables con Walter.

-*¿De mudarnos?*

Bobbie asintió, se quedó mirándola fijamente y sorbió su café.

Joanna meneó la cabeza.

-No podría pedirle que nos mudáramos de nuevo.

-¿Por qué no? Él quiere que seas feliz, ¿verdad?

-No estoy segura de no serlo. Y acabo de instalar el cuarto oscuro.

-Muy bien. Quédate clavada como una estaca.

Transfórmate en tu vecina de al lado.

-Escucha, Bobbie: no puede tratarse de un agente químico. Es decir, podría ser, pero, francamente, no lo creo.

Conversaron sobre el mismo tema mientras terminaban de almorzar, y después siguieron viaje por la carretera de Eastbridge, y doblaron en la Ruta Nueve. Pasaron la galería comercial y las tiendas de antigüedades y llegaron a las plantas industriales.

-Los Solares del Envenenador -dijo Bobbie.

Joanna miró los limpios y bajos edificios emplazados a cierta distancia de la carretera, y separados entre sí por amplios espacios de césped verde. Óptica Ulitz (ahí trabajaba Herb Sundersen); CompuTech (Vic Stavros, ¿o estaba en Instatron?); Bioquímica Stevenson; Computadoras Haig-Darling; Microtécnica Burnham-Massey (Dale Coba -silbidos- y Claude Axhelm); Instatron; Reed & Saunders (Bill McCormick -¿cómo seguía Marge?-); Electrónica Vesey; Química Americana Willis.

-Experimentación sobre fluido nervioso, te apuesto cinco de los grandes -dijo Bobbie.

-¿En zona poblada?

-¿Por qué no? Con esa pandilla de Washington...

-Vamos, Bobbie...

Walter vio que andaba cavilosa, y le preguntó el motivo.

Joanna eludió la respuesta:

-Tienes que hacer ese contrato de Koblenz.

-Tengo todo el fin de semana libre. Vamos, desembucha.

Así, mientras raspaba los platos y los iba colocando en el lavaplatos, le contó que Bobbie quería mudarse, y le habló de su teoría de El Paso.

-Me parece bastante descabellado -dijo Walter.

-A mí también -convino Joanna-. Pero es cierto que las mujeres parecen cambiar aquí, y que el cambio es lamentable. Si Bobbie se va, y si Charmaine no recobra su personalidad anterior, que por lo menos era...

-¿Tú quieres que nos mudemos?

Ella lo miró con incertidumbre. Los ojos azules de Walter, que aguardaban la respuesta, no daban ningún indicio de sus sentimientos.

-No -dijo al fin Joanna-. No ahora, cuando estamos todos instalados. La casa es buena... Y sí: estoy segura de que sería más feliz en Eastbridge o en Norwood. Desearía que hubiéramos buscado en uno de esos pueblos.

-Vaya una respuesta inequívoca: no y sí -sonrió Walter.

-Pongamos un sesenta contra cuarenta por ciento-dijo

Joanna.

Él se apartó de la alacena contra la cual estaba apoyado:

-Bueno, si la proporción llega a ser de cero contra cien, nos mudaremos.

-¿Querrías?

-Seguro. Si te sintieras realmente desdichada. No querría que fuera durante el año escolar…

-No, claro que no.

-Pero podríamos mudarnos en el verano próximo. No creo que perdiéramos nada, salvo el tiempo y los gastos de mudanza y embalaje.

-Es lo que dijo Bobbie.

-De manera que todo es cuestión de que te decidas.

Walter consultó su reloj y salió de la cocina.

-¿Sí?

Ella se adelantó hasta donde podía verlo, y se quedó parada en el pasillo.

-Gracias. Me siento mejor ahora -dijo, sonriendo.

-Eres tú quien tiene que pasar aquí todo el día, no yo -dijo Walter, y entró en el escritorio.

Joanna lo vio irse, volvió a la cocina, y echó un vistazo por la abertura hacia el comedor de diario. Pete y Kim, sentados en el suelo, miraban televisión… ¿El presidente Kennedy y el presidente Johnson juntos? ¡Qué raro! No: simplemente figuras que los representaban.

Miró un momento más, fue al fregadero y raspó los últimos platos.

También Dave estaba dispuesto a mudarse en cuanto acabara el período escolar.

-Accedió tan fácilmente, que le hubiera dado las gracias de rodillas -dijo Bobbie por teléfono a la mañana siguiente-. Lo único que espero es resistir hasta junio.

-Bebe agua mineral, por si acaso -bromeó Joanna.

-¿Crees que no? Acabo de mandar a Dave a comprar unas botellas.

Joanna se echó a reír.

-Ríe todo lo que quieras. Por unos pocos centavos diarios, más vale prevenir que lamentar. Además, he resuelto mandar una carta al Departamento de Salud. Pero, ¿cómo lo hago sin dar la impresión de una señora viejita con los tornillos flojos? Ahí está el problema. ¿Quieres ayudarme a escribir y firmar conmigo?

-Seguro. Ven más tarde. Walter está redactando un contrato de fideicomiso, y a lo mejor nos presta algunos

vistos y considerandos.

Hizo *collages* de hojas otoñales con Pete y Kim. Ayudó a Walter a colocar las contraventanas de tormenta y se reunió con él en la ciudad, para ir a una cena de socios-y-sus-esposas: el plomo habitual de cordialidad falsa y auténtica inspección de trapos. Llegó un cheque de la agencia: doscientos dólares, por cuatro usos de su mejor fotografía.

Se encontró con Marge McCormick en el supermercado -sí, había tenido una indisposición, pero ya estaba bien, gracias-; con Frank Roddenberry en la ferretería: -«Hola, Joanna, ¿cómo le va?»- y con la delegada del Comité de Recepción, a la salida.

-Una familia negra viene a vivir en Gwendolyn Lane. Pero yo pienso que eso es bueno. ¿Usted no?

-Sí, yo pienso lo mismo.

-¿Ya tiene todo preparado para el invierno?

-Ahora sí. -Sonriendo le mostró la bolsa de alimento para pájaros que acababa de comprar.

- ¡Aquí es divino! -dijo la delegada del Comité de Recepción-. Usted es la fotógrafa, ¿verdad? ¡Debería tomarse un día de campo!

Llamó a Charmaine y la invitó a almorzar.

-No puedo, Joanna, lo siento mucho. ¡Tengo tanto que hacer en la casa! Tú sabes lo que es eso.

Claude Axhelm llegó un sábado a la tarde, para verla a ella, no a Walter. Llevaba consigo un estuche.

-Tengo un proyecto, en el que trabajo desde hace tiempo en mis horas libres -dijo, dando vueltas por la cocina, mientras Joanna le preparaba una taza de té-. Quizás haya oído hablar de él. He andado buscando cierto número de personas, para que me graben cintas con varias listas de palabras y sílabas. Los hombres lo hacen en la «Asociación», las mujeres en su casa.

-Sí, ya me he enterado.

-Cada persona me dice dónde nació, todos los lugares donde ha vivido, y por cuánto tiempo. -Siguió dando vueltas por la cocina, y tocando al pasar las manijas de los gabinetes-. Más adelante, voy a alimentar con todo eso una computadora, acompañando cada cinta con los correspondientes datos geográficos. Obtenidas las muestras suficientes, estaré en condiciones de alimentar la computadora con una cinta sin datos -deslizó un dedo a lo largo de la arista de una alacena, y miró a Joanna con sus ojos brillantes-: Y aunque sea una cinta muy breve, de unas pocas palabras o una oración, la computadora estará en condiciones de proporcionar una filiación geográfica de la

persona: su lugar de origen y los lugares donde ha residido. Una especie de Henry Higgins electrónico. Pero no me interesa solamente como un alarde técnico: lo veo como un instrumento útil en la actividad policial.

-Mi amiga Bobbie Markowe... -empezó Joanna.

-La esposa de Dave, por supuesto.

-...se quedó afónica después de grabar para usted.

-Porque se apresuró demasiado -dijo Claude-. Lo despachó todo en un par de noches. Usted no necesita hacerlo tan rápidamente. Le dejo el grabador. Puede tomarse el tiempo que quiera. ¿Acepta? Sería una gran ayuda para mí.

Llegó Walter del jardín: había estado quemando hojas secas en el fondo, con Pete y Kim. Los dos hombres se saludaron y se estrecharon la mano.

-Perdona -dijo Walter a Joanna-. Debí avisarte que Claude iba a venir a hablar contigo. ¿Crees que podrás ayudarlo?

-Tengo tan poco tiempo disponible...

-Hágalo en los minutos libres. No importa que tarde unas semanas.

-Bueno, si usted no tiene inconveniente en dejar tantos días el grabador...

-Y recibirá un obsequio en retribución -dijo Claude, abriendo el estuche sobre la mesa-.Mire: le dejo una banda extra; usted graba algunas canciones de cuna, o cualquier cosita que acostumbre cantarles a sus pequeños, y yo traslado la grabación a un disco. Si sale alguna noche, la *baby sitter* podrá hacérselo escuchar.

-¡Oh, qué buena idea! -dijo Joanna.

-Podrías cantar *The Goodnight Song* y *Good Morning Starshine* -sugirió Walter.

-Todas las que quiera. Cuantas más, mejor -dijo Claude.

-Será conveniente que vuelva al jardín -dijo Walter-. La fogata sigue encendida. Te veré luego, Claude.

-De acuerdo.

Joanna le dio a Claude su té, y él le enseñó cómo se cargaba y manejaba el elegante grabador de estuche negro. Le entregó ocho carretes de repuesto en sus cajitas amarillas, y una carpeta negra, de hojas crespas y remendadas.

-¡Dios mío! ¡Qué trabajito me espera! -exclamó Joanna, pasando las páginas, mecanografiadas a tres columnas.

-Anda rápido -le aseguró Claude-. No tiene más que articular claramente cada palabra, en su voz normal, y hacer una pequeña pausa antes de la siguiente. Y fíjese que la aguja permanezca en rojo. ¿Quiere practicar?

Compartieron la Cena de Acción de Gracias con Dan, el hermano de Walter, y su familia. La reunión había sido arreglada por la madre de ambos y, de acuerdo con sus intenciones, debía ser una reconciliación entre los dos hermanos, distanciados durante un año, a raíz de una disputa referente a la propiedad paterna. Pero ocurrió que la disputa volvió a estallar con más acritud, porque en el ínterin la propiedad disputada había adquirido más valor. Walter gritó, Dan gritó, la madre de ambos gritó más fuerte, y Joanna tuvo que dar difíciles explicaciones a Pete y a Kim, en el automóvil que los llevaba de vuelta a su casa.

Tomó fotos de Jonathan, el primogénito de Bobbie, aplicado a su microscopio, y de unos peones podando árboles en la carretera de Norwood. Estaba tratando de obtener, como mínimo, doce fotografías de primer orden, para llenar un álbum que deslumbrara a la agencia y la persuadiera de ofrecerle un contrato. La primera nevada cayó una noche cuando Walter estaba en la «Asociación». Joanna la contempló desde la ventana del escritorio: era un polvillo de nieve chispeante, que se arremolinaba en el aire, a la luz de la lámpara eléctrica del poste. Nada del otro mundo. Pero ya vendría más, y con ella juegos, buenas fotografías y el fastidio de las botas y las ropas para nieve.

Del otro lado de la calle, junto a la ventana del *living* de su casa, estaba sentada Donna Claybrook, lustrando algo que parecía un trofeo deportivo, pule que te pule, con movimientos automáticamente regulados. Joanna la observó y meneó la cabeza. «Las casadas de Stepford no paran un momento», se dijo.

Sonaba como el primer verso de un poema.

Las casadas de Stepford no paran un momento. Tata ta tatata *hasta el último aliento.* ¿Como robots trabajan? Sí, quedaba bien. *Como robots trabajan hasta el último aliento.*

Sonrió. ¡Tendría gracia mandar *eso* a la C*rónica!*

Fue al escritorio, se sentó y apartó el lápiz que había dejado de señal sobre la página mecanografiada. Escuchó unos segundos (atenta al silencio del piso alto) y puso en marcha el grabador. Con un dedo sobre la página, se inclinó hacia el micrófono, sostenido por el dibujo enmarcado de Ike Mazzard, y articuló cuidadosamente:

-Traba. Trabajo. Trabar. Trabe. Trabilla. Trabo. Trabuco. Tracción. Tractor. Traje. Trajín. Trajo.

CAPÍTULO SEGUNDO

Sólo querría mudarse, decidió, si encontraba una casa absolutamente perfecta que, además de tener el número adecuado de habitaciones del tamaño adecuado, no requiriera prácticamente pintura ni reformas, y contara con un cuarto oscuro hecho y derecho, o algo que lo remplazara satisfactoriamente. Y no debía costar más de los cincuenta mil y pico que habían pagado (y todavía podían obtener, según la firme convicción de Walter) por la casa de Stepford.

Una elevada exigencia, sin duda, y Joanna no iba a perder mucho tiempo tratando de llenarla. Sin embargo, salió a ver casas con Bobbie una fría y luminosa mañana de principios de diciembre.

Bobbie, por su parte, salía con ese fin *todas* las mañanas. Apenas encontrara algo conveniente (y sus pretensiones eran mucho más flexibles que las de su amiga) había resuelto presionar a Dave para que se mudaran de inmediato, aunque los chicos tuvieran que cambiar de escuela en mitad del año escolar.

-Es mejor una pequeña alteración en sus vidas que una madre *zombizada* -alegaba.

Bebía realmente agua mineral, y se negaba a comer el más insignificante producto cultivado en la región.

-También se puede comprar oxígeno envasado, como sabes... -le decía Joanna.

-Tómalo a pitorreo. Ya te veo comparando el polvo de lavar «Ayax» con el de la marca que usas actualmente.

La búsqueda inclinó a Joanna a seguir buscando. Las mujeres que conocieron en Eastbridge -las propietarias de inmuebles y una agente de propiedades llamada Miss Kirgassa- eran despiertas, animadas y originales. El contraste acentuaba la uniforme placidez de las mujeres de Stepford. Eastbridge ofrecía, por añadidura, una amplia gama de actividades colectivas, tanto para mujeres, como para hombres y mujeres. Hasta se estaba constituyendo una rama de la NOW.

-¿Por qué no buscaron aquí primero? -preguntó Miss Kirgassa, zangoloteando su coche a una velocidad estremecedora por un camino en zigzag.

-Mi marido había oído hablar de Stepford -contestó Joanna, aferrándose al apoyabrazos, vigilando el camino, saltando sobre los suspirados frenos.

-Es un pueblo *muerto.* Nosotros estamos mucho más al día.

-Sin embargo, nos gustaría volver una vez más para empaquetar -dijo Bobbie desde el asiento trasero.

Miss Kirgassa lanzó una carcajada.

-Puedo conducir por estos caminos con los ojos vendados -aseguró-. Y deseo mostrarles dos casas más, después de ésta.

Camino de Stepford, Bobbie declaró:

-Ese trabajo me viene como anillo al dedo. Voy a ser agente de propiedades, acabo de resolverlo. Uno sale, conoce gente, y puede meter la nariz en los armarios del prójimo. Además, se fija el horario que le conviene. Lo digo en serio. Voy a ver cuáles son los requisitos.

Recibieron una larga carta (dos carillas) del Departamento de Salud. Se les aseguraba que su interés en la protección ambiental era compartido solidariamente por el Gobierno de su Estado y por el gobierno de su jurisdicción. Los establecimientos industriales en toda la extensión del territorio, estaban sometidos a rigurosas reglamentaciones tendentes a impedir la contaminación ambiental, entre ellas, las que se enumeraban seguidamente. Para mantenerlas en vigor, se procedía a efectuar, aparte y en apoyo de las inspecciones frecuentes, un examen periódico de muestras del suelo, el agua y el aire. No había indicio alguno de contaminación nociva en la zona de Stepford, ni de agente químico alguno que, surgido espontáneamente, pudiera producir un efecto tranquilizante o depresivo. Podrían estar seguras de que su preocupación carecía de fundamento, a pesar de lo cual se apreciaba debidamente su carta.

-Mucho olor y poco estiércol -comentó Bobbie, y se atuvo al agua mineral.

Cada vez que iba a casa de Joanna, llevaba consigo un termo de café.

Walter estaba tendido de costado. Y le daba la espalda, cuando ella salió del cuarto de baño. Joanna se sentó en la cama, apagó el velador y se metió bajo la sábana. Se acostó, y se quedó mirando el cielo raso, que generalmente iba cobrando forma allá arriba.

-¿Walter? -murmuró.

-¿Humm?

-¿Te resultó... bien?

-Claro. ¿A ti no?

-Sí.

Él no dijo nada.

-Tuve la impresión de que no te había resultado... Las últimas veces...

-No, ¿por qué? Fue tan agradable como siempre.

Joanna estaba tendida de espaldas. Veía el cielo raso. Pensó en Charmaine, que no quería dejarse alcanzar por Ed. (¿O había cambiado también en eso?) Recordó la

alusión de Bobbie a las ideas raras de Dave.

-Buenas noches -dijo Walter.

- ¿Hay alguna cosa que yo no hago, y tú desearías que hiciera? ¿O que yo hago, y tú desearías que no hiciera? -preguntó Joanna.

Hubo un silencio, y después Walter dijo:

-Yo deseo que hagas cualquier cosa que tú desees hacer. Nada más. -Se volvió y la miró, apoyado sobre un codo. Sonrió-. Siempre es agradable, de veras. Tal vez he estado un poco cansado últimamente por los viajes diarios. -La besó en la mejilla-. Duerme, ahora.

-Tienes... ¿un asunto con Esther?

- ¡Por amor de Dios! Ella anda con un *Black Panther.* No tengo un asunto de esa clase con nadie.

-¿Un Black Panther?

-Eso le contó a Don su secretaria. Ni siquiera conversamos sobre el sexo. Todo lo que yo hago es corregir su pronunciación. Bueno, vamos a dormir.

Le besó la mejilla y se volvió al otro lado.

Ella se tendió boca abajo y cerró los ojos. Se corrió a un lado, al otro; se revolvió, inquieta, buscando una posición cómoda.

Fueron a ver una película en Norwood, con Bobbie y Dave, y pasaron una velada con ellos, delante de la estufa, jugando al *Banquero* en broma.

Un sábado a la noche cayó una espesa nevada, y a la tarde siguiente Walter renunció, un poco a regañadientes, a su fútbol televisado de los domingos, para llevar a Pete y Kim a deslizarse sobre la nieve, por la cuesta de Winter Hill. Joanna, entretanto, fue en el coche a New Sharon, y usó un rollo y medio de película en colores fotografiando un refugio de pájaros.

Pete obtuvo el papel principal de su clase para la función de Navidad. Walter, en el viaje de vuelta, perdió una noche su billetera, si no se la robaron.

Joanna llevó dieciséis fotografías a la agencia. Bob Silberberg, con quien trataba allí, demostró una admiración muy halagadora, pero dijo que por el momento no hacían contratos con nadie. Retuvo las fotos, y prometió hacerle saber, en un par de días, si encontraba algunas vendibles. Ella, decepcionada, almorzó con una vieja amiga, Doris Lombardo, y después se fue a comprar los regalos de Navidad para sus padres y para Walter.

Le devolvieron diez fotografías, entre ellas «Receso nocturno», que instantáneamente resolvió presentar en el próximo concurso de la *Saturday Review.* Una de las seis que la agencia había aceptado y se encargaría de colocar,

era «Estudiante», la de Jonny Markowe ante su microscopio. Llamó a Bobbie para contarle la noticia, y dijo:

-Daré a Markowe el diez por ciento de las ganancias.

-¿Significa que podemos dejar de pagarle su cuota semanal?

-Me parece que no. La mejor, me ha producido hasta ahora algo más de mil dólares; pero las otras dos, apenas unos doscientos cada una.

-No está tan mal, después de todo, para una criatura que es el vivo retrato de Peter Lorre -dijo Bobbie-. Me refiero a él, no a ti. Oye, iba a llamarte en este momento. ¿Puedes alojar a Adam por el fin de semana? ¿Lo harías?

-Sin duda. Pete y Kim estarían encantados. ¿Por qué?

-Dave sufre un arrechucho pasional, y vamos a pasar un fin de semana juntos, los dos solitos. Una segunda luna de miel.

La sensación de algo que se repetía, de algo *déjàvu,* rozó a Joanna fugazmente. Se la sacudió y dijo:

- ¡Qué maravilla!

-Ya encontramos alojamiento para Jonny y Kenny en la vecindad, pero se me ocurrió que Adam se divertiría más en tu casa.

-Seguro. Y me ayudará a evitar que Pete y Kim se peleen todo el tiempo. Y ustedes qué piensan hacer, ¿van a ir a la ciudad?

-No, nos quedaremos aquí mismo. Aislados por la nieve, si nuestras esperanzas se cumplen. Te lo llevaré mañana, después de la escuela, ¿te viene bien?, y volveré a buscarlo el domingo, a última hora.

-Estupendo. ¿Qué tal anda la caza de casas?

-Regular. Hoy por la mañana vi una divina en Norwood, pero no se desocupa hasta el primero de abril.

-Espera hasta entonces.

-No, gracias. ¿Quieres que nos reunamos un rato?

-No puedo. Tengo imprescindiblemente que limpiar un poco.

-¿Ves cómo estás cambiando? El maleficio de Stepford empieza a obrar.

Una mujer de color, con bufanda anaranjada y abrigo a franjas, de piel sintética, aguardaba de pie ante el escritorio de la biblioteca, posadas las puntas de los dedos sobre una pila de libros. Dirigió una breve mirada a Joanna, y esbozó una inclinación de cabeza y una casi sonrisa. Ella le devolvió el casi saludo, y la mujer negra volvió los ojos a otro lado: a la silla vacía, detrás del escritorio, y a los anaqueles cargados de libros, detrás de la silla. Era alta y

de cutis color canela, pelo negro crespísimo, grandes ojos castaños y apariencia exótica y atractiva. Podía tener unos treinta años.

Joanna, acercándose al escritorio, se quitó los guantes y sacó su tarjeta del bolsillo. Miró el cartelito con el nombre de Miss Austrian sobre el escritorio y, un poco más lejos, la pila de libros bajo los largos y finos dedos de la negra. *Una cabeza cortada* de Iris Murdoch; *Yo sé por qué cantan los pájaros en su jaula,* y, por último, *El mago.* Miró la tarjeta que ella misma había llenado: Autor: Skinner; título: *Más allá de la libertad y la dignidad;* fecha de entrega: 12 de diciembre. Hubiera querido decir alguna palabra de amistosa bienvenida a la mujer de color -esposa o hija, seguramente, de la familia que la delegada del Comité de Recepción había mencionado-; pero no quería adoptar la actitud protectora de una liberal blanca. ¿Diría algo si la mujer no fuera negra? Sí, por supuesto, en las mismas circunstancias, ella...

-Podríamos arrear con todo lo que nos diera la gana -dijo la negra.

-Y deberíamos hacerlo -dijo Joanna con una sonrisa-; para que aprenda a permanecer en su puesto. -Y señaló hacia el escritorio con un cabezazo.

La negra sonrió:

-¿Siempre está esto tan desierto?

-Yo nunca lo había visto así -contestó Joanna-. Pero siempre he venido por la tarde y en sábado.

-¿Hace mucho que vive en Stepford?

-Tres meses.

-Yo tres días -dijo la negra.

-Espero que le guste.

-Creo que me va a gustar.

Joanna le tendió la mano y se presentó, sonriendo:

-Soy Joanna Eberhart.

-Ruthanne Hendry -dijo la negra, sonriendo y estrechándole la mano.

Joanna ladeó la cabeza y la miró de soslayo:

-Conozco ese nombre. Lo he leído en alguna parte.

La otra volvió a sonreír:

-¿Tiene hijos chicos?

Joanna asintió, intrigada.

-He escrito un libro para niños: *Penny tiene un plan.* Está aquí. Lo primero que hice fue consultar el catálogo.

- ¡Pero, claro! Acabé de leérselo a Kim hace un par de semanas. ¡La deleitó! Y también a mí. ¡Es tan bueno

encontrar un libro donde una niña hace positivamente algo, fuera de servir el té a sus muñecas!

-Ingeniosa propaganda -sonrió Ruthanne.

-Y usted dibujó, además, las ilustraciones. ¡Eran estupendas!

-Gracias.

-¿Está escribiendo otro?

Ruthanne Hendry asintió.

-Tengo planteado uno. Empezaré a concretarlo apenas estemos instalados.

-Perdonen ustedes -dijo Miss Austrian, que llegaba cojeando en ese momento, desde el fondo de la sala-. Está todo tan tranquilo aquí por las mañanas, que yo... -Se detuvo, parpadeó y se acercó a ellas cojeando- ...trabajo en la oficina. Hay que poner uno de esos timbres que suenan con unos golpecitos. Hola, Mrs. Eberhart.

Y sonrió a las dos.

-Hola -dijo Joanna-. Le presento a Ruthanne Hendry, autora de uno de los libros que hay aquí: *Penny tiene un plan.*

- ¡Ooh! -Miss Austrian se dejó caer en su silla pesadamente, y se cruzó de brazos, sujetándolos con sus manos rosadas y regordetas-. Es un libro muy popular -añadió-. Tenemos dos ejemplares en circulación, y los dos son reposiciones.

-Me gusta esta biblioteca. ¿Puedo suscribirme? -preguntó Ruthanne.

-¿Reside usted en Stepford?

-Sí. Acabo de mudarme.

-En tal caso, la recibiremos gustosos. Miss Austrian abrió un cajón, sacó una tarjeta en blanco y la depositó sobre la mesa, junto a los libros.

Ante el mostrador del pequeño bar del centro, sin más parroquianos que dos operarios del servicio telefónico, Ruthanne revolvió su café y, mirando fijamente a Joanna, le preguntó:

-Dígame con franqueza: ¿hubo mucho revuelo cuando se supo que habíamos comprado casa aquí?

-Ni el más mínimo, que yo sepa. En este pueblo no puede haber revuelos... por nada. No hay ningún lugar para que la gente se encuentre con el prójimo, salvo la «Asociación de Hombres».

-Por ese lado, todo anda bien. Royal va a ser recibido como socio mañana por la noche. Pero las mujeres de la vecindad...

-Oh, escuche, eso no tiene nada que ver con el color, créalo. Son así con todo el mundo. Les falta tiempo para tomar una taza de café con usted, ¿verdad? ¿Están siempre atadas a sus tareas domésticas?

Ruthanne movió la cabeza afirmativamente.

-Por mí no me importa -dijo-. Me basto a mí misma, y no necesito a nadie, de lo contrario me habría opuesto a la mudanza, pero yo...

Joanna le habló de las mujeres de Stepford, y también de Bobbie, tan asustada de llegar a ser igual a ellas, que hasta planeaba irse de allí, para evitarlo.

Ruthanne sonrió.

-No hay peligro de que yo me convierta en una fregona. Si ellas son así, estupendo. Me preocupaba que se tratara de un prejuicio de color, únicamente por las chicas.

Tenía dos, de cuatro y seis años, y su marido, Royal, era director del Departamento de Sociología en una Universidad de la ciudad. Joanna le habló de Walter, de Pete y Kim, y de sus actividades fotográficas.

Se dieron sus números de teléfono respectivos.

-Me convertí en una anacoreta cuando trabajaba en Penny -dijo Ruthanne-, pero ya la llamaré, tarde o temprano.

-La llamaré yo -dijo Joanna-. Si está ocupada, no tiene más que decírmelo. Quiero que conozca a Bobbie. Estoy segura de que simpatizarán.

Camino de sus coches, que habían estacionado delante de la biblioteca, Joanna vio a Dale Coba, mirándola desde cierta distancia. Estaba de pie, con un cordero en los brazos, junto a un grupo de hombres que armaban un pesebre cerca del *cottage* de la «Sociedad Histórica». Lo saludó con una inclinación de cabeza y él, apretando el cordero, que parecía vivo, le devolvió el saludo y le sonrió.

Ella le dijo a Ruthanne quién era, y le preguntó si sabía que Ike Mazzard vivía en el pueblo.

-¿Quién?

-Ike Mazzard, el dibujante.

Ruthanne no tenía noticia de su existencia, lo que hizo que Joanna se sintiera muy vieja O demasiado blanca.

Tener a Adam con ellos durante el fin de semana no fue una bendición. El sábado, los tres chicos jugaron divinamente, dentro y fuera de la casa. En cambio, el domingo, un día de perros, nublado y frío, cuando Walter reivindicó sus derechos al comedor de diario para ver fútbol (cosa bastante justa después del paseo del domingo anterior), Adam y Pete atravesaron una serie de transformaciones, y fueron sucesivamente: soldados del

Fuerte Sábana, que improvisaron con una, y la mesa, en el comedor; exploradores en el sótano. (¡Cuidadito con entrar en ese cuarto oscuro!); conductores del Star Treck, en el cuarto de Pete. Y lo curioso era que todos esos personajes tenían un solo enemigo común, llamado Kim-Adoquín, a quien alejaban con gritos y con burlas, vigilando que no estorbara sus aprestos de defensa. Y la pobre Kim, empeñada en jugar con ellos, se resistía como un verdadero adoquín a cualquier otra cosa: no quería dibujar, ni ayudar a poner en orden los negativos, ni siquiera (Joanna desesperada ya no sabía qué proponerle) a hacer galletitas. Adam y Pete ignoraron las amenazas; Kim ignoró las zalamerías: Walter lo ignoró todo.

Joanna se alegró cuando llegaron Bobbie y Da ve para llevarse a Adam.

Pero también se alegró de haberlo tenido allí, cuando vio el aspecto radiante del papá y la mamá. Bobbie, peinada de peluquería, estaba absolutamente preciosa, fuese por el maquillaje o por haber hecho el amor; por las dos cosas probablemente.

Dave parecía ufano, reanimado y feliz. Un frío tonificante entró con ellos en el *hall.*

-¿Qué tal, Joanna, cómo han andado las cosas? -preguntó Dave, frotándose las manos enguantadas de cuero.

Y Bobbie, arrebujada en su abrigo de zorrino, dijo a su vez:

-Espero que Adam no haya sido una molestia.

-No, ni pizca -contestó Joanna-. Ustedes dos parecen la flor de la maravilla.

-Y así nos sentimos -afirmó Dave.

A lo que Bobbie añadió, sonriendo:

-Ha sido un fin de semana delicioso. Gracias por ayudarnos a conseguirlo.

-De nada. Yo también les voy a encajar a Pete por un fin de semana, uno de estos días.

-Estaremos encantados de recibirlo -dijo Bobbie.

-Cuando se te ocurra, no tienes más que decir una palabra -añadió Dave, y llamó-: *¿Adam? ¡Ya es hora de irse!*

-Está arriba, en el cuarto de Pete.

Dave hizo bocina con sus manos enguantadas, y gritó:

-*¡Adam! ¡Estamos aquí! ¡Busca tus cosas!*

-Quítense los abrigos -propuso Joanna.

-Tenemos que buscar a Jonny y a Kenny -dijo Dave.

-Seguramente te vendrá bien un poco de paz y de silencio

-dijo Bobbie-. Debió ser agotador.

-Reconozco que no ha sido precisamente el domingo más apacible de mi vida. Sin embargo, la jornada de ayer fue estupenda.

-¡Salud, amigos! -dijo Walter que llegaba de la cocina con un vaso en la mano.

-Hola, Walter -dijo Bobbie.

-¡Salud, hermano! -dijo Dave.

-¿Qué tal la segunda luna de miel? -preguntó Walter.

-Mejor que la primera; sólo que más corta -le contestó Dave con un guiño sonriente.

Joanna miró a Bobbie, esperando que saliera con una broma de las suyas, pero ella se limitó a sonreírle, y volvió los ojos a la escalera.

Adam estaba allí, ladeado, para no bloquearla con su bolsa de mercado.

-Hola, pastillita de goma -dijo Bobbie-.. ¿Has pasado un buen fin de semana?

-No quiero irme -declaró Adam.

Y Kim, que estaba detrás de él, con Pete, preguntó:

-¿No puede quedarse otra noche?

-No, querida, mañana hay clase -dijo Bobbie.

-Vamos, compañero, tenemos que ir a buscar al resto de la mafia -dijo Dave.

Adam siguió bajando, enfurruñado, y Joanna fue a buscar su capote y sus botas al armario.

-Oye, Walter, tengo información sobre esas acciones que te interesaban -dijo Dave.

-Ah, qué bien -dijo Walter, y los dos se encaminaron al *living.*

Joanna entregó el capote de Adam a Bobbie, que le dio las gracias y lo sostuvo abierto delante de él. El chico dejó la bolsa de mercado en el suelo y aleteó hacia atrás, en busca de las mangas.

Joanna, que tenía las botas en la mano, preguntó:

-¿Quieres que te las ponga en una bolsa?

-No, no te molestes -dijo Bobbie. Tomó a Adam de los hombros, le hizo girar y le ayudó a abrocharse.

-Hueles bien -observó Adam.

-Gracias, pastillita de goma.

El chico alzó los ojos al cielo raso, y los bajó hacia ella.

-No me gusta que me llames así. Antes me gustaba, pero ahora no.

-Perdona. No volveré a hacerlo nunca más. -Bobbie le sonrió y le besó en la frente.

Walter y Dave salieron del *living;* Adam recogió su bolsa de mercado y se despidió de Pete y Kim. Joanna entregó las botas de Adam a Bobbie, y las dos se rozaron las mejillas. La de Bobbie estaba todavía fresca de intemperie, y era cierto que «olía bien».

-Mañana te llamo -dijo Joanna.

-Claro.

Se sonrieron la una a la otra.

Ya en la puerta, Bobbie se acercó a Walter y le ofreció la mejilla. Él titubeó un instante (Joanna se preguntó por qué), antes de inclinarse y tocarla con los labios, brevemente.

Dave besó a Joanna, palmeó el brazo de Walter -hasta la vista, hermano-, y dio un empujoncito a Adam, para que saliera detrás de Bobbie.

-¿Ahora podemos ir al comedor de diario? -preguntó Pete.

-Es todo de ustedes -dijo Walter.

Pete echó a correr, y Kim lo siguió.

Joanna y Walter permanecieron junto al vidrio frío de la contrapuerta de invierno, mirando a Bobbie, Dave y Adam mientras subían al auto.

- ¡Fantástico! -dijo Walter.

-Qué aspecto espléndido tienen, ¿no? Bobbie no estuvo tan deslumbrante, ni siquiera la noche de la comida. ¿Por qué no querías besarla?

Walter tardó en contestar, y por fin dijo:

-Qué sé yo, eso de besar la mejilla es tan teatral. Me revienta.

-Nunca lo noté.

-Será que he cambiado.

Joanna miró cerrarse las portezuelas y encenderse los faros delanteros.

-¿Qué dices de pasar nosotros un fin de semana solos? Ellos se quedarían con Pete, me lo prometieron, y estoy segura de que los Van Sant recibirían a Kim.

-Sería estupendo -admitió Walter-. Inmediatamente después de las fiestas.

-O los Hendry, quizá -prosiguió Joanna-. Tienen una muchachita de seis años, y me gustaría que Kim tuviera oportunidad de conocer a una familia negra.

El auto arrancó, brillaron las luces traseras rojas, y Walter cerró la puerta, echó la llave y apagó las luces de fuera.

¡Uf, qué lunes! Tenía que recomponer el cuarto de Pete (patas arriba), arreglar todos los otros, cambiar las camas, lavar la ropa (que había dejado acumular, como de costumbre), preparar la lista de compras para mañana, y alargar tres pantalones de Pete. Bueno, iba a ocuparse de estas cosas, sin importarle cuántas más quedaban por hacer: las compras de Navidad, los sobres de las tarjetas de saludo, y el disfraz de Pete para la fiesta de la escuela (¡Gracias por el regalito, Miss Turner!). Bobbie no fue a visitarla (providencialmente) y eso ya era algo: el día no se prestaba para *charlas de café.* «¿Tendrá razón? -caviló Joanna-, ¿estoy cambiando realmente?» No, qué demonios: alguna vez, siquiera de tanto en tanto, había que darle un empujón al trabajo doméstico, de lo contrario, la casa de uno se convertiría en..., bueno, en la casa de Bobbie. Por lo demás, una genuina casada de Stepford habría surcado ese mar con imperturbable calma y eficiencia, sin permitir que la aspiradora se enredara en su cordón, para después machacarse los dedos, al desenrollarlo del infernal aparato giratorio.

Le calentó las orejas a Pete por no guardar los juguetes cuando había acabado de jugar con ellos, y el chiquillo se resintió y no quiso hablarle durante una hora. Y Kim tosía.

Walter solicitó el relevo de su turno en el lavado de los platos, y salió corriendo para meterse en el automóvil cargado de Herb Sundersen. En ese momento había mucha actividad en la «Asociación de Hombres», con el proyecto de los Juguetes de Navidad. (¿Para quién? ¿Acaso había niños pobres en Stepford? Ella no había visto señal de ninguno.)

Cortó un molde para empezar el disfraz de Pete como muñeco de nieve; jugó una partida de algo con éste y con Kim (que tosió una sola vez, pero convenía seguir con los dedos cruzados); escribió los sobres de los saludos de Navidad hasta la L, y se acostó a las diez. Se quedó dormida con el libro de Skinner.

El martes fue mejor. En cuanto acabó de lavar las cosas del desayuno y de tender las camas, llamó a Bobbie -no hubo respuesta: debía estar cazando casas-; fue en coche al Centro, e hizo la compra de provisiones para la semana; volvió al Centro en seguida después de almorzar, tomó algunas fotografías del pesebre, y volvió a casa apenas un segundo antes de que llegara el ómnibus de la escuela.

Walter lavó los platos, y después fue a la «Asociación de Hombres». Los juguetes estaban destinados a niños de la ciudad, del ghetto o de los hospitales. ¿Tiene usted alguna queja al respecto, señora Eberhart? ¿O seguía siendo la señorita Ingalls...? ¿La señorita Ingalls-Eberhart, quizá?

Dejó a Pete y a Kim bañados y en la cama, y llamó a Bobbie. Era extraño que ella no la hubiera llamado en dos días enteros.

-¿Hola? -dijo la voz de Bobbie.

-Hace mucho que no hablamos.

-¿Quién es?

-*Joanna.*

-Ah, hola, ¿qué tal? ¿Cómo estás?

-Bien, ¿y tú? Tu voz suena un poco apagada.

-No, estoy perfectamente.

-¿Tuviste más suerte esta mañana?

-¿A qué te refieres?

-A la búsqueda de casa.

-Esta mañana salí de compras -dijo Bobbie.

-¿Por qué no me llamaste?

-Era muy temprano.

-Yo fui alrededor de las diez. No tuvimos que encontrarnos por muy poco.

Bobbie no contestó.

-¿Bobbie?

-¿Sí?

-¿Estás segura de que te sientes bien?

-Positivamente. Me había puesto a planchar.

-¿A esta hora?

-Dave necesita una camisa para mañana.

- ¡Oh! Llámame por la mañana, entonces. Tal vez podamos almorzar juntas. A menos que vayas a ver casas.

-No.

-Llámame, pues. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Hasta pronto, Joanna.

-Hasta mañana, Bobbie.

Colgó y se quedó sentada, mirando el teléfono, y su mano sobre el teléfono. Le sobresaltó la idea -ridícula- de que Bobbie hubiera cambiado, lo mismo que Charmaine. No, Bobbie no: ¡imposible! Debía haber tenido una pelea con Dave, una pelea de marca mayor, que todavía no estaba dispuesta a comentar. ¿O sería que ella misma había ofendido a Bobbie de algún modo, sin darse cuenta? ¿Había dicho algo el domingo, sobre la permanencia de Adam, que Bobbie pudiera haber tomado a mal? Pero no, se habían despedido tan amigas como siempre, rozándose las mejillas y prometiendo recíprocamente llamarse. (Sin embargo, ya entonces, ahora que lo pensaba, Bobbie había parecido diferente: no había dicho la clase de cosas que solía decir, y se había movido con más lentitud también.) Quién sabe si ella y Dave no habían estado fumando yerba el fin de

semana. Lo habían probado un par de veces sin mayor resultado, según Bobbie le había dicho. A lo mejor esta vez...

Escribió unos pocos sobres más.

Llamó a Ruthanne Hendry, que se mostró cordial y complacida de oírla. Conversaron acerca de *El Mago,* que Ruthanne estaba saboreando, como antes Joanna; y Ruthanne le habló de su nuevo libro, otra historia de Penny. Convinieron en almorzar juntas la semana próxima: Joanna se combinaría con Bobbie, y las tres irían al restaurante francés de Eastbridge. Ruthanne la llamaría el lunes por la mañana.

Siguió con los saludos de Navidad, y estuvo leyendo el libro de Skinner en la cama, hasta que llegó Walter.

-Esta noche hablé con Bobbie -le contó-. Me pareció diferente, como desteñida...

-Probablemente está cansada de tanto correr de aquí para allá en los últimos tiempos -dijo Walter mientras vaciaba sus bolsillos encima de la cómoda.

-El domingo también parecía diferente -observó Joanna-, no dijo...

-Tenía un poco de maquillaje, eso es todo. No vas a empezar con ese asunto del agente químico, ¿verdad?

Ella contrajo el ceño, apretando el libro cerrado contra las rodillas forradas de sábana.

-¿Te dijo Dave que hubieran estado probando marihuana de nuevo? -preguntó.

-No, pero bien podría ser ésa la explicación -dijo Walter.

Hicieron el amor, pero ella estaba tensa y no podía entregarse realmente, y no sirvió de nada.

Bobbie no llamó. A eso de la una, Joanna fue a su casa. Cuando bajó de la camioneta, le ladraron los perros, atados a una cuerda alta, al fondo del terreno. El perrillo inglés, erguido sobre sus patas traseras, manoteaba el aire y chillaba: «hip..., hip..., hip...»; el ovejero, inmóvil y lanudo, resoplaba: «ruff, ruff, ruff...» El «Chevy» azul de Bobbie estaba estacionado en la calzada.

Bobbie, en su *living* inmaculado -almohadones bien mullidos, maderas relucientes, revistas dispuestas en abanico sobre la mesita lustrada de atrás del sofá-, le sonrió y se excusó.

-Perdona. Estuve tan atareada que se me olvidó. ¿Almorzaste? Ven a la cocina, te prepararé un emparedado. ¿De qué te gustaría?

Estaba igual que el domingo: hermosa, recién peinada, con un maquillaje impecable. Llevaba algún corpiño relleno que le abultaba y levantaba el busto, debajo del suéter

verde, y una faja que le rebanaba las caderas, bajo la falda tableada marrón.

Ya en su cocina inmaculada, admitió:

-Sí, he cambiado. Recapacité y comprendí que era terriblemente dejada y desprolija. No es ninguna vergüenza ser una buena ama de casa. He resuelto hacer mi trabajo concienzudamente, como Dave hace el suyo, y cuidar más de mi apariencia. ¿Estás segura de que no quieres un emparedado?

Joanna sacudió la cabeza.

-Bobbie, yo... -comenzó a decir-. ¿Es que no ves lo que te ha ocurrido? ¡Eso que hay acá, sea lo que sea, te ha atacado, lo mismo que a Charmaine!

Bobbie le sonrió.

-Nada me ha atacado. No hay nada raro aquí. Todo fue un montón de insensateces. Stepford es un lugar hermoso y saludable para vivir.

-Tú..., ¿no quieres mudarte ya?

- ¡Oh, no! También esa idea fue una insensatez. Me siento perfectamente feliz aquí. ¿Te preparo una taza de café, por lo menos?

Llamó a Walter al estudio. Contestó Esther.

-¿Oh, es usted? Buenas taaardes. ¡Me alegro taaanto de oírla! Debe hacer un día sobeeerbio allí. ¿O habla desde aquí mismo?

-No, estoy en casa. Puede comunicarme con Walter, ¿por favor?

-Temo que está ocupado en este momento.

-Se trata de algo importante. Avísele, por favor.

-Aguarde un segundo, entonces.

Esperó, sentada ante el escritorio, mirando los papeles y los sobres que había sacado del cajón del medio, y el calendario -Diciembre, Martes, 14: la fecha de ayer- y el dibujo de Ike Mazzard.

-En seguida está con usted, Mrs. Eberhart -dijo Esther-. No le habrá pasado algo malo a Pete o a Kim, espero...

-No, ellos están bien.

-Me alegro. Deben div...

-¿Hola? -dijo la voz de Walter.

-¿Walter?

-Hola. ¿Qué pasa?

-Walter, quiero que me escuches y no discutas -empezó Joanna-. Bobbie *ha cambiado.* Estuve en su casa. Parece como si... ¡No hay una sola manchita, Walter, está

inmaculada! Y ella misma, se ha puesto toda... Oye, ¿tienes ahí las libretas de Banco? Las busqué y no puedo encontrarlas. ¿Walter?

-Sí, las tengo yo. Estuve comprando unas acciones por consejo de Dave. ¿Para qué las quieres?

-Para saber con cuánto contamos. Había una de las casas que vi en Eastbridge, que era...

-¡Joanna!

-...un poco más cara que ésta, pero...

-Joanna, escúchame.

-No voy a quedarme aquí un...

-¡Maldición!, ¿vas a escucharme?

Ella se aferró al brazo del sillón.

-Anda, te escucho.

-Procuraré estar de vuelta temprano. No hagas nada, hasta que yo llegue. ¿Me oyes? No contraigas ningún compromiso, ni des ningún paso. Creo que puedo despacharlo todo en una media hora.

-No voy a quedarme aquí un día más -insistió ella.

-Espera hasta que llegue; ¿lo harás? No podemos hablar de esto por teléfono.

-Trae las libretas de Banco.

-Tú no hagas nada, hasta que yo llegue.

El teléfono emitió un clic y se quedó muerto.

Joanna colgó.

Volvió a guardar los papeles y los sobres, y cerró el cajón del medio. Sacó la guía telefónica de su anaquel, y buscó el número de Miss Kirgassa en Eastbridge.

La casa que tenía en mente, la de la calle St. Martin, seguía en venta.

-Hasta creo que la han rebajado un poquito desde que usted la vio.

-¿Quiere hacerme un favor? Podría interesarnos, lo sabré definitivamente mañana. ¿Quiere averiguar el último precio que aceptarían en una venta al contado, y contestarme con la mayor brevedad posible?

-Se lo comunicaré inmediatamente -dijo Miss Kirgassa-. ¿Sabe si Mrs. Markowe ha encontrado algo ya? Esta mañana teníamos una cita, pero no apareció.

-Cambió de opinión, ya no se muda -dijo Joanna-. Pero yo sí.

Llamó a Buck Raymond, el agente de propiedades con quien se habían entendido en Stepford, y le preguntó:

-En el caso hipotético de que pusiéramos en venta esta casa mañana mismo, ¿cree que podríamos venderla rápidamente?

-Sin la menor duda -contestó Buck-. Hay una demanda sostenida aquí. Estoy seguro de que rembolsarían lo que pagaron por ella, y algo más, probablemente. ¿No está contenta en la casa?

-No.

-Lo lamento. ¿Quiere que empiece a mostrarla? Justamente hay un matrimonio que...

-No, no, todavía no -dijo Joanna-. Se lo haré saber mañana.

- ¡Para, para un minuto! -dijo Walter, haciendo ademanes apaciguadores con los brazos extendidos.

-No. -Joanna sacudió enérgicamente la cabeza-. No. Lo que sea, tarda cuatro meses en actuar. Significa que me queda uno solo para escapar, tal vez menos: nos mudamos el 4 de setiembre.

-Por el amor de Dios, Joanna...

-Charmaine vino a vivir en julio; en noviembre cambió. Bobbie llegó en agosto, y ahora estamos en diciembre.

Se volvió y se apartó de Walter.

El grifo del fregadero goteaba. Apretó la llave violentamente, y dejó de gotear.

-Ya leíste esa carta del Departamento de Salud -dijo Walter.

-Sí. Mucho olor y poca bosta, para citar a Bobbie. -Joanna se volvía y miró de frente-. Hay algo, tiene que haber algo. Anda, echa un vistazo. ¿Quieres hacerlo, por favor? ¡Tiene el busto levantado hasta acá, y el trasero tan fajado que se reduce prácticamente a nada! La casa parece un comercial, ¡como la de Carol, y la de Donna, y la de Kit Sundersen!

-Tarde o temprano tenía que limpiarla alguna vez: era un chiquero.

-¡*Ha cambiado,* Walter! No habla igual que antes, no piensa igual que antes... ¡Y yo no voy a quedarme clavada aquí para que me ocurra lo mismo!

-Tú no vas a...

Kim entró del jardín, con la carita colorada en la capucha orlada de piel.

-Quédate fuera, Kim -dijo Walter.

-Necesitamos provisiones -dijo la pequeña-. Salimos de excursión.

Joanna fue en busca del tarro de galletitas, lo abrió y

sacó unas cuantas.

-Aquí tienes -dijo, poniéndolas en las manos emnitonadas de Kim-. No os alejéis mucho de casa. Está oscureciendo.

-¿Podemos llevar copos de maíz?

-No tenemos copos de maíz. Anda.

Kim salió y Walter cerró la puerta.

Joanna se sacudió unas migas de la mano.

-La casa es mejor, y podemos conseguir que la dejen en cincuenta y tres mil quinientos -dijo-. Y ahora nos darían esa suma por ésta, Buck Raymond me lo aseguró.

-No vamos a mudarnos -dijo Walter.

-¡Pero tú admitiste esa posibilidad!

-Para el verano próximo, no cuando...

-¡Yo no seré yo el verano próximo!

-Joanna...

-¿Es que no entiendes? ¡Me va a pasar lo mismo a mí, en enero!

-¡No te va a pasar nada!

-Eso le dije yo a Bobbie. ¡Las bromas que le habré hecho por el agua mineral!

Walter se acercó más.

-No hay nada en el aire, no hay nada en el agua -dijo-. Si ellas cambiaron, fue exclusivamente por las razones que te dieron: porque de pronto vieron que habían sido perezosas y negligentes. ¿Que Bobbie se interesa ahora por su apariencia? Pues bien, ¡ya era tiempo! Tampoco a ti te vendría mal mirarte en un espejo de vez en cuando.

Ella lo miró fijamente; él desvió los ojos, se le enrojeció la cara, y la miró de nuevo.

-Sostengo lo dicho: eres una hermosa mujer, y maldita la molestia que te tomas ya por parecerlo, salvo para una fiesta y alguna ocasión así.

Le volvió la espalda, dio unos pasos y se paró delante de la cocina; hizo girar un botón en un sentido y en otro.

Joanna lo miraba.

-Te diré lo que vamos a hacer... -empezó Walter.

-¿Tú quieres que cambie?

-Por supuesto que no. No seas tonta.

-¿Es eso lo que quieres? ¿Una atractiva fregona emperifollada?

-Todo lo que dije fue...

-¿Y por eso Stepford era el único lugar conveniente para mudarnos? Alguien te pasó el dato, ¿eh? «Llévala a

Stepford, Wally viejo: allí hay algo en el aire que te la transformará en cuatro meses.»

-No hay nada en el aire -dijo Walter-. El dato que me pasaron fue: «Buenas escuelas, bajos impuestos.» Escucha: voy a tratar de ver las cosas desde tu punto de vista, para llegar a una especie de dictamen justo. Tú quieres mudarte, porque tienes miedo de «cambiar»; y yo pienso que estás ofuscada y... un poco histérica, y que una mudanza, en este momento, resultaría demasiado perjudicial para todos, especialmente para Pete y Kim. -Se interrumpió y tomó aliento-. Pues bien, hagamos lo siguiente -prosiguió-: Tú vas a conversar un rato con Alan Hollingsworth, y si él opina que estás...

-¿Con quién?

-Con Alan Hollingsworth -repitió Walter, y esquivó sus ojos-. El psiquiatra, ¿te acuerdas? -Volvió a mirarla-. Si él opina que no estás atravesando una...

-No necesito un psiquiatra -dijo Joanna-. Y si lo necesitara, no acudiría a Alan Hollingsworth. Vi a su mujer en la «Asamblea de Padres y Maestros»: es una de ellas. Diría que no estoy en mis cabales, no te quepa duda.

-Elige algún otro entonces. El que quieras. Si no estás pasando por una... crisis alucinadora o algo parecido, nos mudaremos lo más pronto posible. Mañana a la mañana voy a ver esa casa, y hasta haré un depósito para que la reserven.

-No necesito un psiquiatra -insistió Joanna-. Necesito irme de Stepford.

-Vamos, Joanna, creo que mi proposición es bastante justa. Tú nos pides que soportemos un trastorno muy grave, y yo pienso que, por el bien de todos y por tu propio bien, por el tuyo principalmente, debes asegurarte de que estás viendo las cosas con toda la lucidez que supones.

Ella lo miró en silencio.

-¿Y bien?

No dijo nada; siguió mirándolo.

-¿Y bien? -preguntó Walter nuevamente-. ¿No lo encuentras razonable?

-Bobbie cambió cuando estaba a solas con Dave -observó Joanna-. Y Charmaine cambió cuando estaba a solas con Ed.

Él miró a otro lado, meneando la cabeza.

-¿A mí me va a ocurrir en la misma ocasión? ¿En nuestro fin de semana íntimo?

- ¡La idea fue tuya!

-¿Y si no se me hubiera ocurrido, quizá la habrías

sugerido tú?, ¿o no?

-¿Ves? ¿Te das cuenta de cómo estás hablando? Quiero que recapacites sobre lo que te he dicho. No puedes alterar nuestras vidas de ese modo, en el arrebato de un momento. Ni es razonable que lo pretendas.

Se volvió bruscamente y salió de la cocina.

Joanna, parada en el mismo lugar, se llevó la mano a la frente y cerró los ojos. Estuvo así un momento; después bajó la mano, abrió los ojos y meneó la cabeza. Fue hasta el refrigerador, lo abrió y sacó un tazón cubierto y un paquete de carne del supermercado.

Walter estaba sentado ante el escritorio, escribiendo en un bloc amarillo. El cigarrillo apoyado en el cenicero mandaba una cinta de humo hacia el interior de la lámpara. Miró a Joanna y se quitó las gafas.

-De acuerdo -dijo ella-. Lo consultaré... con alguien. Pero tendrá que ser una psiquiatra.

-Me parece buena idea.

-¿Y tú harás mañana un depósito para que reserven la casa?

-Sí, a menos que le vea algún inconveniente serio.

-No lo hay. Es una buena casa, construida hace apenas seis años. Con una hipoteca satisfactoria.

-Muy bien.

Ella se quedó mirándolo.

-¿Tú quieres que cambie?

-No. Me gustaría sólo que te pusieras un poquito de carmín, de tiempo en tiempo. No es un cambio enorme. También me gustaría cambiar yo un poco: por ejemplo, bajando unos kilos.

Joanna se echó el pelo hacia atrás.

-Voy a trabajar un rato en el cuarto oscuro -dijo-. Pete sigue despierto. ¿Quieres estar con el oído alerta?

-Seguro -contestó Walter, sonriéndole.

Ella lo miró, se volvió y se fue.

Llamó al servicial Departamento de Salud, que la remitió a la sociedad médica de la jurisdicción, y allí le proporcionaron los nombres, con los correspondientes números telefónicos, de cinco psiquiatras de sexo femenino. Las dos más cercanas, residentes en Eastbridge, tenían ocupadas las horas de consulta hasta bien mediado enero; felizmente la tercera, que vivía en Sheffield, al norte de Norwood, podía atenderla el sábado, a las dos de la tarde. Era la doctora Margaret Fancher, y por teléfono parecía simpática.

Joanna acabó con las tarjetas de Navidad y con el disfraz de Pete; compró juguetes y libros de cuentos para los dos chicos, y una botella de champaña para Bobbie y Dave. Para Walter ya tenía una hebilla de cinturón, de oro, adquirida en la ciudad; y había pensado registrar todas las tiendas de antigüedades de la Ruta Nueve, en busca de documentos jurídicos; pero sustituyó ese regalo adicional por un cardigan tostado.

Llegaron los primeros saludos de Navidad -de sus padres, de los socios de Walter, de los McCormick, los Chamalian y los Van Sant. Los colocó en hilera sobre un estante del *living.*

También llegó un cheque de la agencia: ciento veinticinco dólares.

El viernes por la tarde, a pesar de los cinco centímetros de nieve, que pronto serían más, metió a Pete y a Kim en la camioneta y se dirigió a casa de Bobbie.

Ella los recibió con amabilidad; Adam, Kenny y los perros con turbulencia. Bobbie preparó chocolate caliente, y Joanna llevó la bandeja al comedor de diario.

-Vigila tus pasos -recomendó Bobbie-. Enceré el piso esta mañana.

-Ya me fijé.

Joanna se sentó en la cocina, y estuvo observando a Bobbie -una Bobbie preciosa y bien formada- mientras limpiaba el horno con toallas de papel y un tarrito de espuma limpiadora.

-¿ Cómo te las has arreglado para tener esa figura bárbara, por Dios?

-Como algo menos de lo que acostumbraba y hago más ejercicio.

- ¡Debes haber rebajado cinco kilos!

-No, sólo dos o tres. Y llevo faja.

-Bobbie, por favor, ¿quieres contarme qué ocurrió el último fin de semana?

-No ocurrió nada. Nos quedamos aquí.

-¿Fumaste algo, tomaste algo? Me refiero a drogas.

-No, ¡qué tontería!

-Bobbie, tú ya no eres tú. ¿Acaso no lo ves? ¡Te has vuelto igual a las otras!

-Francamente, Joanna, eso es un disparate. Por supuesto que soy yo. Comprendí que era terriblemente dejada y desprolija, y ahora hago mi trabajo a conciencia, lo mismo que Dave hace el suyo.

-Ya sé, ya sé. ¿Y él cómo lo ha tomado?

-Está muy contento.

-Apuesto que sí.

-Este producto da resultados excelentes. ¿Tú lo usas?

«No estoy loca -pensó Joanna-, no estoy loca.»

Jonny y otros dos chicos estaban haciendo un muñeco de nieve frente a la casa de al lado. Joanna dejó a Pete y a Kim en la camioneta y fue a saludarlo.

- ¡Hola! -dijo Jonny-. ¿Tienes algún dinero para mí?

-Todavía no -contestó Joanna, protegiéndose la cara contra la nieve, que caía en gruesos copos-. Jonny, yo... no salgo de mi asombro al ver cómo ha cambiado tu mamá.

-Sí, ¿no es cierto? -jadeó el chico, moviendo afirmativamente la cabeza.

-No alcanzo a comprenderlo -añadió Joanna.

-Tampoco yo. No pega más gritos, hace desayunos calientes... -Jonny miró hacia la casa y arrugó el ceño. La cara se le cubrió de copos de nieve-. Ojalá le dure, pero apuesto que no.

La doctora Fancher era una mujercita con cara de duende, que representaba poco más de cincuenta años. Tenía el pelo corto y revuelto, de un castaño canoso; nariz afilada de marioneta, y ojos risueños, entre celestes y grises. Llevaba un vestido azul oscuro, broche de oro con el símbolo chino del Yang y el Yin, y anillo de casada. Su consultorio era un ambiente alegre -muebles Chippendale, reproducciones de Paul Klee, y cortinas a rayas, que filtraban el resplandor del sol y de la nieve. Había un diván de cuero castaño, con el cabezal cubierto por una toalla de papel, pero Joanna se sentó en un sillón, delante del escritorio de caoba, sobre el cual docenas de papelitos blancos festoneaban los costados de un secante verde.

-Estoy aquí por consejo de mi marido -explicó-. Nos trasladamos a Stepford en los primeros días de setiembre, y yo quiero que nos vayamos de allí lo antes posible. Ya hicimos un depósito para reservar una casa en Eastbridge, pero sólo porque me empeñé. Él piensa que mi actitud es... irracional.

Le contó a la doctora Fancher por qué quería mudarse, cómo eran las mujeres de Stepford, y cómo Charmaine, y después Bobbie, habían cambiado y se habían vuelto iguales a ellas.

-¿Usted ha estado en Stepford? -le preguntó.

-Una sola vez -contestó la psiquiatra-. Había oído decir que valía la pena verlo, y lo comprobé. También he oído decir que es una comunidad insular y antisocial.

-Y yo lo comprobé, puede creerme.

La doctora Fancher conocía el caso de la ciudad de Texas que tenía un bajo índice de criminalidad.

-Se debe al litio, aparentemente -dijo-. Salió un artículo sobre eso en algún periódico.

-Bobbie y yo escribimos al Departamento de Salud -le informó Joanna-. Nos contestaron que no había nada en Stepford que pudiera estar afectando a nadie. Supongo que nos tomarían por dos lunáticas. A decir verdad, yo pensaba en aquel momento que la alarma de Bobbie era bastante exagerada. Suscribí la carta solamente porque me lo había pedido.

Se miró las manos crispadas y se las restregó.

La doctora permaneció en silencio.

-He empezado a sospechar... -prosiguió Joanna-. ¡Santo Dios!, «sospechar», suena tan... -Juntó las manos, mirándolas.

-¿Ha empezado a sospechar qué?

Ella apartó las manos y se las enjugó en la falda.

-He empezado a sospechar que los hombres andan detrás de esto -dijo, y miró a la psiquiatra, que no sonrió, ni pareció sorprendida.

-¿Qué hombres?

Joanna se miró las manos:

-Mi marido, el marido de Bobbie, el de Charmaine... -Alzó los ojos hacia la doctora-. Todos ellos.

Le hablo de la «Asociación de Hombres».

-Una noche, hace un par de meses, yo estaba tomando fotografías en el centro, donde están esas tiendas coloniales. La casa de la «Asociación» queda enfrente en lo alto. Las ventanas estaban abiertas, y había... un olor en el aire. A droga o algo químico. Y de pronto habían bajado las persianas, tal vez sabían que yo estaba ahí fuera. Ese policía me había visto. Paró el coche y me dio conversación. -Se inclinó hacia delante-. Hay un montón de plantas industriales ultramodernas sobre la Ruta Nueve. Y muchos de los técnicos que desempeñan cargos de alto nivel, residen en Stepford, y pertenecen a la «Asociación de Hombres». Algo tienen en marcha allí todas las noches, y no creo que se trate simplemente de organizar repartos de juguetes, ni de póquer o billar. Hay una Química Americana Willis y una Bioquímica Stevenson. Podría ser que estuvieran fabricando clandestinamente algo en la casa de la colina, sin que el Departamento de Salud se enterara...

Se echó atrás en su asiento, secándose las manos contra las caderas enfaldadas, y no miró a la doctora Fancher.

La psiquiatra la interrogó sobre sus antecedentes de familia y su interés por la fotografía; sobre los puestos que

había tenido, y sobre Walter, Pete y Kim.

-Toda mudanza es traumatizante, en mayor o menor grado -declaró-, en particular, la mudanza de la ciudad a la zona suburbana, para una mujer que no encuentra colmada su vida en el papel de ama de casa. Ella puede sentirse... como deportada a Siberia. -Dirigió a Joanna una sonrisa-. Y las fiestas de fin de año no mejoran, precisamente, la situación. Tienden a magnificar las ansiedades de todo el mundo. Muchas veces he pensado que algún año deberíamos tomarnos verdaderas vacaciones, y saltear las fiestas.

Joanna esbozó una sonrisa.

La doctora Fancher se inclinó hacia delante y, juntando las manos, se acodó sobre el escritorio.

-Comprendo que no sea usted feliz en un pueblo donde las mujeres están eminentemente orientadas hacia la domesticidad. Yo tampoco lo sería; ninguna mujer con intereses extrovertidos podría serlo. Pero me pregunto, y presumo que también se lo pregunta su esposo, si podría usted ser feliz en Eastbridge, o en cualquier otro lado, en este momento particular.

-Yo pienso que sí -dijo Joanna.

La doctora Fancher se miró las manos, apretando y flexionando la que llevaba el anillo de casada, con la otra. Miró a Joanna.

-Los pueblos desarrollan su carácter paulatinamente -dijo-, a medida que sus habitantes van discriminándose y seleccionándose entre sí. Unos cuantos artistas y escritores vinieron a radicarse en Sheffield tiempo atrás. Los siguieron otros, y las personas que los encontraban demasiado bohemios, se marcharon. Ahora somos un pueblo de artistas y escritores, no exclusivamente, por supuesto, pero sí en la medida suficiente para distinguirnos de Norwood o de Kimball. Estoy segura de que Stepford desarrolló su carácter en la misma forma. Me parece mucho más verosímil esto, que la sospecha de que los hombres de Stepford se hayan confabulado para someter a las mujeres a un lavado químico de cerebro. ¿Podrían, acaso? A lo sumo podrían narcotizarlas; pero esas mujeres, por lo que usted cuenta, no me dan la impresión de estar narcotizadas: son empeñosas y diligentes dentro del radio limitado de sus intereses. Sería toda una hazaña, hasta para los químicos más actualizados.

-Ya sé que parece... -dijo Joanna, frotándose la sien.

-Parece la idea de una mujer que, como muchas en nuestros días, y por buenas razones, mira a los hombres con profundo resentimiento y desconfianza -dijo la doctora Fancher-. Una mujer arrastrada en dos direcciones por exigencias conflictivas, más de lo que advierte, quizá; las

viejas convenciones, por un lado; por el otro, las nuevas convenciones de la mujer emancipada.

Joanna meneó la cabeza:

-¡Si usted pudiera representarse cómo son las mujeres de Stepford! Son actrices de comerciales televisados, todas. No, ni eso siquiera. Son... Son como... -Se adelantó hasta el borde del sillón-. Hubo un programa hace unas cuatro o cinco semanas. Mis chicos lo estaban viendo. Figuras de todos los presidentes, que se movían de un lado a otro, y adoptaban diferentes expresiones faciales. Abraham Lincoln estaba de pie, pronunciaba la Oración de Gettysburg: tenía tal apariencia de vida, que uno... -Se quedó sentada, tiesa.

La doctora Fancher aguardó un momento y movió la cabeza afirmativamente.

-En vez de imponer una mudanza inmediata a su familia -dijo-, creo que debería ensa...

-¡Disneylandia! -dijo Joanna-. Era un programa de *Disneylandia...*

-Lo sé -sonrió la doctora Fancher-. Mis nietos estuvieron allí el verano pasado, y me contaron que habían «conocido» a Lincoln.

Joanna volvió la cara, con los ojos muy abiertos.

-Creo que debería considerar un ensayo de terapia -aconsejó la doctora Fancher-, para identificar y aclarar sus sentimientos. Después podrá decidir la mudanza conveniente, a Eastbridge o de regreso a la ciudad; hasta podría ocurrir que Stepford le resultara menos opresivo.

Joanna la miró.

-¿Quiere pensarlo un día o dos, y luego llamarme? Estoy segura de que puedo ayudarla. El caso merece unas pocas horas de exploración, ¿no es cierto?

Joanna se quedó inmóvil un momento y movió la cabeza afirmativamente.

La doctora Fancher tomó del soporte un bolígrafo y escribió en un recetario.

Joanna la miró, se levantó y recogió su bolso del escritorio.

-Esto la ayudará, mientras tanto -dijo la doctora, escribiendo-. Es un tranquilizante suave. Puede tomar tres al día -arrancó la receta y se la ofreció, sonriente-. No harán que se sienta fascinada por el trabajo doméstico.

Joanna tomó la receta.

La psiquiatra se puso de pie:

-Estaré ausente la semana de Navidad, pero podemos empezar a partir del tres de enero. ¿Quiere llamarme el lunes o el martes y contestarme lo que haya decidido?

Asintió.

La doctora Fancher dijo, sonriendo:

-No es nada catastrófico. Estoy plenamente segura de que puedo ayudarla.

Le tendió la mano, y Joanna la estrechó y se fue.

Había mucho movimiento en la biblioteca. Miss Austrian dijo que estaban en el sótano. La puerta de la izquierda, el anaquel de más abajo. Volver a ponerlos en el mismo orden. No fumar. Apagar las luces al salir.

Bajó la estrecha escalera empinada, tocando con una mano la pared. No había pasamanos.

La puerta de la izquierda. Encontró el conmutador de la luz adentro. Una punzada de fluorescencia en los ojos; el olor del papel viejo; la trepidación de un motor, a saltos regulares.

La habitación era pequeña y de techo bajo. Paredes de revistas encasilladas rodeaban una mesa de biblioteca y cuatro sillas de cocina: metal cromado y plástico rojo.

Grandes volúmenes de encuademación oscura sobresalían del último anaquel, apilados de a seis horizontalmente, y daban toda la vuelta a la habitación.

Joanna dejó su bolso sobre la mesa, se quitó el abrigo y lo extendió encima de una silla.

Partió de cinco años antes, y empezó a recorrer hacia atrás las páginas del volumen semestral.

FUSIÓN DE DOS ASOCIACIONES. *La unión de la «Asociación Cívica de Stepford» y la «Asociación de Hombres» de Stepford, propuesta en su oportunidad, ha sido aceptada por los miembros de ambas organizaciones y tendrá efecto en unas semanas. Thomas C. Miller III y Dale Coba, sus respectivos presidentes...*

Pasó hacia atrás las páginas, a través de partidos de fútbol de la Pequeña Liga, nevadas copiosas, robos, colisiones, riñas banderizas entre estudiantes de diferentes escuelas.

EL «CLUB DE MUJERES» SUSPENDE SUS REUNIONES»

El «Club de Mujeres» de Stepford suspenderá sus reuniones bisemanales debido al declinante número de socias, según declaración de Mrs. Richard Okrey, que ejerce la presidencia del Club desde hace dos meses, por renuncia de la presidenta anterior, Mrs. Alan Hollingswort. «Se trata sólo de una suspensión temporaria», nos dijo Mrs. Okrey, en su casa de Fox Hallow Lane. «Estamos planeando una conscripción de socias en gran escala, para reanudar las reuniones a principios de la primavera.»

A otro con ese cuento, Mrs. Okrey.

Pasó hacia atrás las páginas, a través de anuncios de películas viejas y de comestibles a precios rebajados, a través del incendio en la iglesia metodista y la inauguración de la planta incineradora.

LA «ASOCIACIÓN DE HOMBRES» ADQUIERE LA PROPIEDAD TERHUNE. *Dale Coba, presidente de la...*

Una modificación en la ley de parcelación territorial, un asalto en la «CompuTech».

Dejó caer el volumen inmediato anterior sobre el que había recorrido, y lo abrió por el final.

LA «LIGA DE MUJERES SUFRAGISTAS» PODRÍA CERRARSE.

¿Y eso qué tiene de sorprendente?

A menos que se invierta el actual proceso de disminución en el número de miembros, la «Liga de Mujeres Sufragistas» de Stepford podría encontrarse obligada a cerrar sus puertas.

Así lo advierte la nueva presidenta de la Liga, Mrs. Theodore van Sant, de Fairview Lane.

¿Carol?

Más atrás, más atrás.

Una inundación había bajado, una inundación crecía.

LA «ASOCIACIÓN DE HOMBRES» REELIGE A COBA.

Dale Coba, de Anvil Road, fue elegido por aclamación para ejercer, durante un nuevo período de dos años, la presidencia de la próspera...

Hay que retroceder dos años, entonces.

Salteó tres volúmenes.

Un robo, un incendio, una feria de beneficencia, una novedad.

Con una mano separaba las hojas chasqueantes, con la otra las pasaba, de prisa, de prisa.

SE CONSTITUYE LA «ASOCIACIÓN DE HOMBRES».

Un pequeño grupo de residentes de Stepford (doce hombres), que reparó hace un año el granero abandonado de Switzer Lane para efectuar sus reuniones, ha fundado la «Asociación de Hombres», y anuncia que está abierta la inscripción para los que deseen formar parte de ella. Dale Coba, de Anvil Road, fue elegido presidente, y será secundado por Duane T. Anderson, de Switzer Lane, en el cargo de vicepresidente, y por Robert Summer Jr., de Gwendolyn Lane, en el de secretario-tesorero. Los fines que persigue la asociación son «estrictamente sociales, dice Dale Coba: póquer, conversación entre hombres, y una bolsa de información sobre hobbies y actividades manuales». La familia Coba parece singularmente dotada para iniciar empresas: Mrs. Coba fue una de las fundadoras del «Club

de Mujeres», del cual, no obstante, se ha retirado últimamente, como Mrs. Anderson y Mrs. Summer. Otros miembros de la «Asociación de Hombres» de Stepford son: Claude Axhelm, Peter J. Duwicki, Frank Ferretti, Steven Margolies, Ike Mazzard, Frank Roddenberry, James J. Scofield, Herbert Sundersen y Martin I. Weiner. Los hombres interesados en ulterior información, deben...

Salteó dos volúmenes más, y empezó a volver juntas las hojas de cada número, para buscar sólo las «Notas sobre nuevos residentes» en su correspondiente recuadro de la página dos.

...Mr. *Ferretti es ingeniero industrial, y trabaja en el laboratorio de desarrollo de sistemas de la «Compañía CompuTech».*

...Mr. Summer, que detenta numerosas patentes de tinturas y plásticos, se ha incorporado recientemente a la compañía americana de productos químicos «Willis», donde realiza investigaciones sobre polímeros vinílicos.

«Notas sobre Nuevos Residentes», «Notas sobre Nuevos Residentes»: a toda prisa, deteniéndose sólo cuando encontraba alguno de los nombres, saltando al final del artículo, diciéndose una y otra vez que tenía razón, que tenía razón.

...Mr. Duwicki, a quien sus amigos llaman Wick, está en el departamento de microcircuitaje de la «Compañía Instatron».

...Mr. Weiner trabaja en el departamento de grabación sonora de la «Compañía Instatron».

...Mr. Margolies trabaja para «Reed & Saunders», los fabricantes de dispositivos estabilizadores, cuya nueva planta de la Ruta Nueve entrará en actividad la semana próxima.

Volvió algunos volúmenes a su lugar, sacó otros y los dejó caer pesadamente sobre la mesa.

.. .Mr, Roddenberry es codirector del laboratorio de desarrollo de sistemas de la «Compañía CompuTech».

...Mr. Sundersen diseña prótesis ópticas para el «Instituto Óptico Ulitz».

Y por último lo encontró. Leyó el artículo completo.

Nuevos vecinos de Anvil Road son Mr. Dale Coba, con sus hijos Dale Jr. y Darren, de cuatro y seis años, respectivamente. La familia ha llegado de Anaheim, California, donde residió durante seis años. «Hasta ahora nos gusta esta región del país -dice Mrs. Coba-. No sé lo que sentiremos todos cuando llegue el invierno. No estamos acostumbrados al frío.»

Ambos esposos cursaron sus estudios en la U.C.L.A. y Mr. Coba hizo la práctica de posgraduado en el Instituto de Tecnología de California. En los seis últimos años trabajó en «audioanimatronica», en Disneylandia, ayudando a crear las figuras móviles y parlantes de los presidentes, sobre los cuales publicó un extenso artículo el Boletín Geográfico Nacional, *en su número de agosto. Sus hobbies son la caza y el piano. Mrs. Coba, licenciada en lenguas, dedica sus horas libres a traducir la novela clásica noruega* Las hijas del comandante.

El trabajo de Mr. Coba en nuestro medio probablemente será menos espectacular que en Disneylandia: se ha incorporado al departamento de investigación y desarrollo de la Microtécnica Burnham-Massey.

Se echó a reír como una boba.

¡Investigación y desarrollo! ¡Y *probablemente menos espectacular!*

Siguió riendo y riendo.

No podía parar.

No quería.

Seguía riendo como una boba, cuando se levantó de su asiento y miró una vez más esas «Notas sobre Nuevos Residentes», destacadas en recuadro. ¡PROBABLEMENTE *será menos espectacular!* ¡Dios del cielo!

Cerró el gran volumen oscuro, sin dejar de reír, lo recogió con otro que había al lado, y los mandó de un manotazo a su lugar en el último anaquel.

-¿Mrs. Eberhart? -era Miss Austrian, desde arriba-. Son las seis menos cinco. Vamos a cerrar.

- ¡Y... deje de reír, por amor de Dios!

-¡Ya acabé! -gritó-. Los estoy guardando.

-Asegúrese de que vuelve a colocarlos en el orden correcto.

-¡Bueno!

-Y apague las luces.

-¡Sí!

Guardó todos los volúmenes en el orden correcto, o casi.

-¡Santo Dios! -dijo, riéndose-. Probablemente.

Tomó su abrigo y su bolso, apagó las luces y subió, riendo, la escalera, en dirección a Miss Austrian, que se había asomado a mirarla. ¡Era explicable!

-¿Encontró lo que buscaba? -preguntó Miss Austrian.

-Sí, muchas gracias. Usted es una fuente de sabiduría, lo mismo que su biblioteca. Gracias. Buenas noches.

-Buenas noches -dijo Miss Austrian.

Cruzó a la farmacia, porque bien sabía Dios que necesitaba un tranquilizante. Iba a cerrar también; oscurecida a medias y vacía, salvo los Cornell. Entregó la receta a Mr. Cornell, que la leyó y dijo:

-Sí, puede tener esto en seguida. -Y pasó al interior.

Ella miró los peines de un escaparate, sonriendo. Un retintín de vidrios, a su espalda, la hizo volverse con un respingo.

Mrs. Cornell estaba parada frente a la pared, detrás del mostrador, fuera de la parte iluminada del local. Limpiaba algo con un trapo, limpiaba el anaquel de la pared, y colocaba encima, repitiendo el retintín de vidrios, lo que había limpiado. Era alta y rubia, larga de piernas y holgada de busto, bonita como..., digamos, como una muchacha de Ike Mazzard. Tomaba un objeto del anaquel, lo limpiaba, y limpiaba el anaquel, y ponía el objeto, y se repetía el retintín de vidrios; tomaba otro objeto, y...

- ¡Eh, hola! -dijo Joanna.

Ella volvió la cabeza y le sonrió.

-Hola, Mrs. Eberhart, ¿cómo está usted?

-Bien. Feliz y contenta. ¿Y usted?

-Muy bien, gracias -dijo Mrs. Cornell.

Limpió el objeto que tenía en la mano, limpió el anaquel, y puso el objeto encima, y se repitió el retintín de vidrios; y tomó otro objeto, lo limpió, y...

-Qué bien hace eso -observó Joanna.

-No es más que quitar el polvo -dijo Mrs. Cornell, limpiando el anaquel.

Una máquina de escribir tec-tec-tec-tecleó adentro.

-¿Conoce la oración de Gettysburg? -preguntó Joanna.

-Temo que no -dijo Mrs. Cornell, limpiando algo.

-Oh, vamos. Todo el mundo la conoce. «Ochenta y siete años atrás...»

-Sé esa parte, pero no lo que sigue. -Mrs. Cornell puso el objeto limpiado sobre el anaquel, repitiendo el retintín de vidrios, y tomó otro y lo limpió.

-Comprendo, es prescindible -dijo Joanna-. ¿Sabe «Estos cerditos fueron al mercado»?

-Por supuesto -dijo Mrs. Cornell, limpiando el anaquel.

-¿A cuenta? -preguntó en este punto Mr. Cornell.

Joanna se volvió.

El farmacéutico le tendió un frasquito tapado con una cápsula blanca.

-Sí -contestó, recibiendo el frasquito. Y añadió-: ¿Puede

darme un poco de agua? Querría tomar uno ahora.

Él asintió con la cabeza y volvió adentro.

Parada ahí, con el frasquito en la mano, empezó a temblar. Hubo un retintín de vidrios a su espalda. Desprendió la cápsula y pellizcó la mota de algodón. Debajo había unas pastillas blancas; hizo caer una en la palma de la otra mano, temblando todavía, hundió el algodón en el frasquito y apretó la cápsula. Hubo un retintín de vidrios a su espalda.

Mr. Cornell le llevó el agua en un vaso de papel.

-Gracias. -Se puso la pastilla sobre la lengua, bebió y tragó.

Mr. Cornell estaba escribiendo en un bloc. Su cráneo era una cosa pelada y blancuzca como un bicho de humedad -una babosa- con unos pocos pelos castaños pegoteados transversalmente. Joanna bebió el resto del agua, dejó el vaso y metió el frasco en el bolso. Hubo un retintín de vidrios a su espalda.

Mr. Cornell volvió el bloc hacia ella y le ofreció su bolígrafo, sonriendo. Era feo: de ojos chicos y mentón sumido.

Joanna tomó el bolígrafo y dijo, mientras firmaba el bloc:

-Tiene usted una esposa encantadora: bonita, servicial, sumisa a la voluntad de su amo y señor. Es un hombre de suerte.

Le tendió el bolígrafo, y Mr. Cornell lo tomó; su cara estaba sonrosada. Bajó los ojos Y dijo:

-Ya lo sé.

-En este pueblo abundan los hombres de suerte -añadió Joanna-. Buenas noches.

-Buenas noches -dijo Mr. Cornell.

-Buenas noches -coreó su mujer-. Vuelva pronto.

Salió a la calle, iluminada de Navidad. Pasaba alguno que otro coche, con ruido de chorro.

Las ventanas de la «Asociación de Hombres» estaban encendidas, como las de todas las casas, escalonadas más allá, pendiente arriba. El rojo, el verde y el naranja hacían guiños desde algunas. Inhaló profundamente el aire de la noche, franqueó un banco de nieve afirmándose en las botas, y atravesó la calle.

Caminó hasta el pesebre inundado de luz y se paró a mirar: María, José y el Niño; los corderos y las cabras alrededor. Todo tenía apariencia de realidad, y, sin embargo, resultaba un poquito disneylesco.

-¿También ustedes hablan? -preguntó a María y a José.

No hubo respuesta; siguieron sonriendo, y nada más.

Permaneció allí un momento -ya no temblaba- y se encaminó de nuevo hacia la biblioteca.

Entró en el auto, puso en marcha el motor y encendió los faros; tomó el medio de la calle, dio marcha atrás, aceleró, pasó delante del pesebre y enfiló cuesta arriba.

La puerta se abrió cuando iba llegando por el senderito de la entrada, y Walter preguntó:

-¿Dónde estuviste?

Joanna se sacudió las botas contra el umbral.

-En la biblioteca.

-¿Por qué no llamaste? Pensé que habías tenido un accidente. Con esta nieve...

-Los caminos están despejados -dijo Joanna, restregando las suelas contra el felpudo.

- ¡Deberías haber llamado, por Dios! Son más de las seis.

Ella entró y Walter cerró la puerta.

Dejó su bolso sobre la silla y empezó a quitarse los guantes.

-¿Qué tal la doctora? -preguntó Walter.

-Muy agradable. Comprensiva.

-¿Y qué dijo?

Ella se metió los guantes en los bolsillos y empezó a desabrocharse el abrigo.

-Piensa que necesito un poco de terapia -contestó-. Para sacar a luz mis sentimientos, antes de mudarnos. Estoy «arrastrada en dos direcciones por exigencias conflictivas». -Se quitó el abrigo.

-Bueno, a mí me parece un consejo bastante sensato. ¿Y a ti?

Ella miró el abrigo, que sujetaba por el forro del cuello, y lo dejó caer encima del bolso y de la silla. Tenía las manos frías; se las frotó, palma contra palma, mirándolas.

Miró a Walter, que la vigilaba atentamente y había ladeado la cabeza. La barba le enarenaba las mejillas y le sombreaba el surco del mentón. Tenía la cara más redonda de lo que ella hubiera creído -estaba engordando- y debajo de sus ojos maravillosamente azules, la piel había empezado a formar bolsas. ¿Cuántos años tenía ahora? Iba a cumplir cuarenta el tres de marzo.

-A mí me parece un error -dijo por fin-. Un tremendo error. -Bajó los brazos y se palmeó los costados-. Me voy con Pete y Kim a la ciudad -añadió-, a casa de Shep y...

-¿Para qué?

-...Silvia, o a un hotel. Te llamaré dentro de uno o dos días, o te haré llamar por alguien. Otro abogado.

Walter la miró fijamente:

-¿De qué estás hablando?

-Lo sé todo -dijo Joanna-. Estuve leyendo números viejos de la Crónica. Sé lo que Dale Coba hacía antes, y sé lo que está haciendo ahora. Él y esos otros... genios de «CompuTech» y de «Instatron».

Walter, que la miraba fijamente, parpadeó:

-No sé de qué estás hablando.

-¡Oh, acaba con eso!

Joanna le volvió la espalda, fue por el pasillo a la cocina y encendió las luces. La abertura que daba al comedor de diario mostró oscuridad. Se volvió: Walter estaba en la puerta.

-No tengo la más remota idea de lo que estás hablando -dijo.

Ella pasó de largo a su lado.

-Déjate de mentir. No haces más que mentirme desde que tomé la primera fotografía.

Giró sobre sí misma, se abalanzó a la escalera y empezó a subir, gritando:

-¡Pete! ¡Kim!

-No están aquí.

Lo vio llegar del pasillo por encima del pasamanos.

-Como no llegabas, juzgué prudente sacarlos de casa esta noche. Por si hubiera ocurrido algo mala.

Ella se volvió: y lo miró desde arriba:

-¿Dónde están?

-Con amigos. Están perfectamente.

-¿ Cuáles amigos?

Walter dobló y llegó al pie de la escalera.

-Están perfectamente -repitió.

Ella giró hasta tenerlo de frente; encontró el pasamanos y lo aferró.

-Nuestro fin de semana solos, ¿eh?

-Creo que deberías tumbarte un rato-dijo Walter.

Apoyó una mano en la pared y la otra en la barandilla, y prosiguió:

-Estás desvariando, Joanna. ¡Y luego Diz! ¿Qué pinta Diz en el asunto? Y eso de que yo no he hecho más que mentirte, como acabas de decir...

-¿Qué pasó? ¿Ordenaste que adelantara la entrega? ¿Por eso estaban todos tan ocupados esta semana? ¡Juguetes de Navidad!, ése es el espantapájaros. ¿Y tú qué estabas

haciendo, probando las medidas?

-Francamente, no entiendo de qué estás. .

-El autómata -dijo Joanna. Se inclinó hacia él sosteniéndose del pasamanos-. ¡El robot! Oh, ya veo: el fiscal se sorprende ante un nuevo alegato. Te estás desperdiciando en fideicomisos y herencias; el lugar que te corresponde es una sala de justicia. ¿Y cuánto cuesta? ¿Quieres decírmelo? ¿Cuánto se paga corrientemente por una esposa de cocina con mucha pechuga y ninguna exigencia? ¡Un dineral, supongo! ¿O las fabrican baratas en la «Asociación de Hombres» por puro espíritu de camaradería? ¿Y adonde van a parar las verdaderas, al incinerador? ¿A la laguna de Stepford?.

Walter la miró, sin moverse: una mano en la pared, la otra sobre la barandilla.

-Sube y acuéstate -dijo. -Voy a salir.

Él sacudió la cabeza:

-No. No, mientras estés hablando de esa forma. Sube y descansa.

Joanna bajó un escalón:

-No pienso quedarme aquí para...

-No vas a salir. Ahora sube y descansa. Cuando te hayas calmado, los dos... trataremos de conversar razonablemente.

Ella lo miró, parado ahí, bloqueando la escalera; miró su abrigo sobre la silla..., se volvió y subió rápidamente. Entró en el dormitorio, cerró la puerta con llave, encendió las luces.

Fue a la cómoda, tiró de un cajón y sacó un grueso suéter blanco. Lo desdobló con una sacudida, metió los brazos y los embutió en las mangas. Tiró del cuello alto hacia abajo, por encima de la cabeza, se juntó el pelo y lo dejó en libertad.

La puerta fue probada desde el otro lado; resistió y recibió unas palmadas.

-¿Joanna?

- ¡Lárgate! -dijo, mientras se bajaba el suéter alrededor del cuerpo-. Estoy descansando. Me dijiste que descansara.

-Déjame entrar un minuto.

Ella se quedó vigilando la puerta, sin hablar.

-Joanna, quita la llave.

-Después. Quiero estar sola un rato.

Se quedó inmóvil, vigilando la puerta.

-Muy bien. Después.

Parada, escuchó... el silencio..., volvió a la cómoda y

deslizó suavemente el cajón superior. Hurgó hasta encontrar un par de guantes blancos; se los puso, los ajustó; sacó una larga bufanda a rayas y se la enlazó al cuello.

Fue a la puerta, tendió el oído, apagó las luces.

Fue a la ventana y alzó la cortina. Brilló la luz del senderito. El *living* de los Claybrook estaba iluminado pero vacío; las ventanas del piso alto, oscuras.

Alzó el marco de la ventana sigilosamente. La contraventana de tormenta estaba detrás.

Se había olvidado de la maldita.

Empujó contra la parte inferior; estaba apretada, no se movería. La golpeó con el canto del puño enguantado primero, y empujó nuevamente con las dos manos. Cedió unas pulgadas hacia afuera y hacia arriba, y no cedería más. Las abrazaderas metálicas de los lados estaban abiertas hasta el límite posible; habría tenido que desclavarlas del marco.

Abajo, un abanico de luz se desplegó sobre la nieve.

Walter estaba en el escritorio.

Joanna se irguió, inmóvil, y escuchó. Un ruidito dentado venía de atrás, desde el teléfono de la mesa de noche. Una y otra vez: largo-corto-largo.

Estaba marcando un número en el teléfono del escritorio.

Llamando a Dale Coba para informarle que ella estaba allí.

Procedan de acuerdo con instrucciones. Todos los sistemas en marcha.

De puntillas, despacio, se dirigió a la puerta, escuchó, hizo girar la llave, y la entornó apenas, manteniendo una mano contra la cara interior. El rifle del «Star Trek» de Pete estaba tirado a la entrada de su cuarto. La voz de Walter sonó débilmente.

Joanna se encaminó de puntillas a la escalera, y empezó a bajar despacio y en silencio, pegada a la pared, mirando a través de los barrotes del pasamanos, hacia el rincón donde se abría el arco del escritorio.

…no creo que pueda conducirla yo mismo…

Tienes razón de sobra, abogado, no puedes.

Pero la silla junto a la puerta de entrada estaba vacía; su abrigo y su bolso (con las llaves del auto y la billetera) habían desaparecido. De cualquier modo, era mejor esto que salir por la ventana.

Siguió bajando hasta el *hall.* Walter acabó de hablar y se quedó en silencio. ¿Le convendría buscar su bolso?

Pero lo oyó moverse en el escritorio: corrió, agachada, al

living y se pegó a la pared.

Los pasos de Walter entraron en el *hall,* se acercaron a la puerta del frente, se detuvieron.

Ella contuvo el aliento.

Una cadena de silbidos breves -su musiquilla habitual de vamos-a-ver, cuando acometía planes de importancia: colocar las contraventanas de tormenta, armar un triciclo... (¿matar una esposa? ¿O Coba, el cazador, prestaba ese servicio?). Cerró los ojos y procuró no pensar, temerosa de que sus pensamientos alertaran de algún modo a Walter.

Los pasos subieron la escalera, lentamente. Abrió los ojos y soltó el aliento poco a poco, aguardando, mientras los pasos se alejaban escalera arriba. Después, cruzó el *living,* de prisa y sigilosamente, sorteando los sillones y la mesa de la lámpara; quitó la llave de la puerta que daba al parque y la abrió: descorrió el pestillo de la contrapuerta de tormenta, y la empujó contra un zócalo de nieve acumulada.

Se escabulló fuera y echó a correr sobre la nieve; corrió y corrió, con el corazón palpitante, corrió hacia la sombra de árboles oscuros, sobre la nieve surcada por huellas de patines, marcada por las botas de Pete y Kim. Corrió, corrió y se aferró a un tronco; giró alrededor para tomar impulso y siguió corriendo tropezando; agarrándose a tientas de un tronco, a través de árboles y árboles oscuros. Corrió, tropezó y se aferró a los troncos manteniéndose siempre en el centro del largó cinturón de árboles que separaba las casas de Fairview Lane de las casas de Harvest.

Tenía que llegar a casa de Ruthanne. Ella le prestaría dinero y un abrigo, le permitiría llamar un taxi de Eastbridge, o tal vez a alguien de la ciudad -Shep, Doris, Andreas-, alguien que tuviera coche y quisiera ir a buscarla.

Pete y Kim debían estar perfectamente; *necesitaba* creerlo. Estarían bien, hasta que ella llegara a la ciudad y hablara con la gente, hablara con un abogado; y consiguiera sacárselos a Walter. Probablemente iban a estar cuidados a las mil maravillas por Bobbie o Carol, o Mary Ann Stavros..., mejor dicho, por las cosas llamadas con esos nombres.

Y había que poner sobre aviso a Ruthanne; quizá pudieran irse juntas, aunque ella todavía tenía tiempo.

Llegó al final del cinturón de árboles, se cercioró de que no se acercaban coches, y atravesó a la carrera Winter Hill Drive. Una hilera de abetos almohadillados de nieve bordeaba el camino por ese lado: echó a andar apresuradamente a lo largo de ella, detrás de los árboles, con los brazos cruzados sobre el pecho, y las manos, mal protegidas por los guantes finos, bajo las axilas.

Gwendolyn Lane, donde vivía Ruthanne, quedaba en alguna parte cerca de Short Ridge Hill, más allá de la casa de Bobbie; llegar hasta allí le llevaría casi una hora. Probablemente más, con toda la nieve que había en el suelo, y en la oscuridad de la noche. Y no se atrevía a hacer una seña a cualquier auto que pasara, porque podía ser Walter, y ella no lo sabría hasta que fuera demasiado tarde.

No sólo Walter, advirtió de pronto. Todos debían haber salido en su persecución, y seguramente estarían controlando las carreteras con linternas y faros. ¿Cómo iban a permitir que se les escapara y luego contara el cuento? Cualquier hombre era una amenaza; cualquier auto, un peligro. Tendría que comprobar que el marido de Ruthanne no estaba ahí, antes de tocar el timbre: mirar por las ventanas, y asegurarse.

Oh, Dios, ¿podría escapar? Ninguna de las otras había podido. Pero tal vez ninguna lo hubiera intentado. No lo había intentado Bobbie, ni Charmaine. Tal vez ella era la primera en descubrir las cosas a tiempo. Si todavía era tiempo...

Dejó Winter Hill, y siguió andando apresuradamente por Talcott Lane.

Delante brillaron faros, y un coche dobló desde un camino lateral, y avanzó por la mano opuesta. Joanna se acurrucó junto a otro auto estacionado, se congeló; una ola de luz pasó por debajo de ella, y el coche siguió de largo. Permaneció quieta, mirando: andaba lentamente y -no cabía duda- el rayo de una linterna se proyectaba desde su interior, y recorría con una viva claridad tambaleante los frentes de las casas y los canteros de nieve.

Se alejó de prisa, camino abajo, junto a las casas silenciosas con ventanas iluminadas de Navidad y puertas guarnecidas de luces navideñas. Al final de Talcott, se extendía la carretera de Old Norwood, y desde allí tomaría por Chimmey o por Hunnicut.

Cerca, ladraba un perro; ladró furiosamente; pero el ladrido se fue apagando a su espalda, a medida que aceleraba el paso hacia delante.

Una rama caída apoyaba su brazo negro sobre la nieve pisoteada; le plantó la bota encima, la partió por la mitad y siguió caminando rápidamente, con media rama húmeda y fría apretada en la mano, a través del guante fino.

Una linterna fulguró en Pine Tree Lane. Joanna echó a correr en medio de dos casas; corrió sobre nieve hacia la cúpula de nieve de un arbusto; se acurrucó detrás, jadeante, y apretó más la rama en la mano dolorida de frío.

Se asomó a mirar... los fondos de las casas con sus ventanas encendidas. Desde el tejado de una, un reguero de chispas rojas subió y danzó en el aire, para morir entre las

estrellas.

El haz de la linterna se acercaba, oscilando entre las dos casas, y ella volvió a encogerse detrás del arbusto. Se friccionó una rodilla cubierta por la media, y abrigó la otra con el hueco del codo.

Una pálida claridad osciló hacia ella, por encima de la nieve, y puntos de luz se deslizaron por encima de su falda y de su mano enguantada.

Aguardó, aguardó más tiempo y se asomó.

Una oscura silueta de hombre se alejaba en medio de las casas, por una franja de nieve iluminada.

Aguardó a que el hombre hubiera desaparecido, y se encaminó de prisa a la calle próxima. ¿Hickory Lane? ¿Switzer? No estaba segura, pero las dos conducían a Short Ridge Road.

Tenía los pies entumecidos a pesar del forro de piel de las botas.

Una luz brilló, cegadora, y Joanna se volvió y hecho a correr. Una luz, enfrente, se balanceó hacia ella, y la eludió corriendo a una calle lateral, corrió cuesta arriba por una calzada despejada; pasó al costado de un garaje, y siguió corriendo cuesta abajo, por una larga pendiente de nieve. Resbaló y cayó; se arrastró gateando hasta ponerse de pie, sin soltar la rama -las luces se bamboleaban hacia ella- y corrió sobre la nieve llana. Una luz se abalanzó hacia ella. Se volvió: no había más que una llanura de nieve, sin ningún escondrijo; y se volvió de nuevo, y permaneció inmóvil en el mismo lugar, jadeando. « ¡Váyanse! », gritó a las luces que la acorralaban, oscilantes, dos a un lado, una al otro lado. Esgrimió la rama: « ¡Váyanse! »

Los haces de las linternas se balancearon, se movieron más despacio y se concentraron sobre ella, con una irradiación cegadora.

- ¡Váyanse! -gritó Joanna, cubriéndose los ojos.

La luz se atenuó.

-Apáguenlas. No vamos a hacerle daño, Mrs. Eberhart -dijo una voz.

-No tenga miedo, somos amigos de Walter -dijo otra.

La luz se apagó; ella bajó la mano.

-Y amigos suyos, también. Yo soy Frank Roddenberry. Usted me conoce.

-Tranquilícese. Nadie va a hacerle ningún daño -dijo alguien.

Sombras más oscuras que la oscuridad se erguían ante ella.

-No se acerquen -dijo Joanna, levantando más la rama.

-No necesita eso.

-No vamos a hacerle daño.

-¡Entonces, váyanse!

-Todo el mundo ha salido a buscarla -dijo Frank Roddenberry-. Walter está realmente preocupado.

-De eso no me cabe duda.

Estaban parados frente a ella, a unos cuatro o cinco metros: eran tres hombres.

-No debería andar corriendo por la calle así, desabrigada -dijo uno de ellos.

-¡Váyanse!

-Deje eso. Nadie va a hacerle daño -dijo Frank.

-Mrs. Eberhart, estuve hablando por teléfono con Walter no hace ni cinco minutos. -Era el hombre del medio-. Sabemos esa idea que se le ha metido. Está equivocada, Mrs. Eberhart. Créame, no hay nada de eso.

-Nadie está fabricando robots -dijo Frank.

-Usted debe pensar que somos muchísimo más inteligentes de lo que somos en realidad -intervino el hombre del medio-. ¿Robots capaces de manejar autos? ¿Y cocinar? ¿Y hacer las trenzas de las chicas?

-¿Y tan parecidos a mujeres reales que los chicos no se den cuenta? -dijo el tercer hombre. Era bajo y corpulento.

-Debe creer que somos una comunidad de genios -dijo el hombre del medio-. Créame, no lo somos.

-Ustedes son los hombres que nos llevaron a la Luna -arguyó Joanna.

-¿Quién hizo eso? -dijo el hombre-. Yo no. Frank, ¿tú llevaste a alguien a la Luna? ¿Y tú, Bernie?

-Yo no -dijo Frank.

El hombre bajo se hecho a reír.

-Yo tampoco, Win -dijo-. A menos que lo haya olvidado.

-Creo que nos confunde con otros tipos -dijo el hombre del medio-. Leonardo da Vinci y Albert Einstein, quizá.

- ¡Caray! No queremos robots por esposas -dijo el hombre bajo-. Queremos mujeres de carne y hueso.

-Váyanse y déjenme seguir mi camino.

Se quedaron allí, más oscuros que la oscuridad.

-Joanna -empezó Frank-. Si usted estuviera en lo cierto, y fuéramos capaces de fabricar robots tan fantásticos y con tal apariencia de vida, ¿no cree que lo explotaríamos de algún modo?

-Efectivamente -aprobó el hombre del medio-. Con un

invento así podríamos ganar una fortuna.

-Tal vez lo hagan más adelante -dijo Joanna-. Tal vez esto no sea más que el principio.

-¡Oh, Señor! Usted tiene una respuesta lista para todo -dijo el hombre-. Debería haber sido usted el abogado, no Walter.

Frank y el tipo se rieron. -Vamos, Joanna -dijo Frank-, deje ya ese p-palo, o lo que sea, y...

-¡Váyanse y déjenme seguir mi camino!

-No podemos -dijo el hombre del medio-. Pescará una pulmonía, o la atropellará un auto.

-Voy a ir a casa de una amiga. Estaré bajo techo en unos minutos. Lo estaría ahora mismo, si ustedes no hubieran... ¡Oh, Dios! -Bajó la rama y se friccionó el brazo; se frotó los ojos y la frente, tiritando.

-¿Nos permitirá probarle que está en un error? -dijo el hombre del medio-. Después la llevaremos a su hogar, y podrá tener asistencia médica si la necesita.

Ella miró la silueta oscura.

-¿Probármelo?

-Pasaremos antes por la casa... Me refiero a la casa de la «Asociación de Hombres».

-¡Oh, no!

-¡Aguarde un segundo! ¡Déjeme hablar, por favor! La llevaremos a la casa y podrá registrarla de punta a punta. Estoy seguro de que nadie se opondrá, dadas las circunstancias. Y verá que allí...

-No voy a poner un pie en...

-Verá que allí no hay ninguna fábrica de robots. Hay un bar, una sala de juego y algunas habitaciones más, eso es todo. Hay un proyector de cine y unas cuantas películas muy censuradas: ahí tiene nuestro gran secreto.

-Y las máquinas tragaperras -añadió el tipo bajo.

-Sí. Adquirimos unas máquinas tragaperras.

-No pondré un pie allí sin una guardia armada -dijo Joanna-. De militares mujeres.

-Haremos salir a todo el mundo -dijo Frank-. Tendrá toda la sede p-para usted sola.

-No quiero ir.

-Mrs. Eberhart -dijo el hombre del medio-. Estamos procurando tratarla con toda la cortesía imaginable, pero el tiempo que podemos pasar aquí parlamentando tiene un límite.

-Espera un minuto -dijo el tipo bajo-. Se me ocurre una idea. Supongamos que una de esas mujeres que usted cree

robots, se hiciera un tajo en el dedo, y sangrara. ¿Bastaría eso para convencerla de que es una persona real? ¿O diría que fabricamos robots con sangre debajo de la piel?

-Bernie, por el amor de Dios. . -dijo el hombre del medio.

Y Frank añadió:

-No puedes... pedirle a alguien que se corte el dedo, sólo para...

-¿Quieren dejar que ella conteste la pregunta, por favor? ¿Y bien, Mrs. Eberhart? ¿La convencería esto? ¿Si se cortan un dedo y sangrara?

-Bernie...

- ¡Maldición!, déjenla contestar a ella.

Joanna se quedó mirándolo, azorada, y asintió con la cabeza.

-Si sangrara, yo... pensaría que es... real.

-No vamos a pedirle a nadie que se haga un tajo. Iremos a...

-Bobbie se prestaría -dijo Joanna-. Si es realmente Bobbie. Es mi amiga. Hablo de Bobbie Markowe.

-¿Vive en Fox Hollow Lane? -preguntó el hombre bajo.

-Sí.

-¿Ven? -dijo el hombre-. A dos pasos de aquí. Piensen un segundo, ¿quieren? Evitamos todo el viaje hasta el Centro, y no obligamos a Mrs. Eberhart a ir adonde no desea ir...

Nadie dijo nada.

-Supongo que no es... una mala idea -admitió Frank, después de un momento-. Podríamos hablar a Mrs. Markowe...

-No sangrará -dijo Joanna.

-Sangrará -afirmó el hombre del medio-. Y entonces usted se dará cuenta de que está equivocada, y permitirá que la llevemos a su casa y a Walter, sin más discusión.

-Si sangra, sí.

-De acuerdo -concluyó el hombre-. Tú, Frank, corre a casa de Mrs. Markowe, ve si está, y explícale las cosas. Voy a dejar mi linterna aquí en el suelo, Mrs. Eberhart. Bernie y yo nos adelantaremos un poco, y usted la recoge y nos sigue a la distancia que le resulte tranquilizadora. Pero mantengámonos enfocados con el haz de la linterna, para que sepamos que no se ha ido. Voy a dejarle mi chaquetón, además. Póngaselo. Oigo castañetear sus dientes.

Estaba equivocada, lo sabía. Equivocada, aterida, húmeda, muerta de cansancio y de hambre, arrastrada en dieciocho direcciones por exigencias conflictivas, entre ellas la de hacer pis.

Si fueran asesinos, la habrían matado entonces. La rama no habría detenido a tres hombres contra una mujer sola.

Alzó la rama y la miró, mientras caminaba lentamente, con los pies doloridos. La dejó caer. Tenía el guante húmedo y sucio, y los dedos helados. Se los restregó y metió la mano bajo la otra axila. La linterna era larga y pesada: la mantuvo tan firme como pudo.

Los hombres caminaban delante, a pasos cortos. El bajo llevaba chaqueta marrón y gorra de cuero rojo; el alto, camisa verde y pantalones tostados, metidos en las botas oscuras. Tenía el pelo de un rubio rojizo.

Su chaquetón de badana reposaba, tibio sobre los hombros de Joanna, envolviéndola en un olor fuerte y saludable; olor a animal, a vida.

Bobbie iba a sangrar. Era pura coincidencia que Dale Coba hubiera trabajado en robots para Disneylandia, y que Claude Axhelm se las echara de Henry Higgins, que Ike Mazzard dibujara sus croquis halagüeños. Coincidencia que ella se hubiera ofuscado hasta..., hasta la locura. Sí, locura. («No es catastrófico -había dicho la doctora Fancher sonriendo-. Estoy segura de poder ayudarla.»)

Bobbie iba a sangrar, y ella volvería a su casa y entraría en calor.

¿A su casa, con Walter?

¿Cuándo había empezado a desconfiar de él, a sentir que nada los unía? ¿De cuál de los dos era la culpa?

Se le había puesto la cara más redonda. ¿Por qué no lo había advertido hasta hoy? ¿Había estado demasiado ocupada tomando fotografías, trabajando en el cuarto oscuro?

Llamaría a la doctora Fancher el lunes, iría a tenderse en el diván de cuero marrón; lloraría un poco, probablemente, y procuraría llegar a ser feliz.

Los hombres aguardaban en la esquina de Fox Hollow Lane.

Se obligó a caminar más de prisa.

Frank estaba esperando en la puerta iluminada de Bobbie. Los hombres conversaron con él y se volvieron a Joanna que avanzaba lentamente por el senderito.

Frank sonrió:

-Dice que sí, que lo hará con gusto si eso representa un alivio para usted.

Joanna entregó la linterna al hombre de la camisa verde. Su cara, ancha y curtida tenía una expresión enérgica; le sacó de los hombros su chaquetón y dijo:

-Nosotros esperaremos aquí.

-No es necesario que ella se...

-Sí, lo es. Ande, o volverá a empezar con sus cavilaciones.

Frank salió al umbral y anunció:

-Está en la cocina.

Joanna entró en la casa, y se sintió inmediatamente envuelta en su tibieza. Una música de rock trompeteó y aporreó desde el piso alto.

Recorrió el pasillo, flexionando las manos doloridas.

Bobbie estaba esperando, parada en la cocina; vestía pantalones rojos y delantal con una enorme margarita aplicada.

-Hola, Joanna -dijo, sonriendo.

Una Bobbie acicalada y pechugona. Pero no un robot.

-Hola -dijo Joanna. Se aferró a la jamba de la puerta, se reclinó y apoyó la cabeza.

-Lamento saber que estás en semejante estado.

-Lamento estar en él.

-No me importa cortarme un poco el dedo si eso va a sosegar tu mente.

Bobbie se dirigió a una alacena. Su andar era suave, parejo, gracioso. Abrió un cajón.

-Bobbie... -dijo Joanna. Cerró un momento los ojos, y los abrió de nuevo-. ¿Eres realmente Bobbie?

-Por supuesto que sí -dijo Bobbie con una cuchilla en la mano. Fue hasta el fregadero y añadió-: Acércate. Desde ahí. no puedes ver.

La música de rock atronó.

-¿Qué pasa arriba? -preguntó Joanna.

-No sé. Dave tiene allí a los chicos. Acércate. No puedes ver.

La cuchilla era grande y de hoja puntiaguda.

-Te vas a amputar la mano con esa cosa -dijo Joanna.

-Tendré cuidado -sonrió Bobbie-. Acércate. -Y le hizo una seña, empuñando la cuchilla.

Joanna enderezó la cabeza y soltó la mano de la jamba. Entró en la cocina, tan inmaculada, tan reluciente, tan poco de Bobbie.

Se paró de pronto. «La música es por si grito -pensó-. Ella no va a cortarse el dedo: va a...

-Acércate -dijo Bobbie, de pie junto al fregadero, haciéndole señas y empuñando la cuchilla de hoja puntiaguda.

Nada catastrófico, doctora Fancher, ¿eh? ¿Pensar que son

robots...? ¿Pensar que Bobbie sea capaz de matarme...? ¿Está segura de que me puede ayudar?

-No es necesario que lo hagas -dijo a Bobbie.

-Sosegará tu mente.

-Voy a ver a una psicoanalista en los primeros días del año. £50 es lo que sosegará mi mente. Así lo espero, por lo menos.

-Acércate -dijo Bobbie-. Los hombres aguardan.

Joanna se adelantó hacia Bobbie, que estaba de pie junto al fregadero, cuchilla en mano, con un aspecto tal de realidad -la piel, los ojos, el pelo, las manos, el movimiento acompasado del seno bajo el delantal- que no podía ser un robot, sencillamente no podía serlo, y se acabó el asunto.

Los hombres estaban parados en el umbral, exhalando vapor, con las manos hundidas en los bolsillos. Frank zarandeaba las caderas al compás de la estrepitosa música de rock.

-¿Qué puede llevar tanto tiempo? -dijo Bernie.

Wynn y Frank se encogieron de hombros.

La música de rock atronó.

-Voy a llamar a Walter para informarle que la encontramos -dijo Wynn. Y entró en la casa.

- ¡Consigue las llaves del coche de Dave! -le gritó Frank.

CAPÍTULO TERCERO

La plaza de estacionamiento del supermercado estaba completamente llena, pero encontró un lugar conveniente para aparcar, cerca de la entrada; esto, sumado al calorcito del sol y al olor dulce y húmedo del aire cuando bajó del coche, hizo que se sintiera menos fastidiada de haber tenido que salir de compras. Un poco menos fastidiada, en el peor de los casos.

Miss Austrian venía hacia ella, cojeando y bastoneando, desde la entrada del supermercado, con una bolsita de papel en la mano y -no podía creerlo- una sonrisa amistosa en su pálida cara de Reina de Corazón. ¿Le estaba dedicada a ella esa sonrisa?

-Buenos días, Mrs. Hendry -dijo Miss Austrian.

¡Qué les parece! Resulta que el negro es un color tolerable.

-Buenos días -contestó.

-Por cierto que marzo se está despidiendo como un corderito, ¿verdad?

-Sí. Y eso que prometía ser un león de dos cabezas.

Miss Austrian se detuvo y se quedó mirándola.

-Hace meses que no la vemos por la biblioteca -dijo-. Espero que no nos haya abandonado por la televisión.

-Oh, no, jamás. Estuve trabajando -contestó con una sonrisa.

-¿En un nuevo libro?

-Sí.

-Qué bien. Avíseme cuando esté a punto de publicarse. Encargaremos un ejemplar.

-No dejaré de hacerlo. Y pronto iré por allí. Ya casi he terminado con él.

-Que pase un buen día -dijo Miss Austrian, sonriendo, y se puso en marcha con su bastón.

-Gracias, usted lo mismo.

Bueno, ya había una venta.

Tal vez ella había sido demasiado susceptible. Tal vez Miss Austrian se mostrara fría con todo el mundo, aun con los blancos, hasta que llevaban unos meses de residencia.

Traspuso las puertas automáticas del supermercado y encontró un carrito vacío. Los pasillos presentaban el desfile habitual de los sábados a la mañana.

Circuló rápidamente, tomando lo que necesitaba, maniobrando el carrito dentro, fuera y alrededor. « ¡Permiso! ¡Permiso, por favor! » Todavía la irritaba la forma en que hacían sus compras estas mujeres, deslizándose lánguidamente, como si no sudaran nunca. ¿Hasta qué

punto podía ser blanca la gente? ¡Si hasta llenaban sus carritos así! Ella podía comprar todo el supermercado, en el tiempo que les llevaba un solo pasillo.

Joanna Eberhart se acercaba, despampanante con su abrigo celeste, de cinturón ajustado. Tenía una figura extraordinaria, y estaba más bonita de lo que Ruthanne recordaba, con el pelo oscuro y sedoso peinado hacia atrás en graciosas ondas esponjadas. Avanzaba lentamente mirando los estantes.

-Hola, Joanna -saludó Ruthanne.

Ella se detuvo y la miró, con ojos castaños de tupidas pestañas.

-Ruthanne. Hola -dijo, y sonrió-. ¿Cómo está?

Un rojo vivo realzaba la curva de sus labios: un rosa pálido, su cutis perfecto.

-Yo, bien -contestó Ruthanne, sonriendo-. A usted no necesito preguntarle cómo está: se la ve esplendorosa.

-Gracias. He estado cuidando más de mi persona últimamente.

-Salta a la vista.

-Perdone que no la haya llamado.

-Oh, no se preocupe.

Ruthanne colocó de un tirón su carrito frente al de Joanna, para que la gente pudiera circular junto a ellas.

-Tenía la intención -prosiguió Joanna-. Pero hay tanto que hacer en la casa. Usted sabe.

-No se preocupe -repitió Ruthanne-. Yo estuve muy atareada también. Ya casi he terminado mi libro. Me falta sólo una ilustración principal y unas pocas chicas.

-felicitaciones.

-Gracias. Y usted, ¿en qué ha andado? ¿Ha tomado algunas fotos interesantes?

-Oh, no. Ya no me dedico mucho a la fotografía.

-¿No?

-No. No estaba particularmente dotada, y me hacía perder un tiempo precioso, al que en realidad puedo dar mejor empleo.

Ruthanne la miró.

-La llamaré pronto, en cuanto consiga poner al día las cosas -dijo Joanna, sonriendo.

-¿A qué se ha dedicado, entonces, fuera del trabajo de la casa? -preguntó Ruthanne.

-A nada más, realmente. Los quehaceres domésticos me bastan. Antes me creía obligada a tener otros intereses,

pero ahora estoy más conforme conmigo misma. Soy más feliz, además, y mi familia también. Eso es lo que cuenta, ¿no?

-Sí, supongo que sí -dijo Ruthanne.

Bajó la vista a los dos carritos: el suyo, lleno con un montón de cosas; el de Joanna, prolijamente arreglado. Apartó de un tirón el suyo, para dar paso a Joanna.

-Tal vez podamos combinar ese almuerzo -dijo, mirándola-. Ahora que voy a terminar el libro.

-Tal vez podamos -dijo Joanna-. Ha sido un gusto verla.

-Lo mismo digo.

Joanna echó a andar, sonriente... y se detuvo, tomó una lata de un estante, la examinó y la colocó en su carrito. Se alejó por el pasillo del supermercado.

Ruthanne se quedó observándola; se volvió y siguió en dirección opuesta.

No conseguía aplicarse al trabajo. Iba y venía por el cuarto, que le resultaba estrecho; miraba por la ventana a Chickie y a Sara, jugando con las chicas Cohane; repasaba la pila de dibujos terminados, y no los encontraba tan hábiles y divertidos como había pensado.

Cuando por fin empezó a ocuparse de Penny, al volante de la Bertha P. Moran, eran prácticamente las cinco.

Bajó al escritorio.

Royal estaba sentado, leyendo Hombres en grupos, apoyados sobre un cojín los pies en calcetines azules. Alzó los ojos y le preguntó:

-¿Listo?

Se había arreglado la montura de las gafas con cinta adhesiva.

-No, caray, en este momento arrancaba -dijo Ruthanne.

-¿Qué te pasó?

-Yo qué sé. Algo me tenía sobre ascuas. Oye, ¿me harías un favor? Ahora que las cosas andan quiero seguir adelante.

-¿La comida?

Ruthanne asintió con la cabeza.

-¿Querrías llevarlas a la pizzería o a McDonald?

Royal tomó su pipa de encima de la mesa, y dijo:

-Bueno.

-Quiero acabar con esto. Si no acabo, no voy a disfrutar del próximo fin de semana.

Él apoyó el libro abierto sobre sus muslos, y tomó de la mesa el chisme de limpiar la pipa.

Ruthanne, que ya se volvía para irse, lo miró aún por encima del hombro:

-¿Estás seguro de que no te molesta?

Royal revolvió el chisme hacia delante y hacia atrás en la cazoleta de la pipa.

-Seguro. Sigue con tus cosas -dijo. Alzó los ojos hacia ella y sonrió-: No me molesta.